Ernst Jünger

# La emboscadura

4.ª edición

ENSAYO
TUSQUETS
EDITORES

# ERNST JÜNGER

*La emboscadura*

*Traducción de Andrés Sánchez Pascual*

*Tusquets Editores*

# Sinopsis

*«Emboscarse», o huir, aislarse en los bosques, no es un acto romántico, idílico. Muy al contrario, «el lector de este ensayo», escribe el propio Jünger, «habrá más bien de disponerse a emprender una excursión que da que pensar, una caminata que conducirá no sólo allende los senderos trillados, sino también allende los límites de este libro». A partir de la crítica de los «nuevos analfabetos de la política» y del cambio que ya se ha producido en la naturaleza misma de las cuestiones que los poderes nos inducen a responder, arranca uno de los estudios más reveladores acerca de «cómo el ser humano está llegando a una situación en la cual se le exige que él mismo genere unos documentos que están calculados para provocar su propia ruina».*

Título Original: *Der Waldgang*
Traductor: Sánchez Pascual, Andrés
Autor: Jünger, Ernst
©1951, Tusquets Editores
Colección: Ensayo, 1
ISBN: 9788472238503
Generado con: QualityEbook v0.66

# SUMARIO

**(1)** Las preguntas que se nos hacen van simplificándose y exacerbándose. (2) Llevan a disyuntivas, como lo muestran las elecciones. (3) La libertad de «decir no» es restringida sistemáticamente. (4) Está destinada a dejar patente la superioridad de quien hace las preguntas (5) y se ha convertido en un riesgo (6) que se asume en un sitio tácticamente equivocado. (7) Lo dicho no pretende ser una objeción contra su significado moral.

(8) La emboscadura representa una nueva respuesta de la libertad. (9) Los hombres libres son poderosos, aunque constituyen únicamente una minoría pequeñísima. (10) Nuestro tiempo es pobre en grandes hombres, pero produce figuras. (11) La amenaza configura pequeñas minorías selectas. (12) Junto a las figuras del Trabajador y del Soldado Desconocido aparece una tercera figura, el Emboscado. (13) El miedo (14) puede ser vencido por la persona singular (15) si ésta adquiere conocimiento de su poder. (16) La emboscadura, en cuanto conducta libre en la catástrofe, (17) es independiente de las fachadas político-técnicas y de sus agrupaciones. (18) La emboscadura no contradice a la evolución, (19) sino que introduce libertad en ella mediante la decisión de la persona singular. (20) En la emboscadura la persona singular se confronta consigo misma en su sustancia individual e indestructible. (21) Esa confrontación expulsa el miedo a la muerte.

(22) Aquí las Iglesias no pueden dar más que asistencia, (23) pues, en su decisión, la persona singular está solitaria, (24) y el teólogo puede, ciertamente, hacerla cobrar consciencia de su situación, (25) mas no sacarla de ella.

(26) El emboscado atraviesa por su propia fuerza el meridiano cero. (27) En las esferas de la medicina, (28) del derecho (29) y del

empleo de las armas, la decisión soberana corresponde al emboscado, (30) quien tampoco en la moral actúa de acuerdo con doctrinas (31) y se reserva la aceptación de las leyes. El emboscado no participa en el culto del crimen. (32) Él decide la naturaleza de su propiedad y el modo de afirmarla. (33) Es consciente de la inatacable profundidad (34) desde la que también la Palabra otorga una y otra vez plenitud al mundo. En eso está el cometido del «Aquí y ahora»

# 1

«IRSE al bosque», «emboscarse» - lo que detrás de esas expresiones se esconde no es una actividad idílica. Antes al contrario, el lector de este escrito habrá de disponerse a emprender una excursión que da que pensar, una caminata que conducirá no sólo allende los senderos trillados, sino también allende los límites de este libro.

La cuestión de que aquí se trata es una cuestión medular de nuestro tiempo, es decir, una cuestión que en todo caso entraña peligros amenazadores. Al igual que lo hicieron en su momento nuestros padres y nuestros abuelos, también nosotros hablamos mucho de «cuestiones». De entonces acá eso que se denomina en este sentido una cuestión ha sufrido ciertamente cambios significativos. ¿Hemos llegado a cobrar consciencia de esto en grado suficiente?

No quedan tan lejos de nosotros los tiempos en que tales cuestiones eran vistas como grandes enigmas -como el «enigma del mundo», por ejemplo- y abordadas con optimismo, con un optimismo que se creía capaz de hallarles solución. Las otras cuestiones diferentes de éstas eran consideradas más bien como problemas prácticos; así, la cuestión femenina o la cuestión social en general. También de estos problemas se pensaba que eran solucionables, aunque la solución no se esperaba tanto de la investigación cuanto de la evolución de la sociedad hacia unos órdenes nuevos.

Entretanto la cuestión social ha quedado resuelta en vastas zonas de nuestro planeta. La sociedad sin clases ha hecho evolucionar de tal manera esa cuestión, que ésta ha pasado a convertirse más bien en una parte de la política exterior. Esto no quiere decir, naturalmente, que estén desapareciendo sin más las

cuestiones, como se creyó en los primeros momentos de euforia - afloran a la superficie, por el contrario, otras cuestiones, unas cuestiones que son distintas de las anteriores y más candentes que ellas. Con una de estas cuestiones vamos a ocuparnos aquí.

# 2

EL lector habrá hecho ya en sí mismo la experiencia de que la esencia de las «cuestiones» ha sufrido cambios. Vivimos en unos tiempos en que continuamente están acercándose a nosotros poderes que vienen a hacernos preguntas, a plantearnos cuestiones. Yesos poderes no están llenos únicamente de un afán ideal de saber. Al aproximarse a nosotros con sus cuestiones, lo que de nosotros aguardan no es que aportemos una contribución a la verdad objetiva; más aún, ni siquiera aguardan que contribuyamos a la solución de los problemas. A lo que esos poderes conceden valor no es a nuestra solución, sino a nuestra contestación a las preguntas que nos hacen.

Esta diferencia es importante. Aproxima la cuestión al cuestionario, la interrogación al interrogatorio. Eso puede estudiarse bien en la evolución que lleva de la papeleta del voto al folio del cuestionario. La papeleta de voto tiene como objetivo verificar unas relaciones numéricas y evaluarlas. Pretende averiguar qué es lo que el votante quiere, y el proceso electoral se orienta a que esa voluntad del votante pueda expresarse con limpieza, sin sujeción a influencias ajenas. De ahí que la votación vaya acompañada también de un sentimiento de seguridad y aun de un sentimiento de poder, tal como corresponde a un acto libre de la voluntad ejecutado en el ámbito del derecho.

El hombre de nuestros días que se ve precisado a responder a un cuestionario está muy lejos de sentir tal seguridad. Las respuestas que da se hallan cargadas de graves consecuencias; de las contestaciones que ese hombre dé depende a menudo su propia suerte. Vemos cómo el ser humano está llegando a una situación en la cual se le exige que él mismo genere unos documentos que están

calculados para provocar su ruina. y son a menudo cosas tan irrelevantes las que hoy en día provocan la ruina...

Es evidente que lo que empieza a manifestarse en este cambio del modo de hacer preguntas es un orden de cosas enteramente diferente del que encontrábamos a comienzos de este siglo. En este nuevo orden no existe ya la antigua seguridad, y nuestro pensamiento se ve forzado a acomodarse a ello. Las preguntas arremeten contra nosotros con un rigor y una urgencia cada vez mayores, y nuestro modo de contestar adquiere una significación cada vez más grave. Aquí es preciso tener en cuenta que también el callar es una respuesta. Nos preguntarán entonces por qué hemos callado en tal momento y en tal lugar y nos pasarán la factura. Tales son las disyuntivas de nuestro tiempo, a las que nadie escapa.

Es notable el modo en que, así las cosas, todo se convierte en una respuesta, tal como aquí la entendemos, con lo cual todo se convierte también en materia de responsabilidad. Tal vez no se vea todavía con claridad suficiente, ni siquiera hoy, en qué medida la papeleta de voto, por poner un ejemplo, se ha transformado en folio de cuestionario. Pero eso lo tiene desde luego bien claro, en la medida en que actúa, todo ser humano que no posea realmente la suerte de vivir en un parque de protección de la naturaleza. Son nuestras actuaciones, más bien que las teorías que hacemos, las que hacen que estemos a tono con los peligros que nos amenazan. Ahora bien, no adquiriremos una seguridad nueva más que si recapacitamos sobre esto.

El votante en que aquí estamos pensando se acercará, pues, a la urna con unos sentimientos enteramente distintos de aquéllos que experimentaban su padre o su abuelo. Desde luego que hubiera preferido con mucho mantenerse alejado de la urna; ahora bien, en ese alejamiento se hubiera expresado una respuesta inequívoca. Pero también aparece peligrosa la participación, puesto que no debe olvidarse que existe la dactiloscopia, la ciencia de las huellas digitales, y también unos métodos estadísticos muy sutiles. ¿Por qué, pues, votar, es decir, elegir, en una situación en que ya no queda elección?

La respuesta que a esta pregunta se da es que, al ofrecerle a nuestro votante la papeleta de voto, se le ofrece la ocasión de participar en un acto de aclamación. No a todo el mundo se lo

considera digno de semejante ventaja - así, en las listas faltarán, sin ningún género de duda, los nombres de los innumerables desconocidos de los que se reclutan los nuevos ejércitos de esclavos. De ahí que el votante acostumbre a saber qué es lo que de él se aguarda.

Hasta aquí las cosas están claras. A medida que van desarrollándose las dictaduras, van reemplazando también las elecciones libres por los plebiscitos. Pero el ámbito abarcado por éstos es mayor que el que, con anterioridad a ellos, ocupaban las elecciones. Lo que ocurre es, más bien, que la elección misma se convierte ahora en una de las modalidades del plebiscito.

Este puede tener un carácter público, lo cual ocurre en los sitios donde se exponen a la vista los caudillos o los símbolos del Estado. El espectáculo de grandes masas movidas por las pasiones es uno de los más importantes signos indicativos de que hemos entrado en una edad nueva. En los sitios donde se ejerce tal fascinación, domina, si no la unidad de ánimo, sí la unidad de voces, pues si aquí se alzase una voz diferente formarían se a su alrededor remolinos que aniquilarían a quien la dijese. De ahí que la persona singular que quiere hacerse notar de esa manera pueda también decidirse en el acto a cometer un atentado: en sus consecuencias aboca a lo mismo.

Pero en los sitios donde el plebiscito se disfraza con la modalidad de las elecciones libres se concederá valor a mantener secreto su carácter de plebiscito. La dictadura pretende de ese modo aducir una demostración no solamente de que se apoya en la mayoría, sino de que el aplauso de ésta tiene al mismo tiempo sus raíces en la libre voluntad de cada cual. El arte del caudillaje no consiste sólo en plantear bien la pregunta, sino, a la vez, en escenificarla bien, en su puesta en escena; y ésta es un monopolio. La puesta en escena tiene la misión de presentar el proceso como un coro avasallador, que mueve a terror y admiración.

Hasta aquí las cosas parecen clarísimas, aunque a un espectador de cierta edad le resultan desde luego novedosas. El votante se ve confrontado a una pregunta tal, que resulta recomendable contestarla en el sentido deseado por quien la hizo, y ello por motivos aplastantes. Pero la verdadera dificultad está en que al mismo tiempo debe conservarse la ilusión de la libertad. Con ello la

cuestión desemboca en la estadística, como en ella desembocan todos los procesos morales que se dan en estos ámbitos. Vamos a ocuparnos en sus detalles con cierto detenimiento. Ellos serán los que nos conduzcan a nuestro tema.

# 3

UNAS votaciones en las cuales el cien por cien de los votos concuerde con lo deseado es una cosa que casi no plantea ninguna dificultad desde el punto de vista técnico. Ya ha habido casos en que se ha alcanzado esa cifra; incluso se han dado casos en que se la ha sobrepasado, al aparecer en algunos distritos electorales un número de votos mayor que de votantes. Lo que tales incidentes ponen de manifiesto son fallos en la dirección escénica, fallos que no todas las poblaciones están dispuestas a consentir. En los sitios en que operan propagandistas más sagaces, las cosas se presentan más o menos de la manera siguiente: El cien por cien: una cifra ideal y, como todos los ideales, algo que nunca puede alcanzarse. Pero es posible acercarse a esa cifra - de modo muy similar a como en los deportes cabe acercarse en fracciones de segundo o de metro a ciertos records que también son inalcanzables. Una muchedumbre de cálculos complicados es lo que a su vez determina en qué grado cabe acercarse al ideal.

En aquellos sitios donde las dictaduras están ya firmemente asentadas, un noventa por ciento de «síes» sería algo que se apartaría demasiado del ideal. No cabe confiar en que a las masas se les ocurra la idea de que en todo diez por ciento se oculta un enemigo secreto. En cambio, una cifra de votos nulos y de «noes» que se moviese en torno al dos por ciento sería no sólo soportable, sino también favorable. Pero nosotros no vamos a considerar ese dos por ciento como algo residual ni a dejarlo, por tanto, de lado. Ese dos por ciento merece que le dediquemos un estudio detallado. Precisamente en los residuos es donde hoy en día se encuentran las cosas insospechadas.

El provecho que de ese dos por ciento saca el organizador de las

elecciones es doble: por un lado, ese dos por ciento otorga curso legal al restante noventa y ocho por ciento de los votos, pues testifica que cada uno de los que votaron de este último modo podría haber votado en el mismo sentido en que lo hizo aquel dos por ciento. Con ello adquieren valor los «síes», se convierten en algo auténtico y que tiene completa validez. Para las dictaduras es importante demostrar que en ellas no está extinguida la libertad de decir «no». Este es uno de los máximos cumplidos que cabe rendir a la libertad.

La segunda ventaja de ese dos por ciento que estamos estudiando consiste en que mantiene el movimiento continuo del que no pueden prescindir las dictaduras. Tal es el motivo por el que éstas suelen presentarse siempre a sí mismas como un «partido», cuando en realidad eso es absurdo. Si se alcanzase el cien por cien de los votos, se alcanzaría el ideal. Pero esto traería consigo los peligros que siempre van anejos al cumplimiento pleno de algo. También es posible dormirse en los laureles de la guerra civil. En presencia de toda gran fraternización es preciso preguntarse: pero el enemigo ¿dónde está? Tales inclusiones son al mismo tiempo exclusiones - exclusiones de un tercero, de un tercero al que se odia, pero del que no es posible prescindir. La propaganda ha de recurrir a una situación en la cual, ciertamente, al enemigo del Estado, al enemigo de la clase, al enemigo del pueblo se le han propinado recios golpes en la cabeza y aun se lo ha convertido casi en una cosa ridícula, pero que, a pesar de ello, todavía no se ha extinguido del todo. Las dictaduras no pueden vivir de la adhesión pura, si al mismo tiempo el odio y con él el terror no procuran los contrapesos. Ahora bien, el terror se tornaría absurdo si los votos fueran buenos en un cien por cien; en ese caso el terror golpearía Únicamente a hombres justos. Este es el segundo significado que posee el aludido dos por ciento. El es la demostración de que los buenos son, sí, una inmensa mayoría, pero no se hallan enteramente libres de peligros. En cambio, cabe suponer que, en presencia de una unidad tan convicta, solamente una contumacia muy especial puede negarse con su comportamiento a participar en aquélla. Quienes así actúan son saboteadores que utilizan la papeleta de voto - ¿y qué hay más sencillo que pensar que tales individuos pasarán a otras formas de sabotaje, si se les presenta la ocasión?

Este es el punto en que la papeleta de voto se transforma en folio de cuestionario. Aquí no es necesario suponer que vayan a exigirse responsabilidades individuales por la respuesta dada, mas de lo que sí se puede estar seguro es de que existen relaciones numéricas. Se puede estar seguro de que ese dos por ciento aparecerá también, de acuerdo con las reglas de la doble contabilidad, en unos registros diferentes de los de la estadística electoral; aparecerá, por ejemplo, en las listas de nombres de los presidios y de los campos de trabajo, o en aquellos lugares donde es Dios el único que cuenta las víctimas.

Tal es la segunda función que esa diminuta minoría desempeña con respecto a la inmensa mayoría - la primera función consistía, como hemos visto, en ser la minoría la que otorgaba valor, más aún, realidad a la mayoría del noventa y ocho por ciento. Más importante que esto es, empero, lo siguiente: nadie desea que lo cuenten entre ese dos por ciento; ese dos por ciento pone a la vista un insidioso tabú. Al contrario, cada cual otorgará importancia a que se difunda bien difundido que el voto emitido por él ha sido un voto bueno. y si el individuo en cuestión formase por acaso parte del mencionado dos por ciento, ocultará eso aun a sus mejores amigos.

Otra ventaja del aludido tabú consiste en que está dirigido también contra la clase de los que no votan, contra los que se abstienen. La actitud consistente en no participar en las elecciones es una de las que llenan de inquietud a Leviatán; pero quien es ajeno al asunto tiende a sobreestimar la posibilidad de la abstención. A la vista de los peligros que la amenazan, esa actitud se esfuma con rapidez. Siempre podrá contarse, pues, con una participación casi total en las elecciones, y no será mucho menor el número de los votos emitidos en el sentido deseado por quien hizo la pregunta.

El votante dará importancia a que lo vean emitiendo su voto. Si desea proceder con total seguridad, también mostrará a algunos de sus conocidos la papeleta antes de introducirla en la urna. Lo mejor es hacer eso recíprocamente; así se podrá luego testificar que la cruz estaba puesta en el lugar debido. En esto hay un gran número de instructivas variantes; el buen europeo que no ha podido estudiar tales situaciones no puede hacerse idea de ellas ni aun en

sueños. Así, un personaje que siempre se repite es el buen señor que entrega su papeleta al tiempo que dice, más o menos, esta frase:

-Pues también cabría depositarla abierta.

A lo que el funcionario electoral responde, con una sonrisa benévola y sibilina: -Desde luego, desde luego... Pero no debe hacerse.

Realizar una visita a tales lugares es algo que aguza la vista para estudiar los problemas del poder. Uno se aproxima aquí a uno de sus centros vitales. Pero nos llevaría demasiado lejos el ocuparnos en los pormenores del montaje. Vamos a contentarnos con el estudio de un personaje singular, el del hombre que entra en uno de esos locales con el firme propósito de votar «no».

# 4

TAL vez no sea tan singular el propósito de nuestro hombre; es posible que otros muchos compartan esa misma intención; probablemente su número represente una cantidad significativamente mayor que el mencionado dos por ciento del cuerpo electoral. La puesta en escena de las elecciones se propone hacer creer a nuestro hombre, por el contrario, que se encuentra muy solo. y no sólo eso - la mayoría debe resultar imponente no sólo por su número, sino también por los signos de una superioridad moral.

Cabe suponer que nuestro votante ha sabido resistir, gracias a su capacidad de discernimiento, a la propaganda, a una propaganda prolongada e inequívoca, que con gran habilidad ha ido intensificándose hasta el día mismo de las elecciones. No ha sido fácil la tarea de resistir; a lo anterior se añade que la adhesión que de él se demanda se ha revestido con la modalidad de unas preguntas sumamente respetables; se le invita a participar en unas votaciones en favor de la libertad o en pro de la paz. Ahora bien, ¿quién no ama la paz y la libertad? Un monstruo habría que ser para no amarlas. Esta mera circunstancia confiere un carácter criminal al «no». El votante que emite un voto malo se asemeja al criminal que se aproxima sigilosamente al lugar del delito.

En cambio, el votante que emite un voto bueno, ¡de qué modo tan diferente se siente reconfortado por el día de las elecciones! Ya mientras estaba desayunando recibió a través de la radio la última incitación, las últimas instrucciones. Sale luego a la calle, donde reina un ambiente de jornada festiva. En todas las casas, en todas las ventanas hay banderas colgadas. En el patio del local donde se vota lo recibe una pequeña banda que está interpretando marchas

militares. Los músicos van vestidos de uniforme; tampoco en la sala donde se vota faltan los uniformes. Como se halla entusiasmado, al elector bueno se le escapará, en cambio, que apenas puede decirse que exista una cabina cerrada donde rellenar la papeleta.

Es en ese detalle en lo que ante todo se fija, claro está, la atención del elector malo. Con el bolígrafo en la mano, se ve enfrentado a un colegio electoral que va vestido de uniforme; su proximidad le produce desconcierto. Las papeletas se rellenan sobre una mesa que tal vez se halle cubierta por los restos de un paño verde. No cabe duda de que el montaje está muy bien pensado. No es probable que pueda verse la casilla que el votante va a marcar con una cruz. ¿Pero está enteramente excluido lo contrario? La víspera ha oído susurrar que las papeletas han sido numeradas con unas máquinas de escribir carentes de cinta. Al mismo tiempo ha de asegurarse de que el hombre que se encuentra a sus espaldas no está mirando por encima de su hombro lo que escribe. Desde la parte alta de la pared lo contempla, con una sonrisa helada, un retrato gigantesco del jefe del Estado, vestido asimismo de uniforme.

La papeleta de voto, a la que ahora vuelve su atención nuestro hombre, irradia asimismo una fuerza sugestiva. Esa papeleta es el resultado de unos cálculos cuidadosos. Debajo de la frase «Elecciones en favor de la libertad» se ve un gran círculo: «Aquí es donde debes poner tu "sí"». Junto a él casi desaparece un segundo círculo, un círculo pequeño, destinado al «no».

Ha llegado el gran momento: el votante se dispone a poner una marca en su papeleta. Coloquémonos mentalmente a su lado; efectivamente, ha votado «no». Es cierto que ese acto constituye una encrucijada de ficciones, que ya investigaremos - las elecciones, los electores, los carteles electorales, todas esas cosas son etiquetas que aluden a realidades y procesos enteramente distintos. Son un espejismo. Mientras se hallan en proceso de ascenso, la dictaduras viven en gran parte del hecho de que aún no haya sido posible descifrar sus jeroglíficos. Hasta más tarde no encuentran su Champollion, el cual, ciertamente, no restituye la antigua libertad. Pero sí enseña a dar una respuesta correcta.

Tenemos la impresión de que nuestro hombre ha ido a caer en una trampa. Esto no hace menos admirable su comportamiento. Es

cierto que su «no» constituye un mero gesto ejecutado en una posición perdida; a pesar de todo, causará efecto. Esto no se notará, desde luego, en aquellos sitios donde el viejo mundo continúa bañándose en los rayos del sol poniente, no se notará en las hermosas colinas, en las islas, en suma, allí donde reinan climas más templados. En cambio, el otro noventa y ocho por ciento de los votos emitidos sí que causa en los citados sitios una impresión enorme. y como hace ya mucho tiempo que viene celebrándose, de una manera cada vez más irreflexiva, el culto de la mayoría, se pasa por alto el mencionado dos por ciento. El papel que éste representa consiste en hacer visible, aplastante, la mayoría, pues ésta dejaría de serlo si se hubiera alcanzado el cien por cien de los votos.

Por tanto, en los países donde aún se conocen las elecciones auténticas un éxito tan grande como ése, la obtención de un noventa y ocho por ciento de los votos, provocará primero asombro y respeto, y luego envidia. Si el efecto de semejante éxito se deja sentir también en la política exterior, entonces esos sentimientos pueden trocarse de repente en odio y desprecio. Pero también en este caso se pasará por alto a los dos justos, al contrario de lo que hizo Dios en Sodoma. Se oirá decir que en aquel país se han conjurado todos con el mal y que se hallan maduros para una ruina bien merecida.

# 5

VAMOS a prescindir ahora del noventa y ocho por ciento y a fijar nuestra atención en el dos por ciento restante; son las pepitas de oro que han quedado en el cedazo. Vamos a traspasar con este fin la puerta cerrada detrás de la cual está haciéndose el recuento de los votos. Al entrar allí penetramos en uno de los ámbitos tabú de la democracia plebiscitaria, acerca de la cual existe una única opinión pública e innumerables opiniones dichas en voz baja.

Los miembros del colegio electoral con que aquí nos encontramos irán también vestidos de uniforme, pero tal vez se hallen en mangas de camisa; los invade el espíritu propio de un ambiente agradable y familiar. Ese colegio estará compuesto de representantes locales del partido y, además, de propagandistas y de policías. El estado de ánimo que allí reina es el que corresponde al dueño de un negocio que va a hacer el recuento de caja; no deja de haber tensión, pues todos los allí presentes son más o menos responsables del resultado. Se procede a la lectura de los «síes» y de los «noes» - los primeros son acogidos con una satisfacción benévola; los segundos, con una satisfacción malévola. A los «síes» y a los «noes» se agregan los votos nulos y los votos en blanco. Cuando más desagradable se torna el ambiente es cuando en alguna de las papeletas aparece el epigrama escrito por un guasón; tales epigramas se han vuelto escasos, desde luego. En el ámbito donde ejerce su imperio la tiranía se echa de menos el humor, como se echan de menos también todas aquellas cosas que constituyen el acompañamiento de la libertad; pero el chiste será tanto más agudo cuando alguien arriesga su cabeza a cambio.

Vamos a suponer que nos encontramos en un punto en que la propaganda ha avanzado ya bastante en sus esfuerzos

intimidatorios. En este caso circulará entre la población el rumor de que grandes cantidades de «noes» han sido transformados en «síes». Lo probable es que esto no resulte necesario en absoluto. Incluso podría haberse dado el caso contrario, a saber, que quien hizo la pregunta tuviera que inventar algunos «noes» para llegar así a la cifra que había calculado. Lo cierto es que es él quien dicta la ley a los votantes, y no a la inversa. Este hecho pone de manifiesto el destronamiento político de las masas que el siglo XIX había desarrollado.

En estas circunstancias tendría una gran significación el mero hecho de que entre cien votos depositados en la urna se encontrase un solo «no». De quien lo emitió cabe aguardar que hará sacrificios por defender su opinión y su concepto del derecho y de la libertad.

# 6

TAMBIÉN pudiera ser que de ese único voto, o, más bien, de quien lo emitió dependiera el que no se hiciese realidad el estado de termitas que siempre está amenazándonos. En este punto no cuadran las cuentas, esas cuentas que al espíritu le parece que han de cuadrar, aunque bien es cierto que lo único que falta es una fracción minúscula.

Topamos aquí, por tanto, con una oposición efectiva y real, la cual, sin embargo, no ha llegado aún a adquirir conocimiento ni de su propia fortaleza ni tampoco del modo en que ha de emplearse. Lo que nuestro votante ha hecho al poner una cruz en el lugar peligroso ha sido lo que de él estaba aguardando su prepotente adversario. La acción aquí ejecutada es, con toda seguridad, la acción de un hombre valiente, pero es a la vez la acción de uno de los innumerables analfabetos en las nuevas cuestiones del poder. Es alguien al que es menester prestar ayuda.

En la sala donde se votaba lo asaltó la sensación de estar entrando en una trampa y eso lo hizo reparar en cuál era la situación en que se hallaba. Encontrábase en un lugar donde las palabras no concordaban con los hechos. Ante todo, como hemos visto, lo que él rellenó no fue una papeleta de voto, sino el folio de un cuestionario; nuestro votante no se encontraba, pues, en una situación de libertad, sino que estaba confrontado a sus gobernantes. Al ser él el único entre ciento en poner «no» en la papeleta, lo que con ello hizo fue cooperar a una estadística de la autoridad. Exponiéndose a unos riesgos enteramente desproporcionados, lo que hizo fue dar a su adversario las informaciones que éste deseaba. A su adversario lo hubiera desasosegado más el alcanzar el cien por cien de los votos.

Entonces, ¿cuál debe ser la conducta de nuestro hombre si deja de utilizar la última posibilidad que se le ha otorgado de exteriorizar su opinión? Al hacer esa pregunta abordamos una ciencia nueva, a saber, la doctrina de la libertad del ser humano enfrentado a una violencia que se ha modificado. Esto nos lleva mucho más allá de nuestro caso particular. Por el momento vamos a emitir, sin embargo, nuestro dictamen acerca de éste.

El votante se encuentra en el aprieto siguiente: lo ha invitado a tomar una decisión libre un poder que no piensa atenerse, por su lado, a las reglas del juego. Es el mismo poder que le exige un juramento, en tanto él mismo vive de perjurar. Lo que el votante hace es, pues, depositar una puesta buena en una banca fraudulenta. De ahí que nadie pueda reprocharle que no entre en esos problemas y silencie su «no». Tiene derecho a hacerlo, y no sólo por motivos de autoconservación; su conducta puede ser también una manifestación de desprecio a quien tiene el poder, un desprecio que es superior incluso a un «no».

Con lo dicho no pretende afirmarse que el «no» de nuestro hombre vaya ahora a quedar necesariamente perdido para el mundo exterior. Al contrario - sólo que ese «no» no debe aparecer en el lugar que para él ha escogido quien tiene el poder. Hay otros sitios donde a éste le desagrada mucho más ese «no» - por ejemplo, el borde en blanco de un cartel electoral, o una guía telefónica expuesta en un lugar público, o el pretil de un puente por donde pasan a diario millares de personas. Este sería un lugar mejor para una frase breve; por ejemplo: «yo he dicho "no"».

Al joven al que se aconseja que actúe de ese modo habría que decirle además otras muchas cosas que únicamente enseña la experiencia; por ejemplo, lo siguiente: «La semana pasada apareció escrita en uno de los muros de la fábrica de tractores de nuestra ciudad la palabra "hambre". Se hizo comparecer a los obreros y se les ordenó que vaciasen sus bolsillos. Se encontró un lapicero cuya punta tenía rastros de cal».

Por otro lado las dictaduras ofrecen, en razón de la propia presión que ejercen, una serie de puntos vulnerables que simplifican y abrevian el ataque contra ellas. Así, para seguir con el ejemplo anterior, ni siquiera es menester escribir la frase que acabamos de mencionar. También sería suficiente la palabrita «no». Y todo aquel

cuyos ojos se fijaran en ella sabría perfectamente lo que quiere decir. Es un signo de que la opresión no ha logrado triunfar del todo. Los símbolos tienen un brillo especial precisamente cuando aparecen sobre basamentos monótonos. Lo que a las superficies grises corresponde es la concentración en el espacio más reducido posible.

Tales signos pueden adoptar la forma de colores, de dibujos, de objetos. Cuando su carácter es el de letras, la escritura se transforma entonces en pictografía y vuelve de ese modo a sus orígenes. Con ello adquiere una vida inmediata, se torna jeroglífica y, en vez de dar explicaciones, proporciona materia para explicaciones. Aún se podría abreviar más y, en vez de poner la palabra «no», poner, por ejemplo, una sola letra. Supongamos que sea la letra E. Tal letra podría significar entonces cosas como éstas: Elecciones, Entérate, Empleo, Embuste, Explotación. Pero también podría querer decir: Emboscado.

Esto sería un primer paso para salir del mundo vigilado y dominado por la estadística. y en seguida surge la pregunta de si la persona singular es lo bastante fuerte como para poder correr tal riesgo.

# 7

**D**OS son las objeciones que en este punto es menester considerar. Lo primero que puede preguntarse es lo siguiente: ¿es que es absurdo ese repudio aislado manifestado con la papeleta de voto? En un plano moral elevado no existen los escrúpulos a que antes nos hemos referido. Lo que nuestro hombre dice es su opinión, y da igual cuál sea el foro ante el que lo haga. Nuestro hombre toma en consideración incluso la posibilidad de que su acción le acarree la ruina.

Nada hay que oponer a esto, aunque el exigir en la práctica tal cosa vendría a significar el exterminio de la élite, de la minoría selecta; de hecho se dan casos en que se propugna con mala intención esa exigencia. No, un voto como ése no puede considerarse perdido, aunque es cierto que se lo emite en una posición perdida. Es precisamente esto lo que le confiere una significación especial. Ese voto no quebrantará al adversario, pero sí produce un cambio en quien se decidió a emitirlo. Este había sido hasta ese momento alguien que defendía una convicción política entre otras - a partir de ahora se convierte, frente al nuevo empleo de la violencia, en un combatiente que hace un sacrificio inmediato, se transforma tal vez en un mártir. El mencionado cambio es independiente del contenido de su convicción - también los viejos sistemas, también los viejos partidos sufren un cambio cuando se llega al enfrentamiento. No encuentran el camino de vuelta a la libertad heredada. Un demócrata que haya votado en favor de la democracia con su solo voto, al cual se oponen los otros noventa y nueve, se ha salido, al obrar así, no sólo de su sistema político, sino también de su individualidad. Esto tiene luego efectos que van mucho más allá del fugaz suceso, por cuanto, después de éste, no

puede ya haber ni democracias ni individuos entendidos en el viejo sentido.

Ese fue el motivo de que fracasaran todas las numerosas tentativas de retornar a la República bajo los césares. Los republicanos habían sucumbido en la guerra civil o bien habían salido de ella cambiados.

# 8

MÁS difícil resulta refutar la segunda objeción - ya la habrá hecho una parte de los lectores: ¿por qué ha de tener peso solamente ese único «no»? Pues cabe pensar que entre los otros noventa y nueve se encuentren algunos emitidos por convicción, por una convicción total y honesta y por motivos que son concluyentes.

Esto es, efectivamente, algo que no puede discutirse. Hemos arribado aquí al punto donde no parece posible llegar a un entendimiento. Aun cuando sólo se haya emitido un «sí» auténtico, esa objeción es irrebatible.

Supongamos un «sí» ideal y un «no» ideal. En quienes los emitieron se pondría de manifiesto la disensión que nuestro tiempo alberga en su seno y que también alza sus pros y sus contras dentro incluso del pecho de cada cual. El «sí«estaría a favor de la necesidad; el «no», a favor de la libertad. El proceso histórico discurre de tal manera que ambos poderes, tanto la necesidad como la libertad, influyen en él. Cuando en ese proceso falta uno de los dos mencionados poderes, se degrada.

No depende sólo de la situación, sino que depende principalmente del espectador cuál de esos dos lados es el que se ve. Pero el espectador no dejará nunca de sentir también el lado opuesto. El espectador se ve coartado en su libertad por lo necesario, pero es él, con su libertad precisamente, quien otorga un estilo a lo necesario. Esto es lo que establece una diferencia entre que los hombres y los pueblos den satisfacción a su tiempo o perezcan a causa de él.

En el hecho de irse al bosque, de emboscarse, esto es, en lo que en adelante llamaremos «emboscadura» contemplamos la libertad de la persona singular dentro de este mundo. Además de esto, es

preciso describir la dificultad, más aún, el mérito que hay en ser en este mundo una persona singular. No se discute que este mundo ha cambiado y sigue cambiando, y que lo hace por necesidad; mas con ello ha cambiado también la libertad; no ha cambiado en su esencia, desde luego, pero sí en su forma. Estamos viviendo en la Edad del Trabajador; es ésta una tesis que, desde que se formuló, se habrá vuelto más clara.[1] La emboscadura crea dentro de ese orden el movimiento que lo separa de las formaciones zoológicas. La emboscadura no es ni un acto liberal ni un acto romántico, sino el espacio de juego de pequeñas minorías selectas; éstas saben qué es lo que viene exigido por nuestro tiempo, pero saben también algunas cosas más.

# 9

EL hombre que emitió aquel único voto no es todavía un emboscado. Visto históricamente es alguien que incluso camina con retraso. Esto se deja ver también en el hecho de que lo que él hace es negar. Hasta que no tenga una visión de conjunto de la partida que se juega no podrá ese hombre aparecer con sus rasgos propios, que acaso serán sorprendentes.

Lo que ante todo ha de hacer, a fin de que eso ocurra, es salirse del marco de las viejas nociones acerca de la mayoría, nociones que aún siguen operando, aunque tanto Burke como Rivarol dejaron ya bien claro su significado. Dentro de ese marco carecería de toda importancia una minoría del uno por ciento. Antes hemos visto que la minoría sirve más bien para corroborar a la aplastante mayoría.

Tan pronto como uno se sale de la estadística, las cosas cambian en favor de las consideraciones valorativas. En este aspecto ese único voto se diferencia de todos los demás hasta tal punto que es él incluso el que les otorga curso legal. De quien lo emitió nos está permitido pensar que sabe no sólo forjarse una opinión propia, sino también atenerse firmemente a ella. De ahí que nos sea lícito conceder asimismo coraje a nuestro hombre. Si en tiempos, acaso prolongados, de puro empleo de la violencia se encuentran personas singulares que conservan el conocimiento del derecho aun a costa de sacrificios, ése es el lugar donde hay que buscarlas. Aunque guarden silencio, siempre habrá movimiento a su alrededor, como sobre escolleras invisibles. En esas personas singulares se pone de manifiesto que la mera superioridad de poder no es capaz de crear derecho, no es capaz de crearlo ni siquiera allí donde produce también cambios históricos.

Si miramos las cosas desde este ángulo, no aparece entonces tan

parvo el poder de la persona singular en el seno de las masas carentes de rango. Es preciso no olvidar que esa persona singular está casi siempre rodeada de otras personas que le son próximas, de personas en las cuales influye y que comparten su sino cuando ella sucumbe. Esas personas, próximas a la persona singular, a que aquí estamos refiriéndonos se diferencian también tanto de los miembros de la familia burguesa cuanto de los buenos conocidos de antaño. Se trata de unos vínculos más fuertes. Lo que de aquí resulta es una oposición, una oposición que no es sólo de uno de cada cien votantes, sino de uno de cada cien habitantes. Este cálculo tiene un fallo, y es que en él se incluye también a los niños; pero en la guerra civil el ser humano adquiere pronto mayoría de edad y asimismo adquiere pronto responsabilidad. Por otro lado, en países que poseen una vieja historia jurídica habrá seguramente que elevar la mencionada cifra del uno por ciento. Pero aquí no se trata de relaciones numéricas, sino de condensaciones ontológicas; con ello penetramos en un orden diferente, en el cual da igual que la opinión de la persona singular contradiga a la opinión de cien o a la opinión de mil. De la misma manera, su inteligencia, su voluntad, su influjo pueden compensar los de veinte o los de mil. Si la persona singular se ha decidido a salirse de la estadística, verá entonces, a la vez que el riesgo, también la insensatez que hay en cultivarla; es una actividad que queda lejos de las fuentes.

Vamos a contentarnos con la sospecha de que en una ciudad de diez mil habitantes hay cien personas que están decididas a demoler la violencia. En una ciudad de un millón de habitantes viven diez mil «emboscados», si es que queremos servirnos de esa palabra, aunque todavía no tenemos una visión completa de su alcance. Esto representa un poder enorme. Basta para derribar incluso a tiranos muy poderosos. Pues las dictaduras no son sólo peligrosas, están a la vez expuestas a peligros, ya que su brutal despliegue de fuerza provoca también un amplio repudio. En tal situación resultará inquietante la disposición a la lucha de minorías minúsculas, sobre todo si han desarrollado una táctica.

Esto es lo que explica el gigantesco incremento de la policía. A primera vista parecerá absurdo que ésta crezca hasta el punto de llegar a constituir verdaderos ejércitos y que ello ocurra en imperios donde ha llegado a ser aplastante el aplauso. Por tanto, ese

incremento de la policía es por fuerza un signo de que el potencial de la minoría ha crecido en igual proporción. Y eso es lo que efectivamente acaece. De un hombre que vota «no» en unas, así llamadas, «elecciones en favor de la paz» cabrá aguardar que ofrezca oposición en cualesquiera circunstancias y de modo especial cuando pasan apuros los dueños de la violencia. En cambio, no existe en absoluto la misma seguridad de que se mantenga el aplauso de los otros noventa y nueve si las cosas empiezan a tambalearse. En tales circunstancias la minoría se asemeja a un virus que causa un efecto enorme, imposible de calcular, y que impregna la totalidad del Estado.

Para averiguar dónde se hallan los puntos en que ataca ese virus, para observarlos y vigilarlos son necesarios grandes contingentes de policía. A medida que va creciendo la adhesión de las masas, también va creciendo la desconfianza respecto de ellas. Cuanto más se aproxima al cien por cien la cifra de los votos buenos, tanto más crece el número de los sospechosos. Pues cabe suponer que quienes portan en sí la oposición se habrán trasladado de un orden abarcable mediante la estadística a aquel orden invisible que nosotros denominamos la «emboscadura», el «irse al bosque». Ahora es preciso vigilar a todos. El espionaje introduce sus tentáculos en cada bloque de viviendas, en cada domicilio; intenta penetrar incluso en las familias y alcanza sus máximos triunfos en las autoinculpaciones que contemplamos en los grandes procesos públicos; en ellos vemos al individuo representar el papel de policía de sí mismo, lo vemos cooperar a su propia aniquilación. El individuo no es ya indivisible, como sí lo fue en el mundo liberal; ahora el Estado lo ha partido en dos mitades: una mitad que es culpable y otra mitad que se autoinculpa. .

Qué espectáculo tan chocante es ése de ver cómo unos Estados que están fuertemente armados, cómo unos Estados que se ufanan de hallarse en posesión de todos los medios de poder, son al mismo tiempo sumamente susceptibles. Los cuidados que tales Estados han de prestar a la policía reducen su poder exterior. La policía recorta los presupuestos del ejército, y no sólo los presupuestos. Si las grandes masas fueran tan transparentes como asevera la propaganda, si sus átomos estuvieran tan orientados en una misma dirección, entonces se precisaría una cantidad de policía no mayor

que el número de canes que necesita el pastor para cuidar de su rebaño. No es eso lo que ocurre, sin embargo; pues en el seno del gris rebaño se esconden lobos, es decir, personas que continúan sabiendo lo que es la libertad. y esos lobos no son sólo fuertes en sí mismos; también existe el peligro de que contagien sus atributos a la masa, cuando amanezca un mal día, de modo que el rebaño se convierta en horda. Tal es la pesadilla que no deja dormir tranquilos a los que tienen el poder.

# 10

UNA de las notas características y específicas de nuestro tiempo es que en él van unidas las escenas significativas y los actores insignificantes. Esto es algo que se pone de manifiesto sobre todo en los grandes hombres que aparecen en su escenario; uno tiene la impresión de que todos ellos son personajes de ésos que pueden encontrarse en las cantidades que se desee tanto en los cafés de Ginebra o de Viena cuanto en provincianos mesas de oficiales del ejército o también en oscuros caravasares. En aquellos sitios donde, además de la mera fuerza de voluntad, aparecen también rasgos espirituales, nos está permitido sacar la conclusión de que allí perdura un material antiguo; tal es, por ejemplo, el caso de Clemenceau, del que puede decirse que era un hombre de una pieza.

Lo que en este espectáculo resulta irritante es que en él la mediocridad va asociada a un poder funcional enorme. Estos son los hombres en cuya presencia se ponen a temblar millones de seres humanos, los hombres de cuyas decisiones dependen millones de personas. Y, sin embargo, son los mismos hombres de los cuales es preciso decir que han sido elegidos con un zarpazo infalible por el *Zeitgeist*, el Espíritu del Tiempo, si es que queremos contemplar aquí a tal espíritu en uno de sus aspectos posibles, el de un enérgico empresario de demoliciones. Ninguna de esas expropiaciones, socializaciones, electrificaciones, concentraciones de tierras, fraccionamientos y pulverizaciones que se llevan a cabo presupone ni cultura ni carácter; antes al contrario, esas dos cualidades resultan nocivas para el automatismo. De ahí que en aquellos sitios del paisaje de talleres donde se puja por el poder, éste sea adjudicado a aquél en quien la insignificancia está peraltada por

una voluntad fuerte. En otro lugar volveremos a abordar este tema y en especial sus implicaciones morales.

Pero en la misma medida en que las actuaciones comienzan a perder interés desde la perspectiva de la psicología, en esa misma medida se tornan más significativas desde la perspectiva de la tipología. El ser humano penetra en unas circunstancias que él no abarca en seguida con su conocimiento consciente ya las que mucho menos aún configura - sólo con el paso del tiempo va adquiriendo la óptica que hace comprensible el espectáculo. Sólo entonces será posible el dominio. Antes de poder actuar sobre un proceso es preciso haberlo comprendido.

Con las catástrofes vemos aflorar a la superficie figuras que muestran estar a la altura de ellas y que las sobrevivirán cuando hayan quedado hace mucho tiempo olvidados los nombres casuales. Entre esas figuras se cuenta sobre todo la del Trabajador, la cual avanza con paso seguro e imperturbable hacia sus objetivos.

Lo único que el fuego de la catástrofe hace es realzar más y más esa figura, tornarla cada vez más resplandeciente. Aún brilla iluminada por la incierta luz de los Titanes; no barruntamos en qué ciudades regias, en qué metrópolis cósmicas alzará esa figura su trono. El mundo lleva ahora el uniforme y las armas de la figura del Trabajador - y alguna vez llevará también su vestido de día de fiesta. Dado que por el momento esa figura se halla en los primeros pasos de su carrera, el compararla con lo que ya ha llegado a su acabamiento no le hace justicia.

En el séquito de la figura del Trabajador aparecen otras figuras - también aquéllas en que se sublima el sufrimiento. Entre ellas se encuentra el Soldado Desconocido, el Soldado Anónimo, que precisamente por estar desprovisto de nombre se halla vivo no sólo en todas las capitales, sino también en todas las aldeas, en todas las familias. Los lugares del combate, sus objetivos temporales, incluso los pueblos de que esos soldados desconocidos fueron representantes, todas esas cosas van difuminándose. Se enfrían los incendios - y lo que queda es otra cosa, algo que es común a todos y hacia lo cual no se vuelven ya la voluntad y la pasión, sino el arte y la veneración.

¿A qué se debe el que la figura del Soldado Desconocido vaya claramente asociada al recuerdo de la primera guerra mundial, pero

no al de la segunda? Se debe a que en la última resaltan con claridad las modalidades y los objetivos de la guerra civil mundial. Con ello vuelve a pasar a segundo plano lo propiamente bélico, el soldado. En cambio, el Soldado Desconocido de la primera guerra mundial continúa siendo un héroe, un domeñador de los mundos del fuego, que toma sobre sí grandes cargas en medio de aniquilaciones mecánicas. Ello lo convierte en un descendiente legítimo de la caballería de Occidente.

La segunda guerra mundial se diferencia de la primera no sólo porque las cuestiones nacionales pasan abiertamente a formar parte de las cuestiones de la guerra civil y quedan subordinadas a éstas, sino a la vez porque en ella se intensifica el desarrollo mecánico y de ese modo se acerca, en el automatismo, a los últimos límites. Esto comporta ataques exacerbados contra el *nomos* y contra el *ethos*. En este contexto se llega a batidas efectuadas por un poder que supera en mucho el del adversario, a batidas que no dejan ninguna esperanza. La batalla de material se intensifica hasta convertirse en una batalla de cerco, hasta transformarse en un Cannas, al cual le falta, empero, la grandeza antigua. El sufrimiento crece hasta tal punto que por fuerza queda excluido lo heroico. Al igual que todas las otras modalidades de la estrategia, también ésta nos procura una imagen exacta de nuestro tiempo; éste intenta clarificar en el fuego las cuestiones que le son propias. Desde hace ya mucho está preparada la batida del ser humano, una batida que no deja escapatoria ninguna; y está preparada por teorías que aspiran a dar una explicación lógica y compacta del mundo y que corren parejas con el desarrollo técnico. Al adversario sé lo cerca primero en el campo de la razón y luego también en el campo social; a esto se agrega, llegada la hora, su exterminio. No hay destino más desesperanzado que el caer en un proceso como ése, en un proceso en el cual el derecho se ha convertido en un arma.

# 11

TALES fenómenos han venido dándose desde siempre en la historia humana; podríamos contarlos entre las atrocidades que raras veces faltan cuando se producen grandes cambios. Más desasosiego causa el hecho de que la crueldad amenace con convertirse en un elemento constitutivo, en una institución de las nuevas formaciones de poder, así como el ver entregada inerme a ella la persona singular.

Esto tiene varios motivos; el principal es que el pensamiento racional es cruel.

Esa cualidad suya se contagia luego a los planes que se hacen. En esto desempeña un papel especial la extinción de la libre competencia. Tal extinción provoca curiosas imágenes reflejas de sí misma. Como su propio nombre indica, la competencia o concurrencia se asemeja a la carrera de competición, en la cual conquistan el premio los más hábiles. Donde desaparece la competencia se corre el riesgo de que surja una especie de estirpe de rentistas mantenida a costa del Estado, mientras en la política exterior perdura la competencia, es decir, la carrera de competición entre los diferentes Estados. Por esa brecha es por donde penetra el terror. Sin duda son otras circunstancias las que lo provocan: en esto queda al descubierto uno de los motivos que hacen que subsista el terror. La velocidad generada por la carrera competitiva de los Estados entre sí causa ahora necesariamente miedo. En un caso el nivel depende de las altas presiones; en el otro, del vacío. En el primer caso quien marca el ritmo es el ganador; en el segundo, aquél a quien cada vez le van peor las cosas.

Con esto se halla relacionado el hecho de que el Estado se ve forzado en el segundo caso a someter permanentemente una parte

de su población a unas intromisiones horrorosas. La vida se ha vuelto gris, pero aún puede parecerle soportable a quien divisa a su lado la oscuridad, el negro absoluto. Ahí, y no en el terreno de la economía, es donde residen los peligros de las grandes planificaciones.

No deja de ser caprichosa la selección de los estratos de la sociedad que son perseguidos de ese modo; siempre se tratará de minorías que o bien llevan por naturaleza una marca que las distingue de los otros o bien han sido inventadas con ese fin. Es evidente que con ello quedan coamenazados también todos los que sobresalen por herencia y talento. Este mismo clima se contagia al trato acordado a los vencidos en la guerra; en conexión con la recriminación de una culpabilidad general se llega entonces a dejar morir de hambre a la gente en los campos de concentración, se llega a imponer trabajos forzados, a exterminar a los seres humanos en vastos territorios ya deportar a los supervivientes.

Es comprensible que en una situación como ésa el hombre prefiera Soportar las cargas más pesadas a ser contado entre los «otros». El automatismo parece quebrantar con gran facilidad, como si lo hiciera jugando, lo que queda de la voluntad libre; la persecución se ha tornado compacta y universal, como un elemento de la naturaleza. Tal vez algunos privilegiados puedan tener abierta la puerta de la huida; pero la huida suele conducir a cosas peores. La oposición parece dar estímulos a los dueños de la violencia, les procura el anhelado pretexto para intervenir. Frente a esto, la última esperanza que queda es que el proceso acabe devorándose a sí mismo, como un volcán que ha arrojado toda su lava. Pero entretanto sólo puede haber dos preocupaciones para el hombre que está batido de ese modo: ejecutar el trabajo que le asignan y no desviarse de la norma. Esto repercute incluso en las zonas de seguridad; en ellas se apodera de los seres humanos un pánico propio de la catástrofe. En este punto surge la cuestión -y lo hace no sólo en la teoría, sino en toda existencia real de hoy-, en este punto surge la cuestión de si no se podrá tomar todavía un camino diferente. Existen, en efecto, pasos de montaña, senderos de herradura que sólo se descubren después de una prolongada ascensión. Se ha llegado a una concepción nueva del poder, se ha llegado a unas concentraciones de poder inmediatas, vigorosas. Para

poder plantarles cara se necesita una concepción nueva de la libertad, una concepción que no puede tener nada que ver con los desvaídos conceptos que hoy van asociados a esa palabra. Esto presupone, para empezar, que uno no quiera simplemente que no lo esquilen, sino que esté dispuesto a que lo despellejen.

Y de hecho habrá que reconocer que no han quedado extinguidos todos los movimientos en estos Estados que disponen de una masa enorme de policías y que han adquirido una ingente superioridad de poder. Las corazas de los nuevos Leviatanes tienen sus brechas propias, que continuamente están siendo palpadas, y esa operación tiene como premisas una prudencia y una audacia de una especie nunca antes conocida. Así, uno se inclina a pensar que existen aquí minorías selectas que están iniciando la lucha en favor de una libertad nueva, una lucha que requiere grandes sacrificios; no es lícito dar a esa lucha una interpretación que resulte indigna de ella. Para encontrar algo parangonable con esa lucha es preciso dirigir la mirada a tiempos y lugares esforzados; por ejemplo, a los de los hugonotes o a los de las guerrillas que Goya vio en sus Desastres. Comparado con estas cosas, el asalto a La Bastilla, del cual sigue alimentándose todavía hoy la consciencia de libertad del individuo, no pasa de ser un paseo dominguero por las afueras de la ciudad.

En el fondo no es posible considerar por separado la tiranía y la libertad, aunque es cierto que, cuando se las ve temporalmente, la una releva a la otra. Desde luego puede decirse que la tiranía deja en suspenso la libertad y la aniquila - mas, por otro lado, la tiranía sólo puede llegar a ser posible en aquellos sitios donde la libertad se ha domesticado y diluido en un huero concepto de sí misma.

El ser humano tiende a edificar sobre los aparatos o a seguir cediendo a ellos aun en los sitios donde le es preciso sacar el agua de fuentes que le son propias. Esto representa un defecto de fantasía. El ser humano ha de saber cuáles son aquellos puntos donde no le es lícito traficar con su decisión soberana. Mientras marchen bien las cosas, siempre habrá agua en las tuberías y corriente eléctrica en los enchufes. Cuando la vida y la propiedad están amenazadas, un simple grito de alarma basta para que hagan acto de presencia, como por arte de magia, los bomberos y la policía. El gran peligro está en que el hombre confíe demasiado en

las ayudas de otros y, cuando faltan aquéllas, quede desvalido. Todas las comodidades hay que pagarlas. La situación de animal doméstico arrastra consigo la situación de animal de matadero.

Las catástrofes son una prueba que permite averiguar en qué medida siguen conservando un fundamento originario los hombres y los pueblos. Allende la civilización y las seguridades que son procuradas por ella, la salud y las esperanzas de vida dependen de que una cuando menos de las raíces continúe nutriéndose directamente del reino telúrico.

Esto se pone de manifiesto en aquellos tiempos en que se atraviesan fases de amenazas muy intensas; en esas fases los aparatos no sólo dejan en la estacada al ser humano, sino que lo baten de tal manera que no parece quedar esperanza ninguna. Entonces es cuando el hombre ha de decidir si da por perdida la partida o si desea continuarla, apoyándose para ello en su fuerza más íntima, en su fuerza propia. En este último caso se decide a irse al bosque, a emboscarse.

# 12

HEMOS dicho que el Trabajador y el Soldado Desconocido son dos de las grandes figuras de nuestro tiempo. En el Emboscado divisamos una tercera, que va apareciendo con una claridad cada vez mayor.

En el Trabajador el principio activo se despliega en la tentativa de imponerse al universo y dominarlo de una manera nueva, en el ensayo de alcanzar proximidades y lejanías no vistas antes por ningún ojo, impartir órdenes a unas energías que hasta este momento nadie había desencadenado.

El Soldado Desconocido está en la zona de sombra de las acciones, cual víctima sacrificada que porta las cargas en los grandes desiertos del fuego y que es evocada como espíritu bueno y unificador; esa tarea unificadora la realiza no sólo en el interior de los pueblos, sino también entre los pueblos.

Llamamos Emboscado, en cambio, a quien, privado de patria por el gran proceso y transformado por él en un individuo aislado, acaba viéndose entregado al aniquilamiento. Este destino podría ser el destino de muchos y aun el de todos - no es posible dejar de añadir, por tanto, una precisión. y ésta consiste en lo siguiente: el emboscado está decidido a ofrecer resistencia y se propone llevar adelante la lucha, una lucha que acaso carezca de perspectivas. Un emboscado es, pues, quien posee una relación originaria con la libertad; vista en el plano temporal, esa relación se exterioriza en el hecho de que el emboscado piensa oponerse al automatismo y piensa no sacar la consecuencia ética de éste, a saber, el fatalismo.

Si lo contemplamos de ese modo, no dejará de hacérsenos evidente el papel desempeñado por el emboscado no sólo en los pensamientos, sino también en la realidad de estos años que

estamos atravesando. Todos y cada uno de nosotros nos encontramos hoy en una situación de coacción, y los intentos de conjurarla se asemejan a experimentos audaces, a experimentos de los cuales depende un destino mucho mayor aún que el de quienes están decididos a correr el riesgo de llevarlos a cabo.

Acciones arriesgadas como ésas pueden tener esperanzas de éxito únicamente si les prestan su ayuda, y les abren nuevas vías allí donde no hay salida, las tres grandes potencias: el arte, la filosofía y la teología. Estudiaremos esto con detenimiento. Por ahora anticipemos tan sólo que el tema de la persona singular sometida a una batida va ocupando de hecho un espacio cada vez mayor en el arte. Es natural que ese tema resalte de manera especial en la descripción del ser humano que corresponde realizar al teatro y al cine y, ante todo, a la novela. Vemos realmente cómo está cambiando la perspectiva, pues la descripción de la sociedad que progresa o se descompone va dejando paso a la confrontación de la persona singular con el colectivo técnico y con el mundo peculiar de ese colectivo. Penetrando en sus profundidades, el autor mismo se convierte en un emboscado; la palabra «autoría» es sólo otro nombre para decir «independencia».

Hay una línea recta que lleva de estas descripciones a Edgar Allan Poe. Lo extraordinario de este espíritu está en su economía de medios. Ya antes de que se alce el telón escuchamos el motivo conductor, y por los primeros compases nos enteramos de que el espectáculo llegará a ser amenazador. Los personajes, que son sobrios, matemáticos, son a la vez fatídicos; en eso estriba su inaudita fascinación. El *Maelstrom* es el embudo, es la resaca irresistible hacia la cual atraen el vacío y la nada. El pozo nos presenta la imagen del asedio, del cerco cada vez más angosto; el espacio comienza a reducirse ya empujar hacia las ratas. El péndulo es el símbolo del tiempo muerto, susceptible de medición; es la afilada guadaña de Cronos, colgada de él, guadaña que se mueve de un lado para otro y amenaza al prisionero, pero que a la vez lo libera, si éste sabe servirse de ella. [2]

De entonces acá ha ido llenándose de mares y países la apretada cuadrícula que cubre el mapa de la Tierra. Se ha agregado la experiencia histórica. Ciudades cada vez más artificiales, comunicaciones automáticas, guerras entre naciones y guerras

civiles, infiernos de máquinas, despotismos grises, cárceles, asechanzas sutiles - todas esas cosas han ido recibiendo un nombre geográfico y ocupan día y noche al ser humano. Vemos a éste meditar, como planificador y pensador audaz, sobre el avance de los procesos y sobre el modo de encontrarles una salida; en las acciones lo vemos como conductor de máquinas, como guerrero, como prisionero, como partisano en medio de las ciudades, las cuales unas veces arden en llamas y otras se iluminan para celebrar fiestas. Vemos al ser humano en el papel de despreciador de los valores, en el papel de frío calculador, pero también lo contemplamos sumido en la desesperación cuando, en medio de los laberintos, la mirada busca las estrellas.

El proceso tiene dos polos - por un lado, el polo del Todo, el cual progresa, en configuraciones cada vez mayores, a través de todas las resistencias. Aquí está el movimiento completo, el despliegue imperial, la seguridad total. En el otro polo vemos a la persona singular; ésta es el hombre que sufre, y que se encuentra desprotegido, y cuya inseguridad es también total. Ambos polos se condicionan mutuamente, pues es del miedo de lo que vive el gran despliegue del poder, y la coacción adquiere especial eficacia en aquellos sitios donde se ha intensificado la sensibilidad.

El arte se ocupa con esta nueva situación del ser humano; la considera su tema propio y realiza copiosos ensayos en ese sentido; tales ensayos van, sin embargo, más allá de la mera descripción. Constituyen, antes bien, experimentos que apuntan a un objetivo supremo: el de aunar en una armonía nueva la libertad y el mundo. Allí donde esto se hace visible en la obra de arte, no puede por menos de desvanecerse el miedo acumulado, cual se desvanece la niebla al primer rayo del Sol.

# 13

EL miedo es uno de los síntomas de nuestro tiempo. La consternación causada por el miedo es tanto mayor cuanto que ese miedo viene a continuación de una época en la cual hubo una gran libertad individual y en la que también se había vuelto casi desconocida esa clase de penurias que nos describe, por ejemplo, Dickens.

La transición de aquella seguridad a este miedo, ¿cómo se ha producido? Si quisiéramos elegir una fecha concreta, probablemente ninguna otra resultaría más apropiada que el día en que se hundió el Titanic. En esa fecha chocan de frente, con toda violencia, la luz y las sombras: aparecen juntos la *hybris* del progreso y el pánico, las máximas comodidades y la destrucción, el automatismo y la catástrofe; esta última se presenta como un accidente de tráfico.

De hecho el automatismo y el miedo van estrechamente unidos, por cuanto el ser humano coarta sus propias decisiones en beneficio de las facilidades técnicas. Estas procuran numerosas comodidades. Pero también aumenta, y ello de manera necesaria, la pérdida de libertad. La persona singular no está ya en la sociedad como está un árbol en el bosque; antes al contrario, se asemeja al pasajero de una nave que se mueve a una velocidad cada vez mayor; la nave puede llamarse Titanic o puede llamarse también Leviatán. Mientras el tiempo sea bueno y agradables las perspectivas, el pasajero casi no reparará en la situación a que ha ido a parar y que es una situación en que la libertad es menor. Lo que hace aparición, por el contrario, es un optimismo, es una consciencia de poder generada por la velocidad. Pero las cosas cambian cuando emergen a la superficie islas que escupen fuego o aparecen icebergs. No sólo ocurre

entonces que la técnica se traslada de las confortables comodidades a otros ámbitos, sino que al mismo tiempo se hace visible la falta de libertad; y eso se pone de manifiesto bien en el triunfo de las fuerzas de los elementos bien en el hecho de que en ese instante quienes ejercen el poder absoluto de mando son las personas singulares que han permanecido fuertes.

Los detalles son conocidos, han sido descritos muchas veces; forman parte de nuestra experiencia más propia. Aquí podría pensarse en la objeción siguiente: ha habido otros tiempos de miedo, de pánico apocalíptico, sin que su acompañamiento -su instrumentación-estuviera constituido por ese carácter de automatismo. No vamos a entrar en esa cuestión, pues lo automático no se torna terrible hasta que no se revela como una de las modalidades de la fatalidad, como su estilo, tal como fue descrito de manera insuperable por Jerónimo Hosco. No vamos a detenernos en la cuestión de si el miedo moderno es un miedo enteramente especial o si es sólo el estilo que hoy ostenta la angustia cósmica que retorna; la pregunta que vamos a hacer, y que todos llevamos en nuestro corazón, es la contraria: en tanto perdure el automatismo y en tanto vaya aproximándose cada vez más, como es previsible, a su perfección, ¿es acaso posible disminuir el miedo? ¿Sería, pues, posible permanecer en la nave y reservarse la decisión propia? Es decir, ¿sería posible no sólo conservar, sino también fortalecer las raíces que aún siguen ligadas al fondo primordial? Esta es la verdadera cuestión de nuestra existencia.

Y ésa es también la cuestión que hoy se halla detrás de todas las congojas del presente. El ser humano pregunta si no puede escapar a la aniquilación. Durante estos años, si uno se sienta a charlar en cualquier punto de Europa con conocidos o desconocidos verá que la conversación se desvía pronto hacia los asuntos generales y que afloran allí todas las miserias. Uno reparará en que de casi todos esos hombres y mujeres se ha apoderado un pánico que no había vuelto a conocerse entre nosotros desde los inicios de la Edad Media. Observará que esos hombres y esas mujeres se precipitan en su miedo cual si fueran unos posesos y que subrayan con franqueza y sin rubor los síntomas de ese miedo. Uno asiste a reuniones donde los espíritus discuten, en una especie de competición, qué es lo mejor: si huir, si esconderse, o si suicidarse. Aunque todavía

disfrutan de total libertad, meditan ya sobre los recursos y tretas con que podrán comprar el favor de los viles, cuando éstos lleguen a dominar. y uno vislumbra, horrorizado, que no hay ninguna vileza a la que no vayan a dar su aquiescencia esos espíritus si se les demanda que lo hagan. Uno ve allí hombres robustos, sanos, con un cuerpo de atleta. y se pregunta para qué practicarán los deportes.

Ahora bien, esos mismos seres humanos no están sólo angustiados; son a la vez temibles. Su estado de ánimo pasa de la angustia a un odio declarado si ven que se debilita aquél a quien hasta ese mismo instante han estado temiendo. Y no sólo en Europa se encuentra uno con grupos de ese género. El pánico se hará más compacto todavía en aquellos sitios donde el automatismo aumenta y está aproximándose a formas perfectas, como ocurre en Norteamérica. En esos sitios es donde encuentra el pánico su mejor alimento; es difundido a través de redes que compiten en rapidez con el rayo. La simple necesidad que la gente siente de absorber varias veces al día noticias es ya un signo de angustia; la imaginación gira y gira y de esa manera va creciendo y paralizándose. A lo que se asemejan todas esas antenas que hay en las ciudades gigantescas es al cabello erizado. Constituyen una invitación a establecer contacto con demonios.

El Este no representa ciertamente una excepción. El Oeste tiene miedo del Este, el Este tiene miedo del Oeste. En todos los puntos del mundo está viviéndose a la espera de agresiones horribles y en muchos de esos puntos se añade a lo anterior el miedo a la guerra civil.

El gran mecanismo político no es lo único que mueve a sentir ese miedo. Hay además una cantidad innumerable de angustias particulares. Ellas traen consigo la incertidumbre y ésta deposita siempre su esperanza en médicos, en salvadores, en taumaturgos. Todo puede convertirse, efectivamente, en objeto de miedo. y esto es uno de los signos indicadores de la catástrofe, un indicador más diáfano que todos los peligros físicos.

# 14

LA pregunta básica en estos remolinos dice así: ¿es posible librar del miedo al ser humano? Tal cosa es mucho más importante que proporcionarle armas o que proveerle de medicamentos. El poder y la salud están en quien no siente miedo. Por otro lado, el miedo pone cerco también a quienes van armados hasta los dientes - es precisamente a ellos a quienes pone cerco. Y esto mismo puede decirse de quienes nadan en la abundancia. Ni con las armas ni con los tesoros se conjuran las amenazas; armas y riquezas son únicamente medios auxiliares.

Es tan estrecha la conexión que hay entre el miedo y los peligros amenazadores que resulta muy difícil decir cuál de esos dos poderes es el que engendra al otro.

El miedo es más importante; de ahí que haya que empezar por él si se quiere desatar el nudo.

Es menester prevenir de lo contrario, es decir, del intento de comenzar por los peligros que nos amenazan. Si tratásemos de hacernos más peligrosos que aquéllos a quienes tememos no contribuiríamos a la solución. Es la relación clásica que se da entre los rojos y los blancos, entre los rojos y los rojos, y tal vez, mañana, entre los blancos y los negros. El terror es semejante a un fuego que se dispone a devorar el mundo entero.

A la vez se multiplica el miedo. Quien pone fin al terror se legitima como llamado a ejercer el dominio. Y quien pone fin al terror es el mismo que antes ha vencido al miedo.

Es importante, además, saber que no es posible expulsar por completo el miedo. Tal cosa no llevaría tampoco allende el automatismo - al contrario, lo introduciría en el interior del ser humano. Siempre que éste delibere consigo mismo continuará

teniendo al miedo como su gran interlocutor en el diálogo. En esa operación el miedo aspira al monólogo, a ser él el único en hablar; el miedo se reserva la última palabra tan sólo cuando representa ese papel.

Si, en cambio, se reconduce el miedo al diálogo, entonces también puede el ser humano tomar la palabra. Con ello deja de imaginarse que está batido. Además de la solución del automatismo se deja ver también en todo momento otra solución que es distinta de aquélla. Es decir, ahora hay dos caminos; o expresado con otras palabras: ahora queda restablecida la libre decisión.

Aun en el supuesto de la peor de las catástrofes, siempre subsiste una diferencia, como la que se da entre la luz y las tinieblas. En el primer caso, el de la luz, el camino va ascendiendo hacia reinos que están en las alturas, hacia la muerte en sacrificio o hacia el destino de quien sucumbe con las armas en la mano; en el segundo caso, el de las tinieblas, el camino desciende hacia los hondones de los campos de esclavos y los mataderos, donde unos hombres primitivos se asocian criminalmente con la técnica. En este último caso no hay destino, lo único que hay son números. O bien poseer un destino propio o bien tener el valor de un número: ésa es la disyuntiva que hoy nos viene impuesta a todos y cada uno de nosotros, impuesta ciertamente a la fuerza; pero el decidirse por lo uno o por lo otro es algo que cada cual ha de hacer por sí solo. La persona singular es hoy exactamente igual de soberana que en cualquier otro período de la historia y aun es probable que sea más fuerte que nunca. Pues a medida que van ganando terreno los grandes poderes colectivos va también el ser humano quedando aislado de sus viejas asociaciones, de aquellas asociaciones que habían crecido de una manera espontánea; de lo único de que el hombre sale garante ahora es de sí mismo. y es ahora cuando se convierte en el antagonista de Leviatán, más aún, en su domeñador, en su vencedor .

Retornemos a la imagen de las elecciones. Como vimos, el proceso electoral se ha transformado en un concierto automático que viene dictaminado por quienes lo organizan. La persona singular puede ser forzada, será forzada a participar en él. Lo que ella ha de saber es que todas las posiciones que pueda llegar a ocupar dentro de ese campo son igualmente vanas. Da igual que la

caza se mueva por este o por aquel sitio, con tal de que la haga entre los filopos, entre las redes que la encaminan a un sitio determinado.

El lugar de la libertad es completamente distinto de la mera oposición; también es diferente del lugar que la huida puede brindar. «Bosque» es el nombre que hemos dado al lugar de la libertad. En él hay otros medios, unos medios diferentes del «no» que uno escribe en el círculo predispuesto para ello en la papeleta de voto. Desde luego hemos visto que, dada la situación a que se ha llegado, tal vez esté capacitado para irse al bosque, para la emboscadura, nada más que uno solo entre cien. Pero de lo que aquí se trata no es de relaciones numéricas. Cuando se incendia un teatro basta una cabeza clara, basta un corazón enérgico para contener el pánico de millares de personas que amenazan con aplastarse unas a otras y que se entregan a una angustia propia de animales.

Cuando aquí hablamos de la «persona singular» estamos refiriéndonos al «ser humano», al «hombre» tal cual, pero desprovisto del regusto añadido que esa palabra ha ido adquiriendo en el transcurso de los dos últimos siglos. Estamos refiriéndonos a la persona libre, tal como fue creada por Dios. Ese hombre no representa una excepción, no es una minoría selecta. Antes al contrario, se halla oculto en el interior de todos y cada uno de nosotros; las diferencias que aquí aparecen son únicamente el resultado de la diferencia de grado en que el ser humano haya sido capaz de hacer realidad la libertad que le ha sido otorgada. Para eso es preciso prestarle ayuda - y se le ha de prestar con el pensamiento, con el conocimiento, con la amistad, con el amor.

También cabe decir que en el bosque el ser humano duerme. El orden queda restablecido en el instante mismo en que, al despertarse, repara en el poder que tiene. Es posible dar al ritmo superior de la historia la interpretación siguiente: el ser humano se redescubre a sí mismo periódicamente. Siempre hay poderes que intentan colocarle sus máscaras propias, poderes que unas veces son totémicos, y otras mágicos, y otras técnicos. Entonces aumenta la rigidez; y al aumentar la rigidez, crece también el miedo. Las artes se petrifican, el dogma se absolutiza.

Pero desde los tiempos más remotos viene repitiéndose una y

otra vez el mismo espectáculo: el hombre se quita la máscara ya ese acto sigue la jovialidad, la cual es el reflejo luminoso de la libertad.

Sometidos como estamos a la fascinación de potentes ilusiones ópticas, nos hemos habituado a ver en el ser humano un simple grano de arena, si se lo compara con sus máquinas y con sus aparatos. Ahora bien, los aparatos son, y no dejarán de ser, decorados de teatro colocados por la imaginación inferior. El ser humano es quien ha fabricado tales decorados y él es quien puede desmontarlos o bien darles un sentido nuevo. Es posible hacer saltar las cadenas de la técnica; y quien puede hacerlo es la persona singular.

# 15

AQUÍ hemos de señalar todavía una posibilidad de error - estamos aludiendo a la confianza depositada en la imaginación pura. Desde luego, lo concedemos, esa imaginación lleva a la victoria espiritual. Pero lo que no puede ser es que eso aboque a la fundación de escuelas de yoga. Y, sin embargo, en eso es en lo que piensan no sólo numerosas sectas, sino también una especie de nihilismo cristiano que se toma las cosas muy a la ligera. No podemos limitarnos a conocer en el piso de arriba la verdad y la bondad mientras en el sótano están arrancando la piel a otros seres humanos como nosotros. Eso es algo que no puede hacerse ni aunque uno se encuentre en una posición no sólo bien asegurada, sino también superior; y no puede hacerse porque el sufrimiento inaudito de millones de seres humanos esclavizados es algo que clama al cielo. Todavía permanece en la atmósfera el vaho de los desolladeros. Con meras palabrerías no se eluden esas cosas. De ahí que no nos esté concedido a nosotros quedarnos en la imaginación, no obstante ser ella la que otorga su fuerza básica a las acciones. La nivelación de las imágenes y su derribo preceden a la lucha por el poder. Por este motivo no podemos prescindir de los poetas. Ellos son los que introducen la subversión y los que inician también el derrocamiento de los Titanes. De la emboscadura forman parte la imaginación y con ella el canto.

Volvamos ahora a la segunda de las imágenes que hemos utilizado. El mundo histórico en que nos hallamos se asemeja a una embarcación que se desplaza con un movimiento rápido y que unas veces exhibe rasgos de comodidad confortable y otras veces muestra signos de terror. Unas veces es Titanic y otras veces es Leviatán. Lo que se mueve sirve de señuelo a los ojos y por ello a los más de los

pasajeros de la nave les queda oculto que ellos habitan al mismo tiempo en un mundo diferente, en el cual reina una quietud total. Es tan superior el segundo de estos reinos al primero, que parece contener a éste dentro de sí como un juguete; es tan superior a él como lo es una de esas innumerables epifanías que acontecen. El segundo de esos reinos es puerto, es patria, es paz y seguridad, cosas que todos nosotros llevamos dentro. A esto es a lo que damos el nombre de «bosque».

Travesía marítima y bosque - tal vez parezca difícil aunar en una sola imagen cosas tan dispares. Pero al mito le resulta familiar ese género de contrastes - así, el Dioniso raptado por unos marineros tirrenos hizo que en torno a los remos se enroscasen pámpanos y mirto y que crecieran hasta envolver el mástil. De aquella espesura surgió luego el tigre que despedazó a los piratas.

El mito no es historia ocurrida en un tiempo anterior; es realidad intemporal que se reitera en la historia. El hecho de que nuestro siglo vuelva a encontrar sentido en los mitos es uno de los indicadores favorables. También hoy existen poderes fuertes que llevan a alta mar al ser humano, que lo conducen al interior de los desiertos ya su mundo de máscaras. Tal viaje perderá su condición amenazadora si el ser humano vuelve en sí y recuerda la fuerza divina que posee.

# 16

SI queremos salir de la coacción que viene representada por la mera jugada aislada y deseamos llegar a tener una visión de conjunto de la partida, dos son los hechos que hemos de conocer y reconocer.

En primer lugar hemos de saber lo que ya hemos visto en el ejemplo de las elecciones: que sólo una pequeña fracción de las grandes masas humanas está capacitada para hacer frente a las poderosas ficciones de nuestro tiempo ya las amenazas que irradian de ellas. Es verdad que esa pequeña fracción puede asumir la representación de la totalidad.

En segundo lugar hemos de saber lo que hemos visto en el ejemplo de la nave: que los poderes del presente no bastan para resistir a las mencionadas ficciones.

Estas dos averiguaciones no encierran en sí novedad ninguna. Están en el orden normal de las cosas y volverán a imponerse siempre que se anuncian catástrofes. La actuación pasará entonces a manos de minorías selectas que prefieren el peligro a la esclavitud. y las acciones habrán ido precedidas siempre de una reflexión. Por un lado esta reflexión se expresa en la crítica de la actualidad, es decir: en el conocimiento de que ya no bastan los valores que están vigentes. Por otro lado se expresa en el recuerdo. Este puede orientarse hacia los padres y hacia los órdenes que les fueron propios, padres y órdenes que están más próximos al origen que nosotros. Entonces el recuerdo tendrá como objetivo unas restauraciones conservadoras. En los grandes peligros se buscará lo salvador a mayor profundidad, se lo buscará en las Madres; al contacto con éstas se liberan fuerzas primordiales a las que no pueden hacer frente los puros poderes temporales.

Dos son, pues, las cualidades que en el emboscado se presuponen. En primer lugar, el emboscado no le permite a ningún poder, por muy superior que sea, que le prescriba la ley, ni por la propaganda ni por la violencia. Y, en segundo lugar, el emboscado se propone defenderse; para ello no sólo utiliza los medios y las ideas que son propios de su tiempo, sino que a la vez mantiene abierto el acceso a unos poderes que son superiores a los temporales y que nunca podrán ser diluidos en puro movimiento. Uno puede correr el riesgo de la emboscadura, puede osar emboscarse, si se cumplen esas dos condiciones.

La cuestión que ahora se plantea es la siguiente: ¿cuál es el propósito perseguido por tales esfuerzos? Ya hemos apuntado que ese propósito no puede limitarse a la conquista de puros reinos interiores. Después de las derrotas es ésa una de las ideas que suelen difundirse. Igualmente insuficiente sería el limitarse a objetivos reales; por ejemplo, a la conducción de la lucha para recuperar la libertad nacional. Antes al contrario, veremos que los esfuerzos de que estamos hablando son coronados también por la libertad nacional; pero ésta es aquí algo añadido. Pues la catástrofe en que nos vemos envueltos no es simplemente una catástrofe nacional; es una catástrofe mundial. Y con respecto a ella resulta muy difícil decir, y mucho más difícil aún profetizar, quiénes son propiamente los vencedores y quiénes son propiamente los vencidos.

Ocurre más bien que quien ha captado la situación mejor que todos los gobiernos y que todos los teorizantes es el hombre sencillo, el hombre de la calle, la persona con que nos encontramos todos los días y en todos los sitios. Esto se debe a que continúan estando vivos en ese hombre vestigios de un saber que llegan más hondo que no los lugares comunes de la actualidad. De ahí que se adopten en congresos y en conferencias unas resoluciones cuya estupidez y cuya peligrosidad son mucho mayores que las que contendría la sentencia dictada por una persona cualquiera a la que sacásemos de un tranvía que pasase por delante de nosotros.

La persona singular continúa teniendo órganos en los que está viva mayor cantidad de sabiduría que en toda la organización en su conjunto. Esto es algo que se pone de manifiesto incluso en el desconcierto, en el miedo de la persona singular. Cuando ésta se

tortura intentando averiguar dónde hay una salida, un camino para huir, se comporta de una manera que toma en consideración la inminencia y la magnitud de la amenaza. Cuando desconfía del papel moneda y se atiene a los objetos reales, la persona singular se comporta como alguien que todavía sabe distinguir el oro de la tinta de imprenta. Cuando en países que son ricos y se hallan en paz se despierta aterrorizada por las noches, es esto algo tan natural como el sentir vértigo del abismo. Tratar de persuadirla de lo contrario, de la inexistencia del abismo, es algo que no tiene sentido. Además, cuando alguien delibera consigo mismo es bueno que lo haga al borde del abismo.

¿Cómo se comporta el ser humano en presencia de la catástrofe y en el interior de ella? Ese es el tema que se plantea con una urgencia cada vez mayor. En esa cuestión, que es la más importante, se conjuntan todas las demás. También en el interior de los pueblos que parecen estar planificando un ataque mutuo, también en el interior de ellos medita la gente, en el fondo, sobre las mismas amenazas.

Mirar cara a cara a la catástrofe y enfrentarse al modo en que uno puede verse envuelto en ella es algo útil en todo caso. Equivale a unas maniobras militares en el campo del espíritu, a unos ejercicios espirituales.' El miedo disminuirá si abordamos este asunto como es debido; y eso representa ya un primer paso hacia la seguridad, un paso importante. Tiene no sólo efectos curativos, sino también efectos preventivos sobre la persona. Pues en la misma medida en que disminuye en las personas singulares el miedo, en esa misma medida decrece la probabilidad de la catástrofe.

# 17

LA nave significa el ser temporal; el bosque, el ser sobretemporal. En esta época nuestra, que es una época nihilista, se acrecienta la ilusión óptica que parece multiplicar las cosas que se mueven, en menoscabo de las cosas que están quietas. En verdad, todos los poderes técnicos que hoy están desplegándose son un brillo fugaz que viene de las cámaras que guardan los tesoros del Ser. El hombre adquirirá seguridad si logra penetrar, aunque sólo sea por unos instantes brevísimos, en tales cámaras; no sólo perderán entonces su cariz amenazador las cosas temporales, sino que producirán la impresión de estar llenas de sentido.

Emboscadura vamos a llamar a ese giro favorable; a quien lo ejecuta, emboscado. De modo semejante a lo que ocurre con la palabra «trabajador», también la palabra «emboscado» designa una escala muy amplia, pues se refiere no sólo a campos ya modalidades muy diversos, sino también a los diferentes grados de un modo de comportarse. El hecho de que esa palabra tenga ya una historia anterior -es una de las viejas palabras islandesas- no puede ser perjudicial. Aunque aquí, ciertamente, vamos a entender esa palabra en un sentido más amplio. El irse al bosque, la «emboscadura», era un acto que seguía a la proscripción; mediante la emboscadura proclamaba el hombre su voluntad de depender de su propia fuerza y afirmarse en ella sola. Hacer eso se consideraba honroso; y también hoy continúa siéndolo, digan lo que digan todos los lugares comunes que por ahí corren.

La proscripción había ido precedida casi siempre de un homicidio; hoy, en cambio, la proscripción golpea al ser humano de manera automática, al girar de la ruleta. Nadie sabe si mañana no lo contarán en un grupo que se encuentra fuera de la ley. Sufre

entonces un cambio el barniz civilizado de la vida, pues desaparecen los decorados confortables y se truecan en signos de aniquilamiento. El vapor de lujo se transforma en un buque de guerra o bien en un navío en el que se izan las banderas negras de los piratas o las banderas rojas de los verdugos.

En los tiempos de nuestros remotos antepasados el hombre que sufría la proscripción era alguien habituado a pensar por sí mismo, a llevar una vida dura ya actuar de manera autócrata. En tiempos posteriores tal vez se sentía aún lo bastante fuerte como para tomar en consideración la excomunión y para ser por sus propios medios no sólo un guerrero, un médico y un juez, sino también un sacerdote. Hoy no ocurren esas cosas. De tal manera están insertos los seres humanos en colectivos y en constructivos, que se tornan muy indefensos. Casi no se dan cuenta de la fuerza tan especial que en estos ilustrados tiempos nuestros han ido adquiriendo los prejuicios. A esto se agrega que el modo de vivir depende de enchufes eléctricos, de alimentos conservados, de tuberías que conducen el agua; es decir, que depende de coordinaciones, de repeticiones, de mítico, sino que volvemos a encontrarnos con ello cuando se tambalea en sus estructuras el tiempo y estamos sometidos al imperio de un peligro máximo.

La emboscadura tampoco significa: la viña o..., sino que significa: la viña y la nave. Es creciente el número de las personas que desean abandonar la nave y entre ellas se cuentan también cabezas agudas y espíritus buenos. Pero en el fondo esto equivale a querer desembarcar en alta mar. Hacen entonces su aparición el hambre, el canibalismo y los tiburones, en suma, todos aquellos horrores que se nos han contado de la balsa de la Medusa. De ahí que en todo caso sea aconsejable permanecer a bordo y en cubierta, aunque se corra el riesgo de volar también uno mismo por los aires con la nave.

Esta objeción no va dirigida contra el poeta; tanto con su obra como con su existencia pone él de manifiesto la inmensa superioridad del mundo de las Musas sobre el mundo de la Técnica. El poeta ayuda al ser humano a encontrar el camino de vuelta a sí mismo: él es un emboscado.

No menos peligroso sería restringir el significado de la palabra «emboscadura» haciendo que designase la lucha por la libertad de

Alemania. La situación en que la catástrofe ha colocado a Alemania condiciona una reordenación de sus ejércitos. No ha habido una reorganización de ellos desde la derrota de 1806 - pues aunque es cierto que han cambiado mucho tanto por lo que respecta a sus efectivos como en lo que se refiere a su técnica ya su táctica, la verdad es que los ejércitos continúan basándose, igual que todas nuestras instituciones políticas, en el pensamiento fundamental de la Revolución francesa. Una auténtica reorganización de los ejércitos alemanes no consiste en integrarlos en una estrategia aérea o atómica. Antes al contrario, de lo que se trata es de que adquiera poder y figura una idea nueva de la libertad, tal como ocurrió después de 1789 en los ejércitos de la Revolución y tal como aconteció después de 1806 en el ejército prusiano. En este aspecto son posibles, desde luego, también hoy unos despliegues de poder que se alimenten de unos principios diferentes de los de la Movilización Total. Pero esos principios no van asociados con las naciones; habrán de ser aplicados en todos los sitios donde se despierte la libertad. Vistas las cosas técnicamente hemos llegado a una situación en la que tan sólo dos potencias son ya del todo autárquicas, es decir: en la que ya sólo dos potencias tienen capacidad de adoptar un comportamiento estratégico-político que, apoyándose en los grandes medios de combate, esté a la altura de unos objetivos planetarios. La emboscadura será posible, en cambio, en todos los puntos de la Tierra.

Con ello ha quedado dicho también que esta palabra no encierra un propósito hostil al Este. El miedo que hoy recorre nuestro planeta viene inspirado en gran medida por el Este. Ese miedo se exterioriza en los ingentes preparativos que se efectúan tanto en el ámbito material como en el espiritual. Esto llama mucho la atención, pero no constituye, sin embargo, un motivo fundamental; es una simple secuela de la situación mundial. Los rusos se encuentran metidos en el mismo atolladero que todos los demás; incluso es posible que estén pasando más apuros que los otros, si es que queremos usar como criterio el miedo. Pero las armas son incapaces de hacer que decrezca el miedo; el miedo sólo podrá disminuir si se encuentra un nuevo acceso a la libertad. En este aspecto son muchas las cosas que los rusos y los alemanes habrán de decirse todavía; disponen de las mismas experiencias. También

para los rusos constituye la emboscadura un problema medular. El ruso, en la medida en que es un bolchevique, se encuentra en la nave; en la medida en que es un ruso, en el bosque. Esta situación define tanto los peligros que lo amenazan como la seguridad de que goza.

El propósito de la emboscadura no se orienta en general ni a las simples fachadas políticas ni tampoco a sus agrupaciones. Esas cosas pasan, son fugaces, mientras que las amenazas permanecen y aun regresan con mayor rapidez y más fuerza que antes. Los adversarios llegan a hacerse tan semejantes que puede adivinarse sin ninguna dificultad que son meros disfraces de un solo y único poder. No se trata de forzar las apariencias en este o en aquel lugar, sino de domeñar el tiempo. Esto requiere soberanía. Y no será tanto en las grandes decisiones cuanto en el ser humano que en su interior abjura del miedo donde hoy se encontrará soberanía. Los monstruosos preparativos antes mencionados se dirigen únicamente contra el hombre y, sin embargo, en última instancia están destinados a su triunfo. Este conocimiento hace libre al ser humano. Y entonces se hunden en el polvo las dictaduras. Aquí es donde se hallan las reservas, apenas explotadas todavía, de nuestro tiempo, y no sólo del nuestro. Esa libertad es el tema de la historia como tal y es lo que la deslinda por un lado frente a los reinos de los demonios y por el otro frente al acontecer meramente zoológico. Esto se halla prefigurado en el mito y en las religiones y es algo que retorna siempre; los Gigantes y los Titanes aparecen siempre con la misma prepotencia. Y, sin embargo, ya ha habido casos en los cuales han bastado la piedra lanzada por la honda de un pastor o la bandera empuñada por la mano de una doncella o una ballesta capaz de disparar flechas.

# 18

VIENE aquí a propósito una nueva pregunta que se formula de la manera siguiente: ¿hasta qué punto es deseable la libertad? Más aún, ¿hasta qué punto tiene siquiera sentido la libertad dentro de nuestra situación histórica y de su singularidad específica? El hecho de que el hombre de nuestros días sepa renunciar en amplia medida a la libertad, ¿no es un mérito especial suyo, un mérito que fácilmente se subestima? Son muchas las cosas en que ese hombre se asemeja a un soldado que marcha hacia objetivos desconocidos o a un trabajador que está laborando en la construcción de un palacio que otros habitarán, y no es ése el peor de los aspectos del hombre de nuestros días. Mientras el movimiento prosiga, ¿es lícito distraerlo de su tarea?

Quien hoy pretende encontrarles unos rasgos llenos de sentido a unos acontecimientos que van asociados con tantos sufrimientos se convierte en piedra de escándalo. No obstante, todos los pronósticos que se basan en un puro ambiente de catástrofe son erróneos. Antes al contrario, estamos avanzando a través de una serie de imágenes que se tornan cada vez más claras, a través de una serie de improntas que cada vez se vuelven más precisas. También ellas, las catástrofes, interrumpen apenas la marcha; más bien la acortan en muchos aspectos. No cabe duda de que esa marcha tiene unos objetivos. Millones de seres humanos están fascinados por ellos, millones de personas llevan una vida que sin esa perspectiva resultaría insoportable. Y la mera coacción no puede explicar ese género de vida. Tal vez sean coronados tardíamente los sacrificios, pero inútiles no habrán sido.

Lo que aquí estamos rozando es lo necesario, el destino que determina la figura del trabajador. Los nacimientos no se producen

nunca sin dolor. Los procesos continuarán; y, como siempre ocurre en todas las situaciones en que interviene el destino, todas las tentativas de detener los procesos o de hacerlos volver a la línea de partida lo que harán será más bien fomentarlos y acelerarlos.

De ahí que hagamos bien en no perder de vista lo necesario si no queremos entregarnos a meras ilusiones. Por supuesto, la libertad viene dada a la vez que lo necesario, y la nueva estructura del mundo no hará acto de presencia hasta que la libertad no entre en relación con lo necesario. Vistas las cosas históricamente, todo cambio acaecido en lo necesario comporta también una modificación de la libertad. Esto es lo que explica que hayan caducado los conceptos de libertad de 1789 y que esos conceptos sean incapaces de hacer valer su autoridad frente a la violencia. La Libertad, en cambio, aunque siempre se recubra con los ropajes propios de cada tiempo, es inmortal. A lo cual se añade que es preciso readquirirla una y otra vez. La libertad heredada es menester afirmarla en las modalidades que vienen acuñadas por su encuentro con las cosas que históricamente son necesarias.

Ha de admitirse, de todos modos, que hoy resulta especialmente difícil sostener la libertad. La oposición exige grandes sacrificios; eso explica el ingente número de seres humanos que prefieren la coacción. No obstante, sólo los hombres libres pueden hacer auténtica historia. La historia es la impronta que el hombre libre da al destino. En este sentido el hombre libre puede actuar ciertamente en representación de los demás; su sacrificio cuenta también por los otros.

Vamos a dar por supuesto que hemos investigado el perímetro de ese hemisferio donde se lleva a cabo lo necesario. Lo que en él destaca, unas veces de manera grandiosa y otras veces de forma terrible, es lo técnico, lo típico, lo colectivo.

Ahora nos aproximamos al otro polo, al polo donde está operando la persona singular; no sólo con sus sufrimientos, también con sus conocimientos y con sus juicios actúa esa persona. Aquí las perspectivas cambian; se tornan más espirituales y libres. Pero también los peligros adquieren una claridad mayor.

Sin embargo, no hubiera sido posible comenzar por esta parte de la tarea, ya que lo que primero se implanta es lo necesario. Lo necesario podrá acercarse a nosotros en la modalidad de la

coacción, de la enfermedad, del caos e incluso en la modalidad de la muerte - pero en todo caso desea que lo concibamos como un quehacer.

No puede tratarse, por tanto, de modificar el trazado de la planta del mundo del trabajo; la gran destrucción deja libre, deja al descubierto, antes bien, ese trazado. Pero sobre éste podrían edificar se palacios diferentes de esos termiteros que en parte vienen exigidos por la utopía y en parte son temidos por ella; el diseño del plano no es tan simple. Tampoco se trata de negarse a pagar al tiempo el tributo que solicita; pues es posible conciliar el deber y la libertad.

# 19

EXAMINEMOS ahora otra objeción: ¿debemos asentarnos en la catástrofe? ¿Debemos salir a buscar, aunque sólo sea espiritualmente, los mares extremos, las cataratas, el remolino del *Maelstrom*, los grandes abismos?

No subestimemos esta objeción. La tarea consistente en jalonar esas rutas seguras que prescribe la razón, con la voluntad de mantenerse en ellas, es una tarea que tiene en su favor numerosos argumentos. También este dilema posee -lo mismo que ocurría en el caso de los armamentos- un costado práctico. Las armas están planificadas para el caso de guerra, lo están, por lo pronto, como medida de seguridad. Pero luego las armas conducen a un límite en que son ellas mismas las que empujan a la guerra, las que parecen atraerla. Existe en este punto un grado tal de inversión de capital que lleva en todo caso a la bancarrota. Así, cabría imaginar un sistema de pararrayos que acabaran atrayendo las tempestades.

En la esfera del espíritu ocurre eso mismo. Mientras nos dedicamos a meditar sobre las rutas extremas descuidamos los caminos transitables. Tampoco aquí una cosa excluye la otra, sin embargo. Antes al contrario, lo que la razón ordena es reflexionar sobre la totalidad de los casos posibles y, como si se tratara de una serie de jugadas de ajedrez, tener preparada la respuesta correspondiente a cada uno de los casos.

En nuestra situación actual estamos obligados a contar con la catástrofe; para que no nos sorprenda de improviso por la noche, debemos seguir pensando en ella también mientras dormimos. Sólo de ese modo conseguiremos tener unas reservas de seguridad que hagan posible el actuar de forma razonable. Cuando se disfruta de total seguridad, el pensamiento se limita a jugar con la catástrofe; la

incluye en sus planes como un factor que es poco probable, y la cobertura que frente a ella adopta se reduce a unas pequeñas medidas de seguridad. En nuestros días las cosas ocurren al revés. Tenemos que dedicar a la catástrofe casi todo el capital - precisamente para mantener franco el camino del medio, un camino que se ha vuelto tan estrecho como el filo de un cuchillo.

Continúa siendo indispensable el tener conocimiento del camino del medio, que es el que la razón ordena; ese conocimiento se asemeja a la aguja de la brújula, que registra todos los movimientos, también las desviaciones. Sólo de ese modo será posible llegar a unas normas aceptadas por todos y no impuestas por la fuerza. Así es como se mantendrán también las fronteras del derecho; a la larga esto conduce al triunfo.

No puede caber la menor duda de que 'existe una vía legal que en el fondo es aceptada por todos. Es evidente que estamos alejándonos de los Estados nacionales e incluso de los grandes ámbitos de influencia y dirigiéndonos hacia unos órdenes planetarios. Es posible llegar a ellos mediante tratados si los que en éstos intervienen poseen voluntad de hacerlo; una prueba de esa voluntad estaría, por ejemplo, en aflojar las exigencias de la soberanía - en la renuncia está latente la fecundidad. Hay ideas y hay también hechos sobre los cuales es posible construir una gran paz. Esto presupone el respeto de las fronteras. El anexionarse territorios, el desplazar poblaciones, el establecer corredores, el dividir países por un determinado paralelo - todas esas cosas lo que hacen es perpetuar la violencia. Por ello es una ventaja que aún no se haya llegado a firmar la paz; ello hace que todavía no hayan sido legalizadas las monstruosidades.

La Paz de Versalles incluía ya la segunda guerra mundial. Como se asentaba abiertamente en la violencia, proporcionó el evangelio que luego tomaron como punto de referencia todos los actos violentos. Una segunda paz que se guiase por el modelo de la primera duraría menos aún que ésta e implicaría la destrucción de Europa.

Baste con lo dicho, pues en este escrito nos ocupan otras ideas que no las políticas. De lo que aquí estamos tratando es, más bien, de los peligros que amenazan a la persona singular y del miedo que ésta siente. También a la persona singular la ocupa esa misma

disensión. De suyo lo que a ella la anima es el deseo de dedicarse a su profesión ya su familia y de entregarse a sus inclinaciones. Pero entonces hace valer sus derechos el tiempo en que vive - unas veces son las condiciones generales las que van empeorando poco a poco, otras veces es la persona singular la que se ve súbitamente interpelada desde un lado extremo. En su horizonte se alzan la expoliación, los trabajos forzados y cosas aún peores. Pronto ve claro que el neutralismo equivaldría al suicidio - de lo que aquí se trata es o de aullar con los lobos o de batallar contra ellos.

Puesta en ese aprieto, ¿cómo encuentra la persona singular una tercera cosa que no se hunda enteramente en el movimiento? La encontrará, sin duda, tan sólo en su condición de persona singular, en su ser de hombre; es ése un ser que aún permanece inconcuso. En tales situaciones es preciso ensalzar como un gran mérito el hecho de que el conocimiento de la vía recta no se haya perdido aún del todo. Quien ha escapado de catástrofes sabe que en el fondo lo debe al auxilio que le prestaron gentes sencillas, personas de las cuales no se habían apoderado ni el odio ni el terror ni tampoco el automatismo de los lugares comunes. Esas personas supieron resistir a la propaganda ya las insinuaciones de la propaganda, en las cuales no hay otra cosa que maldad demoniaca.

Cuando esa virtud se pone de manifiesto en los caudillos de los pueblos, como ocurrió en Augusto, los bienes que de ahí pueden brotar no tienen fin. Sobre ella se fundan los imperios. Haciendo el regalo de la vida, no matando es como ejerce su dominio el príncipe. En eso, en que entre los innumerables millones de seres humanos haga su aparición un hombre perfecto está una de las grandes esperanzas.

Para la teoría de la catástrofe, baste con lo dicho. No somos libres de evitar la catástrofe, pero en ella hay libertad. La catástrofe es una de las pruebas que nos toca soportar.

# 20

LA doctrina del bosque es antiquísima, es tan antigua como la historia humana. Incluso es más antigua que ésta. Se encuentra ya en esos venerables documentos que, en parte, no hemos sabido descifrar hasta nuestros días. Esa doctrina constituye el gran tema de los cuentos, de las leyendas, de los textos sagrados, de los misterios. Podemos asignar el cuento a la Edad de Piedra; el mito, a la Edad de Bronce; la historia, a la Edad de Hierro; pues bien, con tal de que nuestros ojos estén abiertos tropezaremos en todas partes con la doctrina del bosque. También volveremos a encontrarla en esta época uraniana nuestra, a la que cabría calificar de «Edad de la Radiación». En todo momento y en todo lugar se sabe aquí que en el cambiante paisaje están escondidas fuentes primordiales de energía y que por debajo de los fenómenos fugaces se hallan manantiales de la abundancia, veneros de poder cósmico. Ese saber constituye no sólo el cimiento simbólico-sacramental de la Iglesia y continúa desarrollándose no sólo en las doctrinas secretas y en las sectas; ese saber constituye también el núcleo de los filosofemas, por muy dispares que sean los mundos conceptuales de éstos. En el fondo todas esas cosas van buscando el mismo secreto, un secreto que es patente a todo el que alguna vez en su vida ha recibido de él la iniciación; y da igual que ese secreto sea concebido como idea, o como mónada primordial, o como cosa en sí, o como existencia de los hombres de hoy. Todo el que alguna vez ha tenido un contacto con el Ser ha rebasado con ello las lindes dentro de las cuales continúan poseyendo importancia las palabras, los conceptos, las escuelas, las Confesiones. Pues ha aprendido a venerar lo que da vida a todas esas cosas.

En este sentido, tampoco es la palabra bosque lo que importa.

No es casual, desde luego, que todas esas cosas que nos mantienen sujetos a las preocupaciones temporales comiencen a diluirse con tanta fuerza así que nuestra mirada se vuelve hacia las flores y los árboles y se apodera de ella la fascinación que éstos ejercen. La botánica debería elevarse a mayor altura en esa dirección. Aquí está el jardín del Edén, aquí están las viñas, los lirios, el grano de trigo de que hablan las parábolas cristianas. Aquí está el bosque que aparece en los cuentos, un bosque poblado de lobos que devoran a los seres humanos, un bosque habitado por brujas y gigantes, pero en el que también mora el buen cazador; y aquí está el seto de rosas que rodea a la Bella Durmiente, a la sombra del cual se detiene el tiempo. Aquí están, en fin, los bosques germánicos y celtas, como el Soto de Glásir, donde los héroes vencen a la Muerte; y está también Getsemaní con sus olivos.

Pero también en otros lugares -en cavernas, en laberintos, en desiertos donde habita el Tentador- es ese mismo misterio lo que va buscándose. Para quien adivina sus símbolos, en todas partes tiene sus residencias una vida vigorosa. Moisés golpea con su cayado la roca y de ella brota el agua de vida. Un instante como ése es suficiente luego para milenios.

No es más que apariencia la dispersión de esas cosas en lugares lejanos y en tiempos remotos. Antes al contrario, todas ellas están latentes en cada uno de nosotros y nos han sido trasmitidas como claves destinadas a que nos concibamos a nosotros mismos en nuestro poder más hondo y sobreindividual. A ese objetivo apuntan todas las doctrinas que merecen ser llamadas tales. La materia se ha compactado en muros que parecen impedir toda perspectiva; sin embargo, la abundancia se halla muy cerca, pues está viva en el ser humano como el talento de que habla la parábola, como su herencia sobretemporal. Del hombre depende que tome el cayado únicamente para apoyarse en él durante el viaje por la vida o que lo empuñe como cetro.

El tiempo va proveyéndonos de parábolas nuevas. Nosotros hemos descubierto modalidades de energía que son inmensamente superiores a todas las antes conocidas. Todas esas cosas son, sin embargo, precisamente parábolas, nada más que parábolas; las fórmulas que la ciencia humana va encontrando con la mudanza de los tiempos conducen siempre a algo que era ya conocido de mucho

antes. Las nuevas luminarias, los nuevos soles son fugaces protuberancias que se desprenden del espíritu. Someten a prueba al ser humano en lo que de absoluto hay en él, en el prodigioso poder que tiene. Una y otra vez retornan los golpes del destino, los cuales invitan al ser humano a salir al palenque, pero no como ser individual, sino como ser humano.

Este es también el gran tema que atraviesa la música; las figuraciones cambiantes conducen al punto donde el ser humano se enfrenta a sí mismo y hace eso con criterios que están liberados del tiempo - conducen al punto donde el ser humano se transforma en destino para sí mismo. Este es el conjuro supremo, el conjuro terrible, el cual le está permitido únicamente al Maestro que, atravesando las Puertas del Juicio, guía a los hombres a la redención.

El ser humano ha penetrado demasiado en las construcciones y ahora es valorado en poco y pierde pie. Esto lo acerca a las catástrofes, a los grandes peligros y al dolor. Y estas cosas lo arrastran a lugares donde no hay caminos, lo llevan hacia la aniquilación. Lo sorprendente, empero, es que es precisamente ahí, es justo en la proscripción, en la condena, en la huida donde el ser humano establece contacto consigo mismo en su sustancia indivisa e indestructible. De esta manera atraviesa los espejismos y adquiere conocimiento del poder que tiene.

# 21

EL bosque es un lugar secreto, es lo que en alemán se dice *heimlich*. Esta palabra es una de ésas que contienen simultáneamente dos significados opuestos. Lo secreto es aquello en que se puede confiar, es la morada bien abrigada, el bastión de la seguridad. Pero es también lo recóndito y escondido y en este sentido se aproxima a lo inquietante y siniestro. Siempre que tropezamos con raíces de ese género podemos estar seguros de que en ellas resuenan la gran antítesis y la no menos grande identidad, a saber: la Vida y la Muerte; los misterios se ocupan en dar solución a ese problema.

Visto a esta luz, el bosque es la gran Casa de los Muertos, es la morada de un peligro aniquilador. Tarea del director de almas es llevar a su dirigido a ese lugar para que en él pierda el miedo. El director de almas hace morir y resucitar simbólicamente allí a su dirigido. El triunfo se halla al lado mismo de la aniquilación. Cuando uno sabe eso puede elevarse por encima del poder del tiempo. El ser humano hace la experiencia de que, en el fondo, ningún daño puede causarle ese poder, más aún, de que el poder del tiempo está destinado únicamente a corroborarlo a él en su rango más alto. Alrededor del ser humano está expuesto el arsenal de los horrores, listo a engullirlo. No se trata de ninguna imagen nueva. Los «nuevos» mundos no son nunca otra cosa que copias de un solo y único mundo. Los gnósticos, los solitarios del desierto, los Padres, los verdaderos teólogos tuvieron desde el principio conocimiento de ese mundo. Ellos sabían la palabra que puede derribar las apariencias. Para el sapiente, para el iniciado que la toma en su mano, la serpiente de la muerte se transforma en cayado, en cetro.

El miedo adopta siempre la máscara, el estilo de los tiempos. La oscuridad de la caverna del espacio cósmico, las visiones de los

eremitas, los engendros del Bosco y de Cranach, los tropeles de brujas y demonios de la Edad Media son eslabones de la eterna cadena de la angustia, eslabones de una cadena a la cual se encuentra soldado el ser humano, como lo estuvo Prometeo al Cáucaso. Cualesquiera que sean los empíreos habitados por dioses de que el hombre se libere - siempre le hace compañía, con mucha astucia, el miedo. y siempre se le aparece como la realidad suprema, como una realidad paralizante. Si el ser humano penetra en los mundos rigurosos del conocimiento, se reirá del espíritu que le inspiraba angustia con quimeras de infiernos góticos. El ser humano casi no se da cuenta de que también él está preso en las mismas cadenas. Es cierto que lo someten a prueba los fantasmas que aparecen con el estilo del conocimiento, en forma de hechos de la ciencia. Puede ocurrir que ahora el viejo bosque se haya transformado en una arboleda de la que se aprovecha la leña, en un cultivo económico. Pero siempre continúa estando en el bosque el niño extraviado. Ahora el mundo es el escenario de ejércitos de microbios; el apocalipsis amenaza como no había amenazado nunca antes, aunque ahora lo hace con fórmulas de la física. En las neurosis, en las psicosis sigue floreciendo la vieja locura. y también será posible reencontrar allí al devorador de hombres, al antropófago, vestido con un disfraz transparente - no sólo en forma de explotador, de batidor en el molino de huesos del tiempo. Antes al contrario, el antropófago tal vez aparezca en forma de serólogo que, rodeado de instrumentos y retortas, medita sobre el modo de transformar el bazo humano, el esternón humano, en materia prima para extraer de ella medicamentos milagrosos. Cuando esto ocurre nos encontramos en el centro del viejo Dahomey, en el centro del antiguo México.

Todas estas cosas son no menos ficticias que el edificio de cualquier otro mundo de símbolos cuyas ruinas desenterramos de entre una montaña de escombros. También esas cosas pasarán, se hundirán y resultarán incomprensibles a unos ojos extraños. Pero a cambio de ellas emergen del ser, siempre inagotable, unas ficciones nuevas, unas ficciones igual de convincentes, igual de variadas y compactas.

Lo que en nuestra situación resulta significativo es que nosotros no nos pasamos nuestra vida entera sumidos en un letargo. Nos

alzamos no sólo hasta puntos de gran consciencia de nosotros mismos; nos alzamos también hasta una autocrítica rigurosa. Esto es un signo de culturas elevadas; tales culturas tienden arcos por encima del mundo de los sueños. Con el estilo de la consciencia llegamos a averiguaciones que son análogas a la imagen india del velo de Maya o a la eterna sucesión del tiempo cósmico enseñada por Zaratustra. La sabiduría india llega a imputar al mundo de la ilusión óptica -a la espuma del tiempo- el ascenso y el hundimiento de los reinos de los dioses. Zimmer asevera que a nosotros nos falta la grandeza de esas perspectivas, pero en este punto no podemos darle la razón.

Lo que ocurre es que nosotros captamos esas perspectivas en el estilo de la consciencia, mediante el proceso de la crítica del conocimiento, que es un proceso que tritura todas las cosas. Aquí dan sus destellos los límites del tiempo y del espacio. Este mismo proceso, tal vez más compacto todavía y más cargado de consecuencias, se repite hoy en el giro que lleva del conocimiento al ser. A esto se agrega el triunfo de la concepción cíclica en la filosofía de la historia. Es cierto que esta última ha de ser completada por el conocimiento de la historia *in nuce*: el tema, que sufre variaciones en la infinita diversidad del espacio y el tiempo, es siempre el mismo; en este sentido hay no sólo una historia de la cultura, sino también una historia de la humanidad, y esa historia es precisamente historia en la sustancia, historia *in nuce*, historia del ser humano. Esa historia se repite en cada una de las biografías personales.

Con esto regresamos a nuestro tema. El miedo humano es siempre el mismo en todos los tiempos, en todos los lugares, en cada uno de los corazones; es miedo a la aniquilación, es miedo a la muerte. Eso se lo oímos decir ya a Gilgames y lo escuchamos en el Salmo 90; no han cambiado en esto las cosas hasta este tiempo nuestro de hoy.

Vencer el miedo a la muerte es, pues, vencer todos los demás terrores; sólo con vistas a esta cuestión fundamental tienen significado todos ellos. De ahí que la emboscadura, la marcha al bosque, sea en primera línea marcha hacia la muerte. Esa marcha lleva hasta el borde mismo de la muerte - y, si es preciso, pasa a través de ella. El bosque como bastión de la vida se abre en su

plenitud sobrerreal cuando se ha conseguido traspasar la línea[3]. Aquí es donde están las riquezas del mundo.

Toda dirección de almas efectiva y real tiene como punto de referencia esa verdad: sabe llevar al ser humano a un punto donde adquiere conocimiento de la verdadera realidad. Esto es algo que se pone claramente de manifiesto sobre todo cuando la enseñanza y el ejemplo van unidos - cuando el domeñador del miedo penetra en el reino de la muerte, tal como se ve en Cristo, que es el supremo Fundador. Muriendo, el grano de trigo ha producido no sólo una cosecha del uno por mil; ha producido una cosecha infinita. Aquí se estableció contacto con las riquezas del mundo, a las cuales toma como punto de referencia todo engendrar, todo procrear; pues la procreación es a la vez un símbolo temporal y un símbolo que vence al tiempo. y al Fundador siguieron no sólo los mártires, los cuales fueron más fuertes que el estoicismo, más fuertes que los césares, más fuertes que aquellos centenares de miles de personas que los encerraban en los circos. Al Fundador siguieron también los innumerables seres humanos que han muerto llenos de confianza. Esto es algo que en nuestros días está operando de una manera más intensa de lo que a primera vista se cree. Las catedrales se derrumban, pero en los corazones subsiste un saber, un patrimonio heredado, el cual va socavando los palacios de la tiranía, igual que hicieron las catacumbas. Basándonos en esto nos está permitido tener la seguridad de que la nuda violencia, ejercida según patrones antiguos, no puede triunfar a la larga. Aquella sangre introdujo sustancia en la historia y por ello seguimos contando con toda razón los años a partir de esa fecha, que es el instante en que gira el tiempo. Aquí ejerce su dominio la plena fecundidad de las teogonías, la fuerza mítica procreadora. El sacrificio se repite en innumerables altares.

En uno de sus poemas Holderlin concibe a Cristo como la peraltación del poder de Heracles y de Dioniso. Heracles es el protopríncipe; hasta los dioses han de recurrir a él en su lucha con los Titanes. Heracles deseca los pantanos, construye canalizaciones y hace habitables las tierras yermas; para ello mata los monstruos y los animales feroces. Heracles es el primero de los héroes sobre cuyas tumbas se funda la polis y cuya veneración mantiene en pie a ésta. Cada una de las naciones tiene su Heracles propio, y todavía

hoy son tumbas los lugares donde el Estado obtiene un esplendor sacro.

Dioniso es el señor de las fiestas, el guía de los cortejos solemnes. Holderlin llama a Dioniso «espíritu común», y esto hay que entenderlo en el sentido de que también los muertos, precisamente los muertos, forman parte de la comunidad. Ese es el brillo que rodea la fiesta dionisiaca, ésa es la fuente más honda de la jovialidad que en ella hay. Las puertas del reino de los muertos son abiertas de par en par y por ellas surgen riquezas áureas. Ese es el sentido del pámpano, en el cual se reúnen las fuerzas de la Tierra y las fuerzas del Sol; ése es el sentido de las máscaras, el sentido de la gran metamorfosis y el sentido del gran retorno.

Entre los seres humanos hay que mencionar a Sócrates; su ejemplo ha fecundado no sólo al estoicismo, sino también a espíritus audaces de todos los tiempos.

Podrá haber diversidad de opiniones acerca de la vida y la doctrina de este hombre; su muerte se cuenta entre los más grandes acontecimientos. El mundo está hecho de tal manera que una y otra vez exigirán sangre los prejuicios, las pasiones; y hemos de saber que esto no cambiará jamás. Los argumentos varían sin duda; pero la estupidez mantiene eternamente su tribunal. Se lleva a la gente ante el tribunal por haber despreciado a los dioses; luego por no haber admitido un dogma; más tarde por haber atentado contra una teoría. No hay ninguna palabra grande ni ningún pensamiento noble en nombre de los cuales no se haya derramado ya sangre. La actitud socrática consiste en saber que la sentencia no tiene validez y en saberlo en un sentido más elevado del que pueden averiguar los pros y los contras humanos. La verdadera sentencia está pronunciada desde el principio y se orienta a exaltar a la víctima. Ciertos griegos modernos pretenden que se revise la sentencia dictada contra Sócrates; lo único que con ello se lograría sería añadir a la historia mundial una nota marginal más, que vendría a agregarse a las inútiles notas marginales que ya la comentan; y esto en un tiempo en que corre a raudales sangre inocente. El proceso de Sócrates es un proceso eterno; también hoy encontramos en todas las esquinas, en todos los Parlamentos, a los estúpidos que allí actuaron de jueces. Pensar que puede cambiarse eso es algo que desde siempre ha caracterizado a las mentes superficiales. La

grandeza humana es algo que hay que conquistar una y otra vez con lucha. Esa grandeza obtiene la victoria cuando vence en su propio pecho el ataque de la vileza. La verdadera sustancia histórica está en esto, en la confrontación del ser humano consigo mismo, es decir: en la confrontación con su poder divino. Si se quiere enseñar historia es preciso saber esto. A ese lugar, el más profundo de todos, y en el cual hablaba una voz, ya no captable con palabras, que lo aconsejaba y guiaba, a ese lugar lo llamó Sócrates su *daimonion*. También cabría darle el nombre de «bosque».

Para el hombre de hoy ¿qué significado puede tener el dejarse guiar por el ejemplo de los vencedores de la muerte, por el ejemplo de los dioses, de los héroes y de los sabios? El siguiente: el significado de participar en la resistencia contra el tiempo, y no sólo contra este tiempo de ahora, sino contra todo tiempo, el cual tiene su poder fundamental en el miedo. Todo miedo es en su médula miedo a la muerte, aunque se presente en una forma muy derivada. Si el ser humano logra crearse aquí un espacio, esa libertad se hará valer también en todos los otros campos en que rige el miedo. Entonces abatirá a los Gigantes, cuya arma es el terror. También esto es algo que se ha repetido siempre en la historia.

En nuestros días la educación se halla orientada hacia unos objetivos que son exactamente lo contrario de lo que aquí estamos diciendo, y eso es algo que está en la naturaleza de las cosas. No ha habido ningún otro momento en que hayan dominado en la enseñanza de la historia unas nociones tan extrañas como las que hoy dominan. El propósito de todos los sistemas es poner trabas al aflujo metafísico, es domar y amaestrar a la gente en el sentido de lo colectivo. Aun en los sitios donde Leviatán no puede prescindir del coraje, como son los campos de batalla, tratará de hacer creer al combatiente que está amenazado por un segundo peligro, por un peligro mayor, el cual lo mantiene en su puesto. En Estados como ésos se deposita la confianza en la policía.

La gran soledad de la persona singular es uno de los signos característicos de nuestro tiempo. La persona singular está cercada, está rodeada por el miedo, el cual va empujándola como si fuera un muro. El miedo toma formas reales - en las cárceles, en la esclavitud, en la batalla de cerco. Esto llena los pensamientos, los diálogos del hombre consigo mismo, esto llena tal vez también sus

Diarios, en unos años en que no puede tener confianza ni siquiera en los que más próximos le son.

La política confina aquí con otros ámbitos - bien con la historia de la naturaleza, bien con la historia de los demonios y sus horrores. Pero también se presiente la cercanía de poderes grandes, salvadores. Los terrores son, en efecto, toques de diana, son señales indicadoras de un peligro enteramente diferente del que aparentan los conflictos históricos. Los terrores se asemejan a preguntas cada vez más apremiantes hechas al ser humano. Nadie puede eximirlo de la respuesta.

# 22

UNA vez que ha llegado a esas fronteras, el ser humano es sometido a un examen de teología, se dé clara cuenta de ello o lo ignore. Tampoco a esta palabra, a la palabra «teología», habría que darle demasiada importancia. Aquí se le hacen al ser humano preguntas por sus valores supremos, por su visión del universo y por la relación que su existencia mantiene con éste. No es necesario que ese examen se realice con palabras; antes al contrario, eludirá las palabras. Lo que importa no es la formulación de la respuesta, esto es, las Confesiones.

Vamos a prescindir, pues, de las Iglesias. En nuestro tiempo, precisamente en nuestro tiempo, existen testimonios significativos de que las Iglesias contienen todavía un tesoro de bienes que no se ha agotado. Uno de esos testimonios es, sobre todo, la conducta de los adversarios de las Iglesias y, en primera línea, el comportamiento del Estado, el cual aspira a un poder sin límites. Esto implica por fuerza una persecución de las Iglesias. Así las cosas, se tratará al ser humano como un ente zoológico, y da igual que las teorías dominantes lo incluyan en un orden económico o en un orden de otra especie. Esto lleva primero a los ámbitos del puro utilitarismo y luego a los del bestialismo.

De otro lado está el carácter de institución de las Iglesias, su carácter de organizaciones humanas. En este aspecto las Iglesias se hallan continuamente amenazadas por el anquilosamiento y, en consecuencia, por el peligro de que se seque la fuerza dispensadora de bienes. El aire triste, mecánico, insensato de muchas ceremonias religiosas estriba en eso; también estriba en eso la tortura de los domingos; por fin, en eso se basan las sectas. Lo institucional es a la vez lo susceptible de ataque; de la noche a la mañana se viene abajo

el edificio que había quedado debilitado por la duda, si es que no es transformado sencillamente en un museo. Habremos de contar con tiempos y con lugares en que la Iglesia no esté presente. El Estado se ve entonces forzado a llenar con sus propios medios el vacío que así ha quedado al descubierto - es una empresa en que fracasará. Para quienes no permiten que les sirvan comidas toscamente aderezadas, la situación que de lo dicho se deriva es la situación de la emboscadura. A ella puede verse forzado el hombre de condición sacerdotal que cree que sin sacramento no es posible una vida superior y que ve su ministerio en aplacar esa hambre. Esto lleva al bosque y lleva a una existencia que se repite siempre que hay persecuciones y que ha sido descrita muchas veces; así, por ejemplo, en la historia de la vida de San Policarpo o en las memorias del excelente D'Aubigné, el caballerizo mayor de Enrique IV.[4] Entre los autores de nuestros días habría que mencionar aquí a Greene, con su novela *El poder y la gloria*, que se desarrolla en un paisaje tropical. En este sentido el bosque está, naturalmente, en todas partes; también puede estar en un barrio de una gran ciudad.

Por encima de esto, de lo que se trata es de la necesidad sentida por toda persona singular en la medida en que no se resigna a su clasificación político-zoológica. Con esto rozamos el punto medular del sufrimiento moderno, el gran vacío, al que Nietzsche denomina el crecimiento del desierto. El desierto crece: ése es el espectáculo que ofrece la civilización, con sus relaciones que se han ido quedando hueras. La cuestión de las provisiones para el viaje se torna especialmente candente, se vuelve especialmente apremiante en este paisaje: «El desierto crece, ay de aquel que alberga desiertos».[5]

Es bueno que la Iglesia sea capaz de crear oasis. y es mejor que tampoco con ellos se aquiete el ser humano. La Iglesia puede procurar asistencia, pero no puede brindar existencia. Vistas las cosas institucionalmente, también aquí seguimos estando en la nave, también aquí continuamos en movimiento; la quietud está en el bosque. La decisión se toma en el interior del ser humano; nadie puede eximirlo de ella.

El desierto crece: van aumentando los anillos pálidos y estériles. Ahora desaparecen las zonas avanzadas que estaban llenas de sentido: los jardines de cuyos frutos nos nutríamos

despreocupadamente, los espacios pertrechados con instrumentos bien probados. Ahora las leyes se vuelven dudosas, los utensilios adquieren un doble filo. Ay de aquél que alberga desiertos: ay de aquél que no lleva consigo, aunque sólo sea en una de sus células, un poco de aquella sustancia primordial que una y otra vez es garantía de fecundidad.

# 23

NINGUNO de los vivientes podrá eludir estas dos piedras de toque, estas dos muelas de molino: la duda y el dolor. Ellos son los dos grandes medios de la reducción nihilista. Es preciso haber atravesado esas pruebas. En eso consiste la tarea que hay que resolver, el examen de madurez que permite el acceso a una edad nueva. A nadie le será ahorrado ese examen. De ahí que en muchos países de la Tierra se haya progresado incomparablemente más que en otros; y tal vez donde más se ha avanzado ha sido precisamente en esos países que suelen ser tenidos por atrasados. Esto corresponde al capítulo de las ilusiones ópticas.

¿Cómo dice, pues, la pregunta terrible que la nada hace al ser humano? Es el viejo enigma que la Esfinge planteó a Edipo. La interrogación que al ser humano se le hace es la interrogación por sí mismo - ¿sabe el nombre de ese ente extraño que va moviéndose a través del tiempo? De la respuesta que dé dependerá el que sea devorado o coronado. La nada desea saber si el ser humano es capaz de enfrentarse a ella, quiere conocer si dentro de él viven elementos que ningún tiempo destruye. En este sentido la nada y el tiempo son idénticos. Y es cierto que, con el gran poder de la nada, el tiempo se vuelve muy valioso, se torna valioso incluso en sus fracciones mínimas.

Simultáneamente se multiplican los aparatos, es decir: el arsenal de las armas del tiempo. En esto estriba el error de pensar que los aparatos, y en especial la técnica de las máquinas, aniquilan el tiempo. Acaece lo contrario: los aparatos crecen sin medida y se nos arriman muy cerca porque otra vez ha vencido el plazo de la pregunta hecha al ser humano. Los aparatos son los testigos que el tiempo necesita para mostrar de manera sensible la superioridad de

su poder. Si el ser humano da una respuesta correcta, perderán su brillo mágico los aparatos y se plegarán dócilmente a su mano. Es menester que se conozca eso.

La pregunta fundamental es ésta: la pregunta con la cual el tiempo interroga al ser humano por el poder que tiene. Esa pregunta va dirigida a la sustancia. Todos los reinos hostiles, todas las armas y penurias que aquí aparecen, todo eso forma parte de la puesta en escena mediante la cual se representa el drama. No cabe la menor duda de que también esta vez vencerá el ser humano al tiempo, de que expulsará la nada a su caverna. Una de las notas características de la interrogación es la soledad. Esta resulta especialmente notable en unos tiempos en que florece el culto de la comunidad. Pero una de las experiencias que a pocos les es ahorrada es precisamente la siguiente: que lo colectivo aparece como lo inhumano. Esta paradoja es similar a la que se da en el hecho de que la libertad de la persona singular vaya reduciéndose más y más, en relación directamente proporcional a las enormes conquistas espaciales que van lográndose.

Podríamos cerrar este capítulo con el mero dejar constancia de esa soledad, pues ¿de qué puede servir el abordar situaciones hasta las cuales no penetran ni los directores espirituales ni los medios de que disponemos? Existe un acuerdo tácito de que esto es así, hay cosas de que se habla a disgusto. Una de las notas positivas del hombre de hoyes su recelo frente a los lugares comunes superiores, la necesidad objetiva que siente de limpieza espiritual. A esto se añade una consciencia que percibe cualquier tono falso, aun el más leve. En este sentido los seres humanos continúan teniendo sentido del pudor.

Y, sin embargo, se trata de un foro en el que están ocurriendo cosas significativas. Tal vez en tiempos venideros se tendrá la impresión de que la parte de nuestra literatura que menos ha surgido de propósitos literarios es la más vigorosa: todos esos relatos, cartas, diarios que han brotado en las grandes batidas, en los cercos y desolladeros de nuestro mundo. Tal vez en aquellos tiempos futuros se verá que en el *De profundis* alcanzó el ser humano una hondura que roza los cimientos y que quebranta el fuerte poder de la duda. De esto se sigue la pérdida de la angustia. En las anotaciones de Petter Moen, que fueron encontradas en el

pozo de ventilación de su calabozo, puede verse el modo en que se presenta esa operación, incluso allí donde fracasa; Petter Moen fue un noruego que murió en las cárceles alemanas y del que puede decirse que es un descendiente espiritual de Kierkegaard. Casi siempre cooperó un azar feliz a que se nos conservaran unas cartas como las escritas por el conde Moltke.[6]

Esos textos nos permiten mirar como a través de rendijas a un mundo que creíamos desaparecido. Cabe prever que a ellos vendrán a agregarse documentos procedentes de la Rusia bolchevique; añadirán un complemento, un sentido aún desconocido, a lo que creemos poder observar allí.

# 24

OTRA cuestión es la siguiente: cómo preparar al ser humano para unos caminos que lo llevan a lo oscuro y desconocido. Esta es la tarea cuya solución se aguarda ante todo de las Iglesias y que éstas han solucionado de hecho en un gran número de casos conocidos y, más aún, de casos que no se conocen. Ha quedado comprobado que las Iglesias y las sectas pueden brindar a los hombres una fuerza mayor que la que es capaz de procurarles eso que se llama Weltanschauung, «visión del mundo», y que en los más de los casos es ciencia natural elevada a la categoría de mentalidad, de modo de sentir y pensar. De ahí que veamos a la tiranía perseguir con saña a unas criaturas tan inofensivas como los Testigos de Jehová - a esa misma tiranía que destina los puestos de honor a los investigadores del átomo.

El hecho de que la juventud comience a ocuparse de una manera nueva con los cultos testimonia un instinto sano. Aunque las Iglesias se mostrasen incapaces de otorgar espacio a ese hecho, este movimiento es importante porque permite establecer comparaciones. En éstas se pone de manifiesto lo que fue posible en el pasado y lo que cabe aguardar del futuro. Lo que en el pasado fue posible lo vemos hoy tan sólo en un campo limitado, a saber, el de la historia del arte. Pero el pensamiento de que todos esos cuadros, todos esos palacios, todas esas ciudades-museos nada significan en comparación con la fuerza primordial creadora de que brotaron - ése es un pensamiento en el que los futuristas tuvieron razón. No es posible que esté agotada y seca la gran corriente que dejó tras de sí todas esas obras como conchas multicolores - esa corriente sigue fluyendo a gran profundidad por debajo de la superficie de la tierra. El ser humano descubrirá esa corriente si entra en el interior de sí.

Haciendo eso crea uno de los puntos en los cuales son posibles oasis en el desierto.

Hay que contar con vastos territorios en que ya no están presentes las Iglesias o en que incluso se han degradado hasta convertirse en Órganos de la tiranía. Más importante que eso es no olvidar que muchas personas experimentan hoy una necesidad de formas culturales, aunque al mismo tiempo sienten repulsión frente a las Iglesias. La gente barrunta una carencia en la existencia y es en eso en lo que se basa la corriente que se forma alrededor de los gnósticos, de los fundadores de sectas, de los apóstoles, los cuales pasan a desempeñar con mayor o menor éxito la función que antes representaban las Iglesias. Cabría decir que existe siempre una determinada cantidad de disposición a creer, una sed que era aplacada de modo legítimo por las Iglesias. Pero ahora, habiéndose librado de éstas, esa fuerza se adhiere al primer objeto que le sale al paso. De ahí la credulidad, la fe de carbonero del hombre moderno, que es simultáneamente un incrédulo. Ese hombre cree lo que viene escrito en el periódico, pero no cree lo que está escrito en las estrellas.

Ni siquiera en una existencia completamente secular izada deja de percibirse ese vacío que ha surgido por las razones indicadas; de ahí que no falten tentativas de llenarlo con los medios que se encuentran a mano. Un libro como el de Bry, titulado *Religiones enmascaradas*, nos permite echar una mirada a ese mundo en el cual la ciencia abandona en mayor o menor grado el campo que le es propio y adquiere una fuerza configuradora de cenáculos. Con frecuencia son incluso las mismas las personas en que la ciencia invade primero todo y luego se retira, como en una especie de reflujo; eso es algo que podemos estudiar, por ejemplo, en las vidas de Haeckel o de Driesch.

La reducción se hace sentir ante todo como sufrimiento y por ello no resulta extraño que sean especialmente médicos quienes presten atención a este fenómeno; lo hacen con sutiles sistemas de sondeo de las profundidades y con terapias basadas en esa clase de sondeo. Entre los tipos de enfermos que acuden a la consulta de los médicos está en uno de los primeros lugares el tipo que quiere matar a su padre. En vano se buscará aquí el tipo opuesto a él, es decir, el tipo de persona que ha perdido a su padre y cuyo

sufrimiento consiste en la ignorancia de esa pérdida. En vano se buscará aquí ese tipo, y ello con toda razón; pues la medicina fracasa en este punto. Es cierto que en todo buen médico es preciso que haya algo de sacerdote; pero la idea de pretender reemplazar al sacerdote sólo puede ocurrírsele al médico en unos tiempos en que se ha perdido la noción de los límites que separan la salvación de la salud. De ahí que, se piense lo que se piense de todas esas imitaciones de medios y formas espirituales que se llevan a cabo mediante métodos terapéuticos -imitaciones, por ejemplo, del examen de conciencia, imitaciones de la confesión, de la meditación, de la oración, del éxtasis, etc.-: tales imitaciones no irán más allá de los síntomas, si es que no resultan incluso perjudiciales.

Remitiendo a unos mundos superiores con los que se ha perdido el contacto, lo que se conseguirá será, antes bien, hacer más grande el hueco, el vacío que ahí hay. Mayor importancia tiene la descripción del sufrimiento, el diagnóstico - la relación exacta de las cosas que se han perdido. Resulta notable el hecho de que sea más bien en los escritores que en los teólogos donde encontremos esa relación y que sean los primeros quienes la lleven a cabo de una manera más fehaciente. Esto se extiende desde Kierkegaard hasta Bernanos. Antes dijimos que hasta este momento el balance está a la vista únicamente en el campo de la historia del arte. Es preciso, no obstante, ponerlo al descubierto también en lo que respecta a la fuerza humana de la persona singular. No es, empero, en el terreno de la ética donde ha de buscarse esa tarea; se halla en el terreno de la existencia. Un ser humano que pasa su vida, bien que no en el desierto, sí en una zona degradada como es, por ejemplo, una ciudad industrial, y al que se le ha comunicado aunque sólo sea un destello, aunque sólo sea un único soplo de la enorme fuerza del ser; un hombre como ése empieza a presentir que le falta algo. Esta es la condición previa para que se ponga a buscar. Es importante que el teólogo quite las telarañas de los ojos de ese hombre, y lo es porque sólo al que busca se le ofrece la perspectiva de que llegará a su meta. Todas las demás Facultades, para prescindir aquí enteramente de las instancias prácticas, lanzarán a ese hombre detrás de espejismos, detrás de imágenes engañosas. A lo que parece, el ser humano ha de cursar primero toda una serie de asignaturas representadas por tales imágenes; eso forma parte de la

carrera universitaria de humanidad - el hombre ha de recorrer senderos utópicos a los que el progreso otorga una transfiguración perspectivista. El progreso pondrá delante del ser humano espejismos tales como el poder mundial, los Estados ejemplares de termitas, los reinos de la paz perpetua - allí donde falte una misión genuina, todas esas cosas acabarán mostrando su condición fantasmal. En este sentido los alemanes han pagado una infinita suma de dinero por las enseñanzas recibidas; estará bien empleada, empero, si toman realmente esas enseñanzas como lecciones.

El teólogo ha de contar con el hombre de hoy - ha de contar ante todo con un hombre que no vive en reservas o en lugares de baja presión. El hombre de que se trata es, por tanto, el que ha saboreado hasta las heces el dolor y la duda y que ha sido moldeado por el nihilismo mucho más que por la Iglesia; por el momento dejamos sin tocar la cuestión de cuánta es la cantidad de nihilismo que se oculta también en las Iglesias. En los más de los casos ese hombre no estará muy desarrollado ni en lo ético ni en lo espiritual, aunque no le falten lugares comunes convincentes. Será un hombre despierto, inteligente, activo, desconfiado, sin relación con las Musas; será un denigrador nato de todos los tipos superiores y de todas las ideas superiores, un hombre que constantemente piensa en lo que le trae ventajas, que se desvive por tener seguridades y que con mucha facilidad se deja guiar por las consignas de la propaganda, cuyos cambios, a menudo abruptos, apenas nota; será un hombre impregnado de teorías filantrópicas, pero que asimismo tiende a recurrir a la violencia terrible -a una violencia a la que no ponen coto ni la ley ni el derecho de gentes- tan pronto como los prójimos o los vecinos no encajan en su sistema. Y, con todo, el hombre a que estamos refiriéndonos se siente perseguido en todo momento, aun en las profundidades de sus sueños, por poderes malignos; es un hombre con escasa capacidad de goce y que ya no sabe lo que son las fiestas. De otro lado hay que recordar que, en tiempos pacíficos, ese hombre disfruta de las comodidades que le ofrece la técnica; hay que recordar que la duración media de la vida humana se ha alargado de manera significativa; que todos reconocen el principio de la igualdad teórica y que en muchos lugares de la Tierra resulta posible estudiar pautas de una manera de vivir en la cual se dan un bienestar que se extiende a todos los

estratos de la población, una libertad de los individuos y una perfección automática como apenas se habían dado nunca antes. No es imposible que se difunda ese estilo de vida después de que la Edad de la Técnica haya dejado atrás su período titánico. A pesar de todo ello, el ser humano sigue hallándose en un proceso de reducción y de ahí procede el peculiar aire gris y desesperanzado de su existencia, la cual ha llegado en algunas ciudades y aun en países enteros a un grado tal de entenebrecimiento que han quedado extinguidas las sonrisas y uno piensa estar habitando en aquellos mundos subterráneos que Kafka describe en sus novelas.

La tarea del teólogo consiste en hacer vislumbra a ese hombre cuáles son las cosas de que está despojado, aun en la mejor de sus situaciones, y cuáles son las fuerzas poderosas que en él se hallan latentes. Teólogo es quien conoce, allende la economía inferior, la ciencia de la abundancia, el enigma de las fuentes eternas, las cuales son inagotables y están siempre cerca. Por teólogo se entiende el sapiente, el iniciado - un iniciado, un sapiente en este sentido es, por ejemplo, la pequeña prostituta Sonia, la cual descubre en Raskolnikov el tesoro del ser y sabe sacarlo a la luz para él. El lector experimenta la sensación de que ese acto de desenterrar los talentos es algo que se ha logrado no sólo para la vida, sino también en la transcendencia. Eso es lo grande de esta novela; en general la obra de Dostoievski se asemeja a uno de esos rompeolas contra los que se reduce a polvo el error del tiempo. Son instalaciones que resaltan con mayor claridad después de cada nueva catástrofe; en este campo las plumas rusas han conquistado un rango mundial.

# 25

LA fe no tiene curso legal en las proximidades del meridiano cero, donde seguimos estando todavía; lo que aquí se exige son pruebas. En verdad cabría decir que en lo que aquí se cree es en las pruebas. Parece estar creciendo el número de personas que saben que la vida espiritual, aun mirada en el puro aspecto técnico, dispone de formas que son más eficaces que la propia disciplina militar, más eficaces que el entrenamiento en los deportes o que el ritmo del mundo del trabajo. San Ignacio de Loyola sabía esto y es también de ese saber del que viven hoy los fundadores de sectas y los directores de pequeños cenáculos cuyos propósitos resulta difícil juzgar; así, por poner un ejemplo, Gurdiev, un caucasiano que en muchos aspectos es un personaje notable[7].

¿Qué armas debemos poner en manos de quienes aspiran enérgicamente a salir de esos yermos que son los sistemas racionalistas y materialistas, pero continúan sujetos a la coacción de su dialéctica? El sufrimiento de esos hombres los hace vislumbrar un estado superior. Hay métodos para fortalecerlos en esa dirección y resulta irrelevante que al principio sean ejercitados de manera mecánica. Se asemejan a los ejercicios destinados a devolver la vida a los ahogados, que también son ejecutados mecánicamente al principio. La respiración y los latidos del corazón llegan después.

Se insinúa aquí la posibilidad de una nueva Orden. De igual manera que la Contrarreforma católica fue en su esencia la réplica de la Reforma protestante y fue fortalecida por ésta, así también cabe pensar en un movimiento espiritual que busque como campo de batalla el nihilismo y saque de él su configuración, como imagen reflejada en el espejo del ser. Así como los misioneros hablan con los indígenas en el idioma de éstos, también resulta recomendable

adoptar idéntica conducta en el trato con quienes han sido educados en la jerga de las ciencias. En verdad aquí se deja notar que las Iglesias no han caminado a la par que las ciencias. De otro lado, algunas de las ciencias particulares están penetrando en zonas donde resulta posible mantener un diálogo sobre cuestiones medulares.

Sería de desear un libro que llevase este título: Pequeño catecismo para ateos. Si un poder espiritual vigoroso adelantase, a modo de bastión avanzado, una obra como ésa, tendría efectos contra numerosos espíritus gnósticos cuyos esfuerzos van en esa misma dirección. Muchas diferencias se basan simplemente en la terminología. Un ateo fuerte causa siempre un efecto más grato que el hombre común con su indiferentismo; y lo causa porque el ateo fuerte piensa sobre el mundo como totalidad. Además, no raras veces se hallará en él una actitud que concede espacio a las cosas elevadas; por este motivo son también los ateos del siglo XVIII unos genuinos «espíritus fuertes» y resultan más agradables que los ateos del siglo XIX.

# 26

LA divisa del emboscado reza así: «Aquí y ahora» - el emboscado es el hombre de la acción libre e independiente. Hemos visto que de las masas de la población no podemos contar para el tipo del emboscado más que con una pequeña fracción; y, no obstante, es aquí donde se forma la pequeña minoría selecta capaz de hacer frente al automatismo y contra la que fracasa el puro empleo de la violencia. Es la antigua libertad vestida con el traje propio de la época: es la libertad sustancial, la libertad elemental, que se despierta en pueblos sanos cuando el país es oprimido por la tiranía de los partidos o de conquistadores extranjeros. No es una libertad que se limita simplemente a protestar o a emigrar; es una libertad que está dispuesta a luchar.

Esta es la diferencia que actúa sobre la esfera de las creencias. El emboscado no puede permitirse el indiferentismo; éste es característico de una época que ha periclitado, de modo similar a como también eran característicos de ella el neutralismo de los Estados pequeños o el encarcelamiento en fortalezas de quienes cometían delitos políticos.[8] La emboscadura lleva a decisiones graves. La tarea del emboscado consiste en marcar frente a Leviatán las medidas de una libertad válida para una época venidera. No cabe enfrentarse con meros conceptos a ese adversario.

La resistencia del emboscado es absoluta; el emboscado desconoce el neutralismo, desconoce la clemencia, desconoce el encarcelamiento en fortalezas. El emboscado no aguarda que el enemigo admita argumentos y, mucho menos, que se comporte con caballerosidad. También sabe el emboscado que, en lo que a él respecta, no está abolida la pena de muerte. El emboscado conoce una soledad nueva, la soledad que trae consigo ante todo la maldad

acrecentada hasta extremos satánicos - conoce la vinculación de esa maldad con la ciencia y con las máquinas, una vinculación que introduce en la historia no, ciertamente, un elemento nuevo, pero sí unos fenómenos nuevos.

Nada de esto puede conciliarse con el neutralismo. En esa situación tampoco puede estarse aguardando a las Iglesias o a guías espirituales o a libros que tal vez aparezcan. Esa situación tiene, no obstante, la ventaja de que nos saca de las lecturas superficiales, de los sentimientos aprendidos, de las creencias recibidas y nos lleva a los perfiles sólidos. Este efecto se pone ya de manifiesto en la diferencia entre las dos guerras mundiales, al menos en lo que afecta a nuestra juventud alemana. Después de 1918 hubo un intenso movimiento espiritual que en todos los campos desarrolló talentos. Lo que ahora llama ante todo la atención es, por el contrario, el silencio de la juventud, de una juventud que en los cercos y en los cautiverios asesinos ha visto muchas cosas extrañas. Y, sin embargo, este silencio tiene más peso que el despliegue de ideas, tiene más peso incluso que las obras de arte. En los cercos y en los cautiverios la gente ha visto no sólo el desmoronamiento del Estado nacional; ha visto también otras cosas. Es cierto que el encuentro con la nada -con la nada desnuda, sin afeites, de nuestro siglo- ha sido descrita en una serie de informes clínicos; pero cabe predecir que ese encuentro hará madurar también otros frutos.

# 27

HEMOS venido usando con cierta frecuencia la imagen del ser humano que se confronta consigo mismo. De hecho es importante que quien se considera capaz de cosas difíciles alcance a tener un concepto preciso de sí. En esto, desde luego, el hombre que está en la nave ha de tomar sus criterios del hombre que está en el bosque - es decir: el hombre de la civilización, el hombre del movimiento y de los fenómenos históricos ha de tomar sus criterios de su esencia inmóvil y sobretemporal, la cual se pone de manifiesto y se modifica en la historia. Hay en ello un placer para esos espíritus fuertes entre los cuales se cuenta el emboscado. En ese proceso la imagen refleja medita sobre la imagen primordial de la que irradia y en la que es invulnerable - o, dicho en otros términos, lo heredado medita sobre aquello que está en el fondo de todas las herencias.

Esta confrontación es solitaria y en eso reside su encanto; en ella no está presente ningún notario, ningún clérigo, ningún dignatario. En esa soledad el hombre es soberano a condición de que tenga conocimiento de su rango. El ser humano es en este sentido el Hijo del Padre, es el Señor de la Tierra, es la Criatura creada por un milagro. En tales confrontaciones pasa a segundo término también lo social. El ser humano vuelve a recabar para sí las fuerzas propias del sacerdote y del juez, como en los tiempos más antiguos. Sale fuera de las abstracciones, de las funciones, de las divisiones del trabajo. Se pone en relación con la totalidad, con lo absoluto, y en ello hay un intenso sentimiento de dicha.

Se da por sobreentendido que en esa confrontación no está presente tampoco ningún médico. Con respecto a la salud, el arquetipo que cada uno lleva dentro de sí es su cuerpo, ese cuerpo que es invulnerable y que ha sido creado allende el tiempo y sus

mudanzas, ese cuerpo que irradia en su manifestación corpórea humana y que también interviene en la curación. En todas las curaciones intervienen fuerzas creadoras.

En el estado de salud perfecta -una salud que se ha vuelto rara- el ser humano es también consciente de que posee esa configuración superior cuya aura lo envuelve con sus rayos. En Homero encontramos todavía el conocimiento de ese frescor que otorga vida a su mundo. Vemos cómo con ese frescor va unida una jovialidad libre y que a medida que los héroes se acercan a los dioses van conquistando la invulnerabilidad - su cuerpo humano se torna más espiritual.

Aún hoy la curación brota de lo numinoso, y es importante que el ser humano se deje determinar por ello, al menos en sus presentimientos. No es el médico, sino el enfermo quien es un soberano, quien es un dispensador de salud, que él saca de residencias que son inexpugnables. Sólo cuando él, el enfermo, pierde el acceso a esas fuentes es cuando está perdido. En su agonía el ser humano se asemeja con frecuencia a alguien que va perdido en busca de algo. Encontrará la salida, la encontrará acá o allá. Ha habido ya varios casos en que se ha visto sanar a alguien a quien los médicos habían tachado de la lista de los vivos; pero eso no ha ocurrido nunca si el enfermo había abandonado la lucha.

Para el hombre sano la mejor receta es evitar a los médicos, confiar en la verdad de su propio cuerpo, pero también, ciertamente, dar oídos a lo que los médicos dicen. Esto mismo vale igualmente para el emboscado, el cual ha de pertrecharse para unas situaciones en que son tenidas por lujo todas las enfermedades, excepto las mortales. Opínese lo que se opine de ese mundo de la seguridad social, de los seguros, de las fábricas de productos farmacéuticos, de los especialistas: el más fuerte es quien puede renunciar a todas esas cosas.

La influencia cada vez mayor que el Estado empieza a ejercer en los servicios médicos, casi siempre con pretextos sociales, es algo que resulta sospechoso y que incita a la máxima cautela. A eso se añade que cuando uno acude a consultar al médico es recomendable la desconfianza, ya que los médicos se sienten cada vez más dispensados del secreto profesional. Nunca se sabe en qué estadísticas irán a inscribir a uno, estadísticas que se llevan no sólo

en los despachos de los médicos. Resultan sospechosas todas esas fábricas de salud en las cuales trabajan médicos que son unos funcionarios y que están mal pagados, y cuyas curas son vigiladas por la burocracia; de la noche a la mañana, y no sólo en caso de guerra, pueden esas fábricas trocar se en algo que inspira angustia. Por lo menos no es imposible que entonces los ficheros llevados de una manera ejemplar proporcionen los documentos en virtud de los cuales pueden internar, castrar o liquidar a uno.

La enorme clientela que encuentran los charlatanes y los curanderos se explica no sólo por la credulidad de las masas, sino también por su desconfianza frente a la práctica normal de la medicina y, en especial, frente a la manera en que está volviéndose automática. Aunque esos magos antes mencionados ejercen su oficio de una manera muy tosca, hay dos cosas importantes en que se diferencian de los médicos corrientes: en primer lugar, toman al enfermo como un todo; y, en segundo lugar, presentan la curación como un milagro. Precisamente esto es algo que se halla en correspondencia con el instinto, que continúa estando sano, de las gentes y es en eso en lo que se basan las curaciones.

Se da por sobreentendido que también en la medicina académica son posibles cosas semejantes. Todo el que cura colabora, claro está, a un milagro, bien con aparatos y métodos, bien en contra de ellos; y es mucho lo que se ha ganado si se sabe eso. En todos aquellos sitios donde el médico se presenta con su sustancia humana resulta posible romper el mecanismo, volverlo inofensivo o incluso transformarlo en algo útil. Ciertamente la burocracia dificulta ese giro favorable. A la postre ocurre, sin embargo, que «en la nave», o también en la galera en que viven, los seres humanos rompen una y otra vez lo funcional; lo rompen con su bondad, o con su libertad, o con su coraje para asumir una responsabilidad directa. El médico que aplica a su enfermo algo que es contrario a lo prescrito confiere tal vez precisamente con ello una fuerza milagrosa a ese medicamento. Vivimos gracias a ése elevarnos por encima de las funciones.

El técnico dispone de algunas ventajas. Pero en la gran contabilidad las cosas ofrecen a menudo un aspecto diferente. ¿Hay una ganancia real en el mundo de los seguros, de la vacunas, de la higiene minuciosa, de la prolongación general de la vida? No

merece la pena entrar a discutir esto, pues ese mundo proseguirá su desarrollo y aún no están agotadas las ideas en que se apoya. La nave continuará su viaje también más allá de las catástrofes. Estas traen, ciertamente, enormes pérdidas consigo. Cuando una nave se va a pique, también se hunde la farmacia. Lo que importa son otras cosas; por ejemplo, ser capaz de sobrevivir algunas horas en el agua helada. La tripulación de elevada edad media que ha sido vacunada varias veces, que está libre de microbios, que se halla habituada a los medicamentos, tiene en ese caso menos perspectivas de sobrevivir que una tripulación diferente que desconoce tales cosas. Una mortalidad mínima en tiempos tranquilos no da la medida de la verdadera salud; de la noche a la mañana puede trocarse en lo contrario. Y aun es posible que esa mortalidad mínima genere epidemias antes desconocidas. El tejido de los pueblos se torna propenso a enfermar .

Aquí se abre también la perspectiva sobre uno de los grandes peligros de nuestro tiempo: la superpoblación, tal como la ha descrito, por ejemplo, Bouthoul en su libro titulado *Cien millones de muertos*. La higiene se ve enfrentada a la tarea de poner coto a las mismas masas cuyo surgimiento hizo ella posible. Pero con esto sobrepasamos los límites del tema de la emboscadura. Para quien cuenta con ésta, carece de valor la atmósfera de los invernaderos.

# 28

LA frecuencia con que cambian de aspecto de la noche a la mañana conceptos y cosas y cosechan consecuencias diferentes de las aguardadas es algo que inspira angustia. Es una señal de anarquía.

Consideremos, por ejemplo, las libertades y los derechos de la persona singular en su relación con las autoridades. Esas libertades yesos derechos vienen definidos por la Constitución. Ciertamente habrá que contar una y otra vez, y por desgracia todavía por largo espacio de tiempo, con que esos derechos serán conculcados bien por el Estado, bien por un partido que se apodera del Estado, bien por una invasión extranjera o bien por una combinación de varias intromisiones. Sin duda puede decirse que las masas, al menos aquí en nuestro país, se encuentran en un estado tal que casi no perciben ya las violaciones de la Constitución. En los sitios donde se ha perdido esa consciencia, no se la restablece de manera artificial.

La violación de los derechos puede tener también una apariencia legal; es lo que ocurre, por ejemplo, cuando el partido dominante alcanza una mayoría tal que le permite modificar la Constitución. La mayoría puede tener el derecho a su favor y ser al mismo tiempo injusta: en las cabezas de las gentes sencillas no entra esa contradicción. Ya en las votaciones resulta a menudo difícil decidir dónde acaba el derecho y dónde empieza la violencia.

Las violaciones de los derechos pueden ir intensificándose progresivamente y presentarse como un puro crimen cuando se ejercen contra determinados grupos. Quien ha podido observar actos de esa índole, apoyados por el aplauso de las masas, sabe que con los medios tradicionales es poco lo que puede hacerse contra ellos. No a todo el mundo se lo puede considerar capaz de suicidarse por motivos éticos, sobre todo cuando es desde el

extranjero desde donde se recomienda ese suicidio.

En Alemania resulta -o al menos resultaba- especialmente difícil oponer resistencia abierta a la autoridad porque se había conservado, de los tiempos de la monarquía legítima, un respeto al Estado que, junto a sus lados negativos, posee también ventajas. De ahí que a la persona singular le fuera difícil comprender que, después de la invasión de las potencias vencedoras, la acusasen no sólo de manera general, como culpable colectivo, sino también de manera individual, por no haber opuesto resistencia - por haber continuado ejerciendo, por ejemplo, su profesión de funcionario o de director de orquesta.

No podemos considerar como algo raro esa acusación, aunque haya dado lugar a incidentes grotescos. Antes al contrario, se trata de un nuevo rasgo de nuestro mundo y lo único que cabe recomendar es no perderlo de vista en ningún momento, en tiempos en que nunca escasean las injusticias públicas. Aquí puede ocurrir que los ocupantes le hagan adquirir a uno reputación de colaboracionista, o los partidos lo acusen de compañero de viaje del Partido. Surgen de esa manera situaciones en las cuales la persona singular se encuentra entre Escila y Caribdis; corre el peligro de que la liquiden tanto por haber participado como por no haber participado.

Lo que de la persona singular se aguarda es, por tanto, un alto grado de coraje; se le exige que ella sola preste ayuda palpable al derecho, aun enfrentándose al poder del Estado. La gente pondrá en duda la posibilidad de que tales hombres existan. Y, sin embargo, aflorarán a la superficie; en ese caso serán emboscados. Ese tipo de hombres ingresará en el cuadro de la historia también sin quererlo, pues hay modalidades de coacción que no dejan alternativa. Ciertamente es preciso que a esto se añadan las cualidades apropiadas. Guillermo Tell se vio involucrado contra su voluntad en un conflicto. Pero luego demostró que era un emboscado, una persona singular gracias a la cual cobró el pueblo consciencia de su fuerza primordial frente al tirano.

Es una estampa extraña: una persona singular o, también, muchas personas singulares que se resisten a Leviatán. Y, sin embargo, precisamente ahí es donde quedan al descubierto los sitios donde el coloso corre peligro. Pues es preciso saber que incluso un

número pequeñísimo de seres humanos que estén efectivamente resueltos a resistir puede transformarse en una amenaza no sólo moral, sino también real y efectiva. En tiempos tranquilos eso se verá únicamente en los criminales. Una y otra vez se comprobará que bastan dos o tres «apaches» para alborotar barrios enteros de una gran ciudad y obligar a dificultosos asedios. Cuando cambian las circunstancias y es la autoridad misma la que se vuelve criminal y son los hombres justos los que han de resistirse a ella, éstos pueden desencadenar efectos incomparablemente mayores. Es bien conocida la consternación que causó en Napoleón el levantamiento de Malet, un hombre solo, pero inflexible.[9] Vamos a suponer que en una ciudad, en un Estado, sigue viviendo un cierto número, por pequeño que sea, de hombres realmente libres. Si eso ocurriera, la violación de la Constitución iría acompañada de un gran riesgo. En este sentido cabría apoyar la teoría de la culpabilidad colectiva: la posibilidad de conculcar los derechos está en relación directamente proporcional a la libertad con que tropieza. En la antigua Islandia, por ejemplo, hubiera sido imposible un ataque a la inviolabilidad y aun santidad del domicilio en las formas en que ocurrió, como mera medida administrativa, en el Berlín de 1933, en medio de una población de millones de almas. Merece ser citado, como excepción honrosa, el caso de un joven socialdemócrata que en el pasillo de su apartamento abatió a tiros a media docena de los denominados «policías auxiliares». Aquel hombre continuaba siendo partícipe de la libertad sustancial, de la antigua libertad germánica que sus adversarios ensalzaban en teoría. Naturalmente, el mencionado joven no había aprendido eso en el programa de su partido. En todo caso no era de aquéllos de quienes dice Léon Bloy que salen corriendo en busca del abogado mientras su madre está siendo violada.

En el supuesto de que hubiera sido posible contar en cada una de las calles de Berlín con uno de esos casos, con uno solo, de otra manera habrían ido las cosas. Los períodos prolongados de calma favorecen ciertas ilusiones ópticas. Una de ellas es la suposición de que la inviolabilidad del domicilio se funda en la Constitución, se encuentra asegurada por ella. En realidad la inviolabilidad del domicilio se basa en el padre de familia que aparece en la puerta de la casa acompañado de sus hijos y empuñando un hacha en la

mano. Sólo que esta verdad no siempre se halla a la vista; y tampoco constituye una objeción contra las Constituciones. Lo que vale es el viejo adagio: «Es el hombre el que sale garante del juramento, no el juramento el que sale garante del hombre». Este es uno de los motivos de que encuentre tan escasas simpatías en el pueblo la nueva legislación. En teoría no está mal eso de la «inviolabilidad del domicilio»; pero vivimos en unos tiempos en que un funcionario le va pasando al siguiente el picaporte de la puerta de nuestra casa.

Se ha reprochado a los alemanes, y tal vez con razón, que no opusieran suficiente resistencia a las violencias oficiales. Los alemanes no conocían aún las reglas del juego y se sentían amenazados también desde otras zonas en las que ni ahora ni antes se ha hablado nunca de derechos fundamentales. La posición intermedia conoce siempre dos amenazas. Esa posición tiene la ventaja de «tanto una cosa como la otra», pero tiene también su desventaja. Casi no son visibles todavía aquellos hombres que, hallándose en una situación sin salida y careciendo incluso de armas, cayeron en defensa de sus mujeres y de sus hijos.

También su muerte solitaria será conocida algún día. Es un peso en la balanza.

Nosotros hemos de ocuparnos de que no se repita el espectáculo de la coacción que no encuentra respuesta.

# 29

EN el caso de una invasión del país por ejércitos extranjeros la emboscadura se presenta como un medio de guerra. Esto se aplica ante todo a los Estados que se hallan débilmente armados o que no están armados de ninguna manera.

De igual forma que hace con las Iglesias, tampoco con respecto a las armas se pregunta el emboscado si han progresado mucho y hasta qué punto lo han hecho; más aún, ni siquiera se pregunta si hay o no hay armas a mano. Esos son procesos que acontecen en la nave. La emboscadura es algo que puede hacerse realidad a cada hora, en cada sitio, también frente a una enorme superioridad de fuerzas. Cuando esto último ocurre, la emboscadura será incluso el único medio de resistir. El emboscado no es un soldado. No conoce las formas propias del soldado ni conoce tampoco su disciplina. La vida del emboscado es simultáneamente más libre y más dura que la del soldado. Los hombres de la emboscadura se reclutan de entre aquéllos que, incluso en una situación sin salida, están dispuestos a combatir por la libertad. En el caso ideal la libertad personal de los emboscados coincidirá con la libertad de su país. Hay en esto una gran ventaja de los pueblos libres; a mayor duración de la guerra, más pesará en la balanza esa ventaja.

También han de recurrir a la emboscadura aquellos seres humanos a quienes les resulta imposible otra forma de existencia. La invasión va seguida de medidas que amenazan a grandes contingentes de la población: detenciones, redadas, inscripción en ciertas listas, trabajos forzados, obligación de servir en el ejército extranjero. Todas esas cosas empujan a la gente a la resistencia encubierta y también a la resistencia abierta. Hay un peligro especial y es que se infiltren elementos criminales. Es cierto que el

emboscado no se bate de acuerdo con las leyes de la guerra, pero tampoco lo hace como un criminal. Tampoco su disciplina es la propia del soldado, y esto presupone unos mandos fuertes, inmediatos.

En lo que se refiere al lugar, bosque lo hay en todas partes. Hay bosque en los despoblados y hay bosque en las ciudades; en éstas el emboscado vive escondido o lleva puesta la máscara de una profesión. Hay bosque en el desierto y hay bosque en las espesuras, en el maquis. Hay bosque en la patria lo mismo que lo hay en cualquier otro sitio donde resulte posible oponer resistencia. y hay bosque ante todo en la retaguardia del enemigo. El emboscado no está sujeto a la ilusión óptica que ve en el agresor un enemigo nacional. El emboscado conoce los campos de trabajos forzados construidos por el agresor, conoce a los oprimidos, conoce a las minorías que están esperando con impaciencia su hora. El emboscado lleva a cabo su pequeña guerra, su guerrilla, a lo largo de las vías del ferrocarril y de las rutas de aprovisionamiento, amenaza los puentes, las transmisiones y los depósitos. En atención a él es preciso dispersar las tropas, por motivos de seguridad, y es necesario multiplicar los centinelas. El emboscado organiza el espionaje, los sabotajes, la difusión de noticias entre la población. Se retira a parajes donde no hay caminos, se sumerge en el anonimato, para volver a hacer acto de presencia así que el enemigo da muestras de debilidad. El emboscado difunde un desasosiego continuo, provoca pánicos nocturnos. Incluso puede reducir a la parálisis a ejércitos enteros, como pudo verse en España en el caso de los ejércitos napoleónicos.

El emboscado no dispone de los grandes medios de combate, pero sí sabe cómo es posible aniquilar con un golpe de audacia armas que han costado millones.

Conoce las debilidades tácticas de esas armas, sus puntos vulnerables, el lugar en que se puede incendiarlas. También su libertad para elegir el terreno es mayor que la de las tropas regulares y atacará allí donde se pueda ocasionar un gran quebranto con fuerzas escasas - se apostará en los desfiladeros, en los caminos que atraviesan terrenos difíciles, en las plazas que quedan muy lejos de las bases. Cada uno de los avances de las tropas regulares alcanza puntos extremos donde adquieren un gran valor los

hombres y los medios, pues ha sido preciso transportarlos a lo largo de enormes trayectos. Por cada uno de los combatientes hay otras cien personas en los servicios de retaguardia. Y ese único combatiente se topa con el emboscado. Regresamos así a nuestra proporción.

En lo que respecta a la situación mundial, es favorable a la emboscadura: esa situación crea equilibrios que incitan a la acción libre. En la guerra civil mundial los agresores han de contar con que su retaguardia comporta dificultades. Cada nuevo territorio que cae en sus manos amplía la retaguardia. Los agresores se ven obligados a agravar las medidas; esto lleva a un alud de represalias. El adversario del agresor otorga valor a ese socavamiento y tiende a fomentarlo. Esto quiere decir que el emboscado podrá contar con que una potencia mundial le proporcionará, si no un apoyo directo, sí armas, equipamientos, vituallas. Pero el emboscado no está adscrito a ningún partido.

En la emboscadura se esconde un nuevo principio de defensa. Tanto si existen ejércitos regulares como si no existen, es posible ejercitarse en la emboscadura. En todos los países, y precisamente en los pequeños, se llegará al convencimiento de que resulta imprescindible prepararla. Sólo los Superestados pueden fabricar las grandes armas y hacer uso de ellas. Pero la emboscadura puede ser puesta en obra también por una minoría pequeñísima e incluso por una persona singular. Aquí está la respuesta que la libertad ha de dar. y ella tiene la última palabra.

La relación que la emboscadura mantiene con la libertad es más estrecha que la que con ella mantiene cualquier clase de armas; en la emboscadura está viva la originaria voluntad de resistir. De ahí que sólo serán aptos para ella los voluntarios. Estos se defenderán en cualquier caso, con independencia de que el Estado los prepare, arme y movilice o no haga ninguna de esas cosas. Los voluntarios dan con ello prueba de su libertad, lo hacen de manera existencial. Decaerá a la condición de satélite el Estado en el que no esté vivo el conocimiento de esto.

La libertad es hoy el gran tema, ella es el poder que vence al miedo. Ella es la asignatura principal que ha de estudiar el hombre libre; y ha de estudiar no sólo la libertad, sino también los modos en que es posible representarla eficazmente y hacerla visible en la

resistencia. No vamos a entrar en los detalles. El mero hecho de que el hombre libre sepa cuál es su papel en caso de catástrofe hace disminuir el miedo. Es preciso entrenarse en la catástrofe, de igual manera que se entrenan en el naufragio los pasajeros cuando van a emprender un viaje por mar. Cuando un pueblo se prepara y arma para la emboscadura, necesariamente se transforma en una potencia temible.

Se escucha la objeción de que los alemanes no están hechos para esa modalidad de la resistencia. Pero son tantas las cosas de que no se creía capaces a los alemanes... En lo que toca al equipamiento con armas y con medios de transmisión de noticias, principalmente con emisoras, ya la organización de maniobras y ejercicios, y a la preparación de puntos de apoyo y de sistemas acordes con esta nueva modalidad de resistencia - en suma, en lo que se refiere a esa haz de las cosas que toca a la práctica, siempre se encontrarán expertos que se ocupen con ella y vayan perfeccionándola. Más importante que esto es hacer realidad el viejo principio de que el hombre libre debe estar armado; y no con armas que se guardan en los arsenales y en los cuarteles, sino con armas que él mismo tiene en su domicilio. Esto tendrá repercusiones también en los derechos fundamentales.

Entre las perspectivas que hoy nos amenazan, la más tenebrosa es sin duda la posibilidad de que se enfrenten entre sí ejércitos alemanes. Cada uno de los progresos en armamento que se haga en el lado de acá y en el lado de allá acrecentará ese peligro. La emboscadura es el único medio que puede ser aplicado a objetivos comunes a todos los alemanes, a los de acá ya los de allá, con independencia de las fronteras artificiales y por encima de ellas. En la emboscadura resulta también posible encontrar, intercambiar y difundir los «santos y señas» que impidan que unos alemanes disparen contra otros. Perfeccionarse en este punto tanto acá como allá, perfeccionarse también ideológicamente, es algo que no puede causar daño y que incluso será útil si se sabe quién es el que en la hora fatídica se pasa al otro lado, como ocurrió en Leipzig.

Una potencia que coloque su fuerza principal en la emboscadura demuestra con ello que no tiene ningún propósito de emprender una guerra de agresión. No obstante, podría conseguir, y con poco coste, que su fuerza defensiva fuera muy potente e incluso

intimidatoria. Esto posibilitaría una política a largo plazo. Los frutos caen ellos solos en el regazo de quien conoce sus derechos y sabe aguardar.

Mencionemos de paso la posibilidad de que la emboscadura, como camino donde adquieren recíproco conocimiento de sí la necesidad y la libertad, tenga repercusiones en los ejércitos regulares haciendo que reingresen en la historia formas primordiales de resistencia de las que han surgido las formas militares. Cuando, bajo una amenaza monstruosa, se plantea al desnudo la cuestión del «ser o no ser», la libertad se eleva del ámbito del derecho a un estrato diferente, más sagrado, en el cual se conjuntan los padres, los hijos y los hermanos. El esquema de los ejércitos regulares es incapaz de hacer frente a eso. Más peligrosa que la ausencia de armas es la perspectiva de que la huera rutina acabe apoderándose de las cosas. No es ésta, sin embargo, una cuestión que afecte a la emboscadura como tal; en ella es la persona singular quien define el modo en que va a preservar la libertad. En los sitios donde el emboscado se decide a servir en el ejército, la disciplina se trocará en libertad, se convertirá en una de las formas de la libertad, en uno de sus medios. Quien otorga su sentido a las armas es el hombre libre.

# 30

TAMBIÉN las formas del soldado, igual que todas las formas estamentales, están refundiéndose y transformándose en caracteres especiales del trabajo, es decir: en funciones técnicas. De los trabajos de Heracles retiene el soldado esencialmente el primero: de cuando en cuando ha de limpiar los establos de Augías de la política. Cada vez resulta más difícil mantener limpias las manos en ese trabajo y guerrear de tal manera que la guerra se diferencie suficientemente del oficio de la policía por un lado y del oficio del carnicero y aun del desollador por el otro. Quienes en nuestros días encargan esos trabajos conceden menos importancia a estas cosas que a la expansión del terror a cualquier precio.

A esto se añade que los inventos empujan a la guerra a ir más allá de todos los límites y que las nuevas armas suprimen todas las diferencias entre el combatiente y el no-combatiente. Con esto se viene abajo el presupuesto del que vive la consciencia estamental del soldado, con esto va a la par el declive de las formas caballerescas. Todavía Bismarck rechazó la propuesta de hacer comparecer a Napoleón III ante un tribunal. Bismarck consideraba que no tenía competencia para hacer eso, pues era su adversario. Entretanto se ha vuelto habitual condenar con todas las formalidades de la ley al vencido. Son superfluas y carecen de cualquier fundamento las discusiones acerca de tales sentencias. Las facciones no pueden ser jueces. Si actúan como tales, lo que hacen es prolongar el acto de violencia. También sustraen el culpable al tribunal que le corresponde.

Vivimos en unos tiempos en que resulta difícil distinguir la guerra de la paz. Los matices han borrado las fronteras que separan el servicio militar del crimen. Esto es algo que engaña incluso a los

ojos perspicaces, pues la confusión de los tiempos, la culpabilidad general, afecta a cada caso particular. También actúa como agravante el hecho de que falten príncipes y de que todos los poderosos hayan ido ascendiendo por los escalones de los partidos. Esta circunstancia disminuye desde el principio las dotes para ejecutar actos que estén orientados hacia la totalidad, es decir, acuerdos de paz, juicios, fiestas, donaciones y acrecentamientos. Antes al contrario, las fuerzas quieren vivir de la totalidad; no son capaces de mantenerla y aumentarla mediante una riqueza interior: mediante el ser. De este modo las facciones triunfantes gastan el capital, lo gastan en ideas y propósitos del día; ya el viejo Marwitz temió esto[10].

Lo único que en este espectáculo consuela es que se trata de una tendencia que actúa en una dirección determinada y con vistas a unos objetivos precisos. En otros tiempos se daba el nombre de *interregnum* a períodos como éstos; hoy se presentan en forma de paisaje de talleres. Estos períodos tienen como nota característica la ausencia en ellos de vigencias últimas; y es mucho lo que se ha conseguido cuando se ve que esto es necesario y es, en todo caso, mejor que el intentar introducir o mantener como válidos elementos que han caducado. Nuestros ojos rechazan el empleo de formas góticas en el mundo de las máquinas; y algo parecido ocurre en el terreno de la moral.

En nuestro estudio del mundo del trabajo[11] hemos desarrollado estas cosas con todo detalle. Es preciso conocer las leyes del paisaje en que se vive. De otro lado, permanece insobornable la consciencia que valora, y en esto estriba el dolor, en esto se basa la percepción, que es inevitable, de las pérdidas. La vista de un solar donde está construyéndose un edificio no puede procurar el sosegado placer que nos proporciona una obra maestra, y tampoco pueden ser perfectas las cosas que allí se ven. En la medida en que cobramos consciencia de esto, somos honestos, y en esa honestidad se vislumbra el respeto a órdenes superiores. La mencionada honestidad crea un vacío necesario, un vacío como el que hoy se deja ver, por ejemplo, en la pintura y que tiene también sus correspondencias en la teología.

La consciencia de la pérdida se expresa asimismo en el hecho de que todo análisis de la situación merecedor de ser tomado en serio

adopta como punto de referencia o bien una realidad pretérita o bien una realidad futura. Ese análisis lleva a la crítica de la cultura o a la utopía, para prescindir aquí de las doctrinas cíclicas. La reducción de los vínculos jurídicos y morales es también uno de los grandes temas de la literatura. En especial la novela americana se desarrolla en zonas donde no impera la menor obligación. Esa novela ha penetrado hasta la roca desnuda que en otros lugares se halla cubierta todavía por el mantillo de estratos que están descomponiéndose.

En la emboscadura es preciso contar con crisis en las que no se mantienen firmes ni la ley ni la moralidad. En tales crisis será posible realizar observaciones similares a las que hicimos en las elecciones descritas al comienzo de este libro. Las masas se dejarán llevar por la propaganda, la cual las coloca en una relación técnica con el derecho y con la moral. Pero el emboscado no actuará de ese modo. La decisión que ha de tomar es dura: reservarse en todo caso el derecho a examinar aquello para lo que se le pide asentimiento o cooperación. Los sacrificios serán importantes. Con ellos va asociada también, sin embargo, una inmediata ganancia de soberanía. Las cosas, desde luego, marchan de tal modo que únicamente los menos percibirán como tal esa ganancia. Pero el dominio no podrá venir más que de quienes han conservado el conocimiento de las medidas primordiales del hombre y a los que ningún poder, por muy superior que sea, podrá hacer renunciar a actuar como seres humanos. El modo en que llevan eso a cabo es una cuestión de resistencia, la cual no necesita ser siempre franca. Exigir tal cosa es, ciertamente, una de las teorías favoritas de quienes no participan en la resistencia, pero en la práctica equivaldría a entregar a los tiranos la lista de los últimos hombres.

Cuando se vuelven dudosas e incluso sospechosas todas las instituciones y cuando en los templos mismos se oye rezar públicamente no por los perseguidos, sino por los perseguidores, la responsabilidad moral pasa entonces a la persona singular o, mejor dicho, a la persona singular que aún se conserva intacta, inquebrantada.

El emboscado es la persona singular concreta, el hombre que actúa en el caso concreto. Para saber lo que es justo no necesita teorías ni tampoco leyes elucubradas por los juristas de los partidos.

El emboscado desciende a aquellos manantiales de la moralidad que aún no han sido repartidos por los canales de las instituciones. Aquí las cosas se tornan sencillas, con tal que en el emboscado continúe vivo lo no-falseado. En la confrontación con el propio yo, con el núcleo inviolable, con la esencia de la cual se nutren los fenómenos temporales e individuales, hemos visto la gran experiencia del bosque. Esa confrontación, que ejerce un influjo tan grande lo mismo sobre la expulsión del miedo que sobre la curación, es de rango supremo también en la esfera de la moral. Tal confrontación lleva a aquel estrato que se halla en la base de todas las realidades sociales y que es común, de una manera primordial, a todos los hombres. Lleva a el Ser Humano, el cual forma la base que se halla por debajo de lo individual, la base de la cual irradian las individuaciones. No es sólo comunidad lo que en esa zona hay; lo que ahí hay es identidad. Eso es lo que viene sugerido por el símbolo del abrazo. El yo se reconoce en el otro - eso es algo que se sigue de la antiquísima sabiduría que dice «tú eres ése». El otro puede ser el amado, pero puede ser también el hermano, la persona que sufre, el desamparado. Al dispensarle ayuda, el yo se favorece a sí mismo en lo imperecedero. En esto se corrobora el orden fundamental del mundo.

Estas cosas son experiencias. Hoy viven innumerables personas que han atravesado los centros del proceso nihilista, las simas del *Maelstrom*. Saben que allí la mecánica se desvela como una realidad cada vez más amenazante; el ser humano se encuentra en el interior de una gran máquina que está pensada para aniquilarlo. Esas personas han tenido que hacer también la experiencia de que todo racionalismo lleva al mecanicismo y de que todo mecanicismo conduce a la tortura, que es su consecuencia lógica. En el siglo XIX no se llegó todavía a ver eso.

Si uno ha de escapar a tales remolinos es preciso que ocurra un milagro. Innumerables veces se ha realizado el milagro; el milagro aconteció porque en medio de las cifras sin vida apareció el ser humano y dispensó ayuda. Esto ha sucedido incluso en las cárceles, más aún, ha ocurrido precisamente en ellas. En cualquier situación y frente a cualquier hombre puede convertirse de esa manera la persona singular en prójimo - en eso delata su rasgo inmediato, su rasgo principesco. El origen de la nobleza está en que brindaba

amparo - amparo frente a las amenazas procedentes de monstruos y animales feroces. Este es el signo distintivo de los aristócratas y ese signo refulge todavía en el guardián de una cárcel que en secreto le pasa un pedazo de pan a un prisionero. Esas cosas no pueden perderse, de ellas vive el mundo. Son las ofrendas en que se asienta.

# 31

HAY, por tanto, situaciones que invitan de manera inmediata a tomar una decisión moral, y esto ocurre sobre todo en aquellos sitios donde la agitación alcanza sus remolinos más hondos.

No siempre ha sido así y no continuará siendo así por siempre. En general tanto las instituciones como las normas que a ellas van anejas son un terreno por el que se puede transitar; lo que es justo y lo que es moral son cosas que están en el aire. Naturalmente que hay delitos, pero también hay tribunales y policía.

Esto cambia cuando la propaganda, una subespecie de la técnica, viene a reemplazar a la moral y las instituciones se truecan en armas de la guerra civil. La decisión le corresponde entonces a la persona singular; es una decisión que ha de optar por lo uno o por lo otro, pues está excluida una tercera forma de conducta, la neutralista. Ahora hay una especie particular de infamia tanto en la no-participación como en la condena dictada desde la situación de la no-participación. También los que tienen el poder, en sus cambiantes encarnaciones, acosan ahora a la persona singular con su dilema. Es el telón del tiempo, el cual se alza para dejar paso al espectáculo de siempre, al espectáculo que retorna otra vez y otra. Los signos que en ese telón aparecen no son lo más importante. El dilema al que se enfrenta la persona singular ofrece un aspecto diferente. La persona singular es llevada a un punto donde ha de optar o bien por la cualidad de ser humano, la cual le está otorgada de manera inmediata, o bien por la cualidad de criminal.

Nuestro porvenir depende del modo en que la persona singular sepa mantenerse firme en esta problemática. Ese porvenir se decide tal vez en aquellos sitios precisamente donde más profunda parece la oscuridad. En lo que se refiere al crimen, éste representa, junto a

la decisión moral autónoma, la segunda posibilidad de salvaguardar la soberanía en medio de la reducción, en medio del socavamiento nihilista del ser. Los existencialistas franceses han visto bien esto. El crimen no tiene nada que ver con el nihilismo; más aún, constituye un refugio frente al vacío creado por éste -un vacío que destruye la consciencia de la propia dignidad-, constituye una escapatoria de ese desierto. Ya Chamfort decía: «L'homme, dans l'état actuel de la société, me parât plus corrompu par sa raison que par ses passions.»

Probablemente se explica de esta manera el culto del crimen, un culto que es uno de los signos de nuestro tiempo. Con facilidad se subestima el grado y la difusión que ese culto ha alcanzado. Podemos formarnos una idea de eso si contemplamos con tal propósito la literatura, y no sólo en sus modalidades inferiores, incluidos el cine y las revistas ilustradas, sino también la literatura de rango mundial. Cabe aseverar que en sus tres cuartas partes se ocupa con criminales, con acciones de criminales y con el ambiente propio de los criminales, y que su atractivo consiste precisamente en eso. Esto muestra hasta qué punto se han vuelto problemáticas las leyes. El ser humano experimenta la sensación de hallarse sometido a un dominio extranjero y en esa coyuntura el criminal aparece como alguien que le es afín. Cuando fue abatido a tiros en Sicilia el bandido Giuliano, un ladrón que había cometido varios asesinatos, se extendió por todas partes un sentimiento de duelo. Había fracasado el experimento de vivir y de seguir viviendo con la misma libertad que las alimañas en el bosque. Ese fracaso afectó también a todos los que se hallan sumergidos en las masas grises y los corroboró en su sentimiento de hallarse cercados. Esto lleva a hacer un héroe del facineroso. y es también lo que crea el claroscuro moral que hay en todos los movimientos de resistencia y no sólo en ellos.

Estamos viviendo en unos tiempos en que a diario pueden hacer su aparición modalidades inauditas de la coacción, de la esclavitud, del exterminio - modalidades que unas veces se dirigen contra determinados estratos de la población y que otras se extienden sobre vastos territorios. La resistencia contra ellas es legal, como modo de afirmar los derechos humanos fundamentales, unos derechos de los que, en el mejor de los casos, salen garantes las Constituciones, pero cuya ejecución corresponde a la persona

singular. Existen para esto formas eficaces y el amenazado ha de haber sido instruido en ellas; hasta podría decirse que es ésa la asignatura principal de una nueva educación. La gente ha de habituarse a pensar que la resistencia es posible sin más - una vez que se haya comprendido eso, resultará posible abatir con una minoría pequeñísima al coloso, el cual es fuerte, pero torpe. También ésta es una estampa que se repite en la historia y en la que ésta conquista sus cimientos míticos. Sobre ellos se alzan luego edificios duraderos.

Es natural que quienes tienen el poder se afanen por presentar como criminal la oposición legal e incluso la simple no-aceptación de sus pretensiones; con ese propósito crean ramas especiales del empleo de la violencia y crean también ramas especiales de la propaganda que aboga en favor de ese empleo. Otra cosa que aquí vemos es que quienes tienen el poder colocan en un escalón más alto de su jerarquía al delincuente común que al hombre que contradice sus propósitos.

Frente a esto es importante no sólo que el emboscado se diferencie claramente en su moralidad, en su modo de combatir, en la gente con que trata, del criminal; también es importante que esa diferencia esté viva en su interior. En una situación en que ni los profesores de derecho civil ni los de derecho político ponen en sus manos las armas necesarias, el emboscado no podrá encontrar lo que es justo más que en el interior de sí. De las cosas que hay que defender nos enteraremos más bien leyendo a los poetas ya los filósofos.

En otro lugar hemos visto los motivos por los que ni el individuo ni las masas son capaces de sostenerse en el mundo de los elementos, un mundo en que hemos entrado a partir de 1914. Esto no significa que vaya a desaparecer el ser humano como persona singular y como hombre libre. Antes al contrario, el ser humano habrá de sondear profundidades que quedan muy por debajo de su superficie individual y entonces encontrará medios que se hallan sumergidos desde las guerras de religión. No hay la menor duda de que saldrá de los reinos de Titanes adornado con una libertad nueva. Sólo con sacrificios es posible adquirirla, pues la libertad es costosa y acaso exija que dejemos al tiempo, como botín, la cualidad de individuos y, tal vez, incluso la piel. La persona singular

ha de saber si para él tiene más peso la libertad - ha de saber si estima más el ser de un determinado modo o el ser sin más.

El auténtico problema está, más bien, en que una gran mayoría no quiere la libertad y aun le tiene miedo. Para llegar a ser libre hay que ser libre, pues la libertad es existencia - la libertad es ante todo la concordancia consciente con la existencia y es el placer, sentido como destino, de hacerla realidad. Entonces es libre el ser humano y a partir de tal instante, así como las grandes masas de la roca primitiva producen cristales con la presión que ejercen, así este mundo que está lleno de coacciones y de medios de coaccionar habrá de servir para poner de manifiesto la libertad en su entero esplendor.

La libertad nueva es libertad antigua, es libertad absoluta vestida con el traje propio de cada tiempo; pues el sentido del mundo histórico consiste en hacer que triunfe una y otra vez la libertad, pese a todas las tretas del *Zeitgeist*, del Espíritu del Tiempo.

# 32

COMO es sabido, el sentir básico de nuestra época es hostil a la propiedad y propende a atacarla aun en aquellos sitios donde sale perjudicado no sólo el propio afectado, sino también la totalidad. Estamos viendo cómo son desmembradas fincas que durante treinta generaciones han venido dando de comer a propietarios y arrendatarios, desmembradas de una manera que deja en la miseria a todo el mundo. Estamos viendo la tala de bosques que durante milenios han estado produciendo leña. Estamos viendo cómo de la noche a la mañana se mata a las gallinas que ponían huevos de oro para preparar con su carne sopas públicas que a nadie dejan saciado. Aunque son de esperar violentos contragolpes, obraremos bien acomodándonos a este espectáculo, ya que introducirá en la sociedad estratos nuevos, estratos a la vez inteligentes y desarraigados. En este aspecto cabe predecir cosas notables, especialmente para Inglaterra.

Esta agresión a la propiedad es, en primer lugar, ética, pues ahora se ha convertido en un lugar común aceptado la vieja fórmula que decía «la propiedad es un robo». El propietario es el hombre frente al que todos tenemos buena conciencia, y hace ya mucho tiempo que él mismo no se siente a gusto dentro de su piel. A esto se añaden las catástrofes, las guerras, las operaciones comerciales incrementadas por la técnica. Todo esto no sólo invita a vivir del capital; obliga a hacerlo. No en vano se fabrican proyectiles cada uno de los cuales cuesta tanto como costaba en otros tiempos un principado.

El perfil del desheredado, del proletario, ha ido adoptando, sin que nos hayamos dado cuenta, unos rasgos diferentes de los de antes; el mundo vuelve a estar lleno de figuras de pasión. Son los

expulsados, los proscritos, los ultrajados, los despojados de su patria y de su terruño, los empujados con brutalidad a las simas más hondas. Ahí es donde están las catacumbas de hoy; y no se las abre por el mero hecho de hacer que los desheredados voten de cuando en cuando de qué manera quieren que la burocracia administre su miseria.

Alemania es hoy un país rico en desheredados, en personas despojadas de derechos; es el país más rico del mundo en esas cosas. Esto representa una riqueza de la que puede hacerse un uso bueno o un uso malo. Cualquier movimiento que se apoye en los desheredados lleva dentro una gran fuerza de choque; al mismo tiempo es de temer que esos movimientos conduzcan únicamente a un nuevo reparto de la injusticia. Sería el tornillo sin fin. A la fascinación de la pura violencia podrá escapar únicamente quien ascienda moralmente un nuevo piso en el edificio del mundo.

Están preparándose no sólo nuevas acusaciones, sino también una lectura nueva de la vieja frase «la propiedad es un robo». Teorías como ésa resultan más incisivas cuando las aplican los saqueados que cuando las aplican los saqueadores, los cuales lo único que quieren es poner a buen recaudo con su ayuda lo robado. El saqueador, saciado desde hace mucho tiempo, engulle y engulle más espacios.

Pero también es posible, con todo, extraer de nuestro tiempo unas lecciones diferentes de ésa, y cabe decir que los acontecimientos no han pasado a nuestro lado sin dejar huella. Esto es válido ante todo para Alemania; la acometida de las imágenes fue aquí especialmente intensa. Trajo consigo cambios profundos. Sólo más tarde se hacen patentes en las teorías esos cambios; primero operan sobre el carácter. Esto es válido también para el modo de enjuiciar la propiedad; es un modo que se desliga de las teorías. Las teorías económicas han pasado a segundo plano al tiempo que se ha hecho visible qué es la propiedad.

Los alemanes se han visto obligados a meditar sobre estas cosas. Después de su derrota se intentó despojarlos para siempre de derechos, esclavizarlos, aniquilarlos dividiéndolos. Esta fue una prueba más difícil que la de la guerra y es lícito decir que los alemanes han salido bien librados de ella; la han superado en silencio, sin armas, sin amigos, sin foro ninguno en este mundo. En

esos días, meses y años se les ha deparado una de las más grandes experiencias. Los alemanes fueron arrojados, rechazados a lo que es su propiedad, a ese estrato suyo que está sustraído a la aniquilación. Hay aquí un *mysterium*, y tales jornadas crean vínculos más fuertes que los que crea una batalla decisiva ganada. La riqueza del país está en sus hombres y en sus mujeres, que han hecho experiencias extremas, experiencias como sólo una vez se allegan al ser humano en el transcurso de muchas generaciones. Esto hace modestas a las personas, pero les da también seguridad. Las teorías económicas están vigentes «en la nave», pero la propiedad quieta e inmutable se halla en el bosque, como tierra labrantía que aporta siempre cosechas nuevas.

En este sentido la riqueza es existencia, es inherente a quien la tiene, se halla indisolublemente ligada a su ser. De igual modo que «la armonía invisible es más importante que la visible», así la propiedad real y efectiva es esta propiedad invisible. Se vuelven problemáticos los bienes y las posesiones si no hunden sus raíces en ese estrato. Esto ha quedado claro. Los movimientos económicos parecen dirigirse contra la propiedad; lo que en realidad hacen es fijar quiénes son los propietarios. También ésta es una cuestión que se plantea una y otra vez y que una y otra vez recibe respuesta.

Quien ha vivido el incendio de una capital, quien ha vivido la invasión de ejércitos del Este, no dejará nunca de sentir una viva desconfianza frente a todo lo que puede poseerse. Esto redunda en su provecho, pues será uno de los que, en caso necesario, vuelve la espalda sin exageradas lamentaciones a su granja, a su casa, a su biblioteca. Más aún, ese hombre notará que a eso va unido al mismo tiempo un acto de libertad. La suerte de la mujer de Lot la sufre únicamente quien vuelve los ojos para mirar para atrás.

De igual modo que siempre habrá gentes que sobreestimen las posesiones, tampoco faltarán nunca otras que vean en la expropiación una panacea. Pero el repartir de modo diferente la riqueza no significa aumentarla - significa, antes bien, aumentar el consumo; eso es algo que puede observarse en los bosques que estaban cedidos para su aprovechamiento a los campesinos. Sin ningún género de duda la parte del león se la lleva la burocracia, sobre todo en aquellos repartos en que lo único que perdurará serán las cargas; lo que queda del pez que era común a todos son las

espinas.

En esto es importante que el expropiado se alce por encima de la idea del despojo individual de que ha sido víctima. De lo contrario le quedará un trauma, una pervivencia interior de la pérdida, que luego se hará visible en la guerra civil. Ciertamente el patrimonio ha sido gastado y por ello es de temer que el desheredado trate de resarcirse en otros campos; el primero que se le ofrece es el terror. Se obrará bien, por el contrario, diciéndose que uno ha sido afectado de manera necesaria y en todos los casos, bien que con argumentos dispares y cambiantes. Vista desde el otro polo, la situación es al mismo tiempo la del tramo final de una carrera, en el cual el corredor agota sus últimas energías a la vista de la meta. De igual manera, cuando se echa mano del capital no se trata tampoco de un puro gasto, sino de una inversión con vistas a unos órdenes nuevos y que se han vuelto necesarios, sobre todo con vistas al gobierno mundial. Incluso puede decirse que los gastos son y han sido tales, que apuntan o bien a la ruina o bien a una posibilidad extrema.

Estas son evidencias que no pueden presuponerse en el hombre sencillo. Y, sin embargo, están vivas en él y lo están en un modo de conformarse con el destino, en un modo de pagar su tributo al tiempo, que una y otra vez conmueve y asombra.

En los sitios donde lo que se pretende es atacar la propiedad en cuanto Idea, la consecuencia necesaria será la esclavitud. La última propiedad visible continúa siendo el cuerpo y su fuerza de trabajo. Sin embargo, son exagerados los temores con que el espíritu ve acercarse tales posibilidades. Ya tenemos suficiente con los horrores del presente. No obstante, utopías espantosas como la de Orwell resultan útiles, aunque su autor no tiene ni la menor noción de las verdaderas e inmutables relaciones de poder en esta tierra y se entrega a los terrores. Esas novelas se asemejan a experimentos espirituales; tal vez gracias a ellos se eviten muchos rodeos y extravíos de la experiencia práctica.

Como aquí estamos contemplando el proceso no «en la nave», sino desde el bosque, vamos a someterlo al tribunal de la persona singular soberana. De su decisión depende qué es lo que ella desea considerar como propiedad y de qué modo quiere sostenerla y defenderla. En un tiempo como éste obrará bien si exhibe escasas

superficies atacables. En su inventario de la situación la persona singular soberana habrá de distinguir, por tanto, las cosas que no merecen ningún sacrificio de aquellas otras por las que hay que luchar. Estas últimas son las cosas inalienables, son la auténtica propiedad. Esas cosas son también las que uno lleva consigo, de igual modo que Bías llevaba consigo las suyas, o las que forman parte, como dice Heráclito, del modo propio de ser de uno, modo propio de ser que es el demon del hombre[12]. Entre ellas está también la patria, la patria que uno porta en el corazón y que es completada desde aquí, desde lo inextenso, cuando sus fronteras son violadas en lo extenso.

Resulta difícil salvaguardar el modo propio de ser - y resulta tanto más difícil cuanto más sobrecargados nos hallemos de bienes. Aquí se corre el peligro de padecer la suerte de aquellos españoles mandados por Hernán Cortés a los que, en la «Noche triste», arrastró al fondo de las aguas el peso del oro del que no quisieron separarse. En cambio, la riqueza que forma parte del modo propio de ser no es sólo incomparablemente más valiosa; es el manantial del que brota cualquier riqueza visible. Quien ha llegado a conocer esto comprenderá también que los tiempos empeñados en implantar la igualdad de todos los seres humanos cosecharán frutos completamente distintos de los esperados. Lo único que esos tiempos hacen es retirar las vallas, las cercas, el reparto secundario; y lo que con ello hacen precisamente es crear espacio. Los hombres son hermanos, pero no son iguales. Siempre hay escondidas dentro de esas masas personas singulares que por naturaleza son ricas, aristócratas, bondadosas, felices o poderosas. Hacia ellas afluye la plenitud en la misma medida en que va creciendo el desierto. Esto conduce a poderes nuevos ya riquezas nuevas, a repartos nuevos.

Sin duda al hombre sin prejuicios se le hace patente al mismo tiempo que también en la posesión está oculto un poder quieto, benefactor, y no sólo benefactor, para el poseedor. El modo propio de ser del hombre no es, en efecto, únicamente creador, sino también destructor, es su *daimonion*. Cuando caen las numerosas fronteras pequeñas que lo coartan, ese modo propio de ser se yergue y pone en pie como lo hizo Gulliver cuando en el país de los enanos le quitaron las ataduras[13]. Las posesiones gastadas de ese modo se transforman en poder inmediato, en poder funcional. Se dejan ver

entonces los nuevos Titanes, los Superpoderosos. También este espectáculo tiene sus límites propios, su tiempo propio. No funda una dinastía.

Tal vez esto explique por qué el dominio vuelve a instalarse con mayor firmeza tras tiempos en que la palabra «igualdad» anduvo en boca de todos. Tanto el miedo como la esperanza conducen al ser humano hacia ello. Al hombre le es inherente un instinto monárquico inextinguible, y eso incluso en aquellos sitios donde conoce a los reyes únicamente por haberlos visto en los museos de figuras de cera. No dejan de resultar sorprendentes la atención y la solicitud que una y otra vez pone de manifiesto el ser humano en aquellos sitios donde se alza una nueva pretensión de caudillaje, con independencia del lugar de que venga y de la persona que la haga. Si en algún sitio toma alguien el poder, siempre se asocian a ese acto, incluso entre sus adversarios, grandes esperanzas. Tampoco puede decirse que el gobernado se vuelva infiel. Pero posee una fina sensibilidad para notar si el poderoso permanece fiel a sí mismo y si persevera en el papel que se asignó. Pese a ello, los pueblos nunca pierden la esperanza de que aparezca un nuevo Teodosio, un nuevo Augusto - de que surja un príncipe cuyo cometido se anuncia en el cielo por una constelación. Presienten que el mito, lugar donde se guarda el tesoro, reposa directamente debajo de la historia, inmediatamente por debajo del terreno medido del tiempo.

# 33

¿PUEDE llegar a ser aniquilado el ser en el hombre? Esta cuestión hace que se dividan no sólo las Confesiones, sino también las religiones - es una pregunta a la que únicamente desde la fe cabe dar respuesta. Podrá verse en ese ser la salvación, el alma, el poder cósmico y eterno del hombre - siempre será evidente que la agresión a él brota necesariamente del más tenebroso de los abismos. También hoy, en unos tiempos en que los conceptos dominantes captan tan sólo la parte superficial del proceso, la gente presiente que se hallan en marcha golpes cuyo objetivo está constituido por otras cosas que no las expropiaciones o las liquidaciones. En ese presentimiento se apoya la acusación que habla de «asesinato del alma». Únicamente un espíritu ya debilitado puede acuñar, sin embargo, una expresión como ésa, la cual desagrada a todos los que poseen una noción de la inmortalidad y de los órdenes que en ella se asientan. En los sitios donde hay inmortalidad, y aun en aquéllos donde sólo está presente la creencia en la inmortalidad, ha de presumirse que existirán también puntos en los que el ser humano no puede ser alcanzado o menoscabado y, mucho menos, aniquilado por ningún poder de la Tierra, ni siquiera por el más grande. Los bosques son santuarios.

El pánico que hoy observamos en muchos lugares es ya la expresión de un espíritu que ha empezado a corroerse, la expresión de un nihilismo pasivo que provoca el nihilismo activo. El hombre más fácil de asustar es, ciertamente, quien cree que todo ha acabado cuando se ha extinguido su fugaz apariencia. Los nuevos mercaderes de esclavos saben eso y en ello es en lo que se funda la importancia que para esa gente tienen las doctrinas materialistas. Estas, en el momento de la sublevación, sirven para quebrantar el

orden; una vez conseguido el dominio, perpetuarán el terror. No habrá ya bastiones donde el ser humano pueda sentirse inatacable y, por tanto, libre del miedo.

Frente a esto es importante saber que el ser humano es inmortal y que hay en él una vida eterna, una tierra que aún está por explorar, pero que se halla habitada, un país que acaso él mismo niegue, pero que ningún poder terrenal es capaz de arrebatarle. En muchos de los hombres y aun en los más de ellos el acceso a esa vida, a esa tierra, a ese país, acaso sea parecido a un pozo en el que desde hace siglos viene arrojándose escombros y desechos. Si se los retira, se encontrará en el fondo no sólo el manantial, sino también las viejas imágenes. La riqueza del ser humano es infinitamente mayor de lo que él presiente. Es una riqueza de que nadie puede despojarle y que en el transcurso de los tiempos aflora una y otra vez a la superficie y se hace visible, sobre todo cuando el dolor ha removido las profundidades. Lo que el ser humano quiere saber es esto. El centro de su desasosiego temporal está ahí. Tal es la causa de la sed que siente, una sed que aumenta en el desierto - y el desierto es el tiempo. La sed de unos órdenes superiores al tiempo se hará tanto más ardiente cuanto mayor extensión alcance el tiempo, cuanto más consciente e imperioso se vuelva, pero también más vacío en sus partes mínimas.

El hombre que siente esa sed aguarda con razón de los teólogos que aplaquen sus padecimientos y que lo hagan recurriendo al paradigma teológico primordial: el cayado que, golpeando la roca, hace brotar agua de ella. Si el espíritu se vuelve, en estas cuestiones supremas, hacia los filósofos y no se da por contento con las cada día más baratas interpretaciones que éstos dan del mundo, lo que tal cosa significa no es que hayan cambiado los cimientos, sino que los mediadores no están ya llamados a aparecer en el escenario cuando se alza el telón. En esta situación es mejor la ciencia, pues entre los desechos que obstruyen los accesos y entradas a las fuentes se cuentan también las viejas grandes palabras, que primero se han convertido en un puro convencionalismo, luego en un escándalo, y por fin se han vuelto simplemente aburridas.

Las palabras van moviéndose con la nave; el lugar de la Palabra es el bosque. Debajo de las palabras reposa la Palabra como reposa el fondo de oro bajo la superficie del cuadro de un primitivo. Bajo

el diluvio de las palabras se expande, cuando la Palabra no está dándoles vida, un silencio terrible - se expande primero en los templos, que se transforman en monumentos funerarios ostentosos, y se expande luego en los atrios.

Uno de los grandes acontecimientos de nuestro tiempo es el giro dado por la filosofía desde el conocimiento hacia el lenguaje; ese giro pone al espíritu en estrecho contacto con uno de los fenómenos primordiales, con un protofenómeno. Esto tiene más importancia que todos los descubrimientos de la física. El pensador penetra en un terreno donde resulta por fin posible establecer una alianza no sólo con los teólogos, sino también con los poetas.

# 34

UNA de las grandes esperanzas está en que los representantes, los que hacen de mediadores, sean capaces de abrir el acceso a las fuentes. Si se logra un contacto auténtico con el ser en un punto, eso tiene siempre efectos inmensos. La historia, más aún, la posibilidad de fechar el tiempo descansa en procesos de esa índole. Ellos nos invisten con fuerza primordial creadora que se hace visible en el tiempo.

Esto es algo que se evidencia también en el lenguaje. El lenguaje forma parte de la propiedad del ser humano, de su modo propio de ser, de su patrimonio heredado, de su patria, de una patria que le toca en suerte sin que él tenga conocimiento de su plenitud y riqueza. El lenguaje se asemeja no sólo a un jardín con cuyas flores y con cuyos frutos se reconforta el heredero hasta su más avanzada edad; el lenguaje es también una de las grandes formas para todos los bienes en general. Así como la luz hace visible el mundo y su figura, así el lenguaje lo hace comprensible en lo más íntimo, y no cabe prescindir de él, pues es la llave que abre las puertas de los tesoros y secretos del mundo. La ley y el dominio en los reinos visibles y aun en los invisibles comienzan con el poner nombre a las cosas. La palabra es el material del espíritu y en su condición de tal sirve para tender puentes audaces: al mismo tiempo es el medio supremo de poder. Todas las adquisiciones de tierra en la realidad concreta y en el mundo del pensamiento, todos los edificios y todas las carreteras, todas las colisiones y todos los pactos van precedidos de revelaciones, planificaciones y conjuros en la palabra y en el lenguaje, y van precedidos también del poema. Puede incluso decirse que hay dos especies de historia: una, en el mundo de las cosas; otra, en el mundo del lenguaje. y esta última encierra en sí

no sólo una visión más elevada, sino también una fuerza más eficaz. Hasta los rufianes han de sacar una y otra vez vida de esa fuerza incluso en el momento de precipitarse al abismo de los actos de violencia. Pero los sufrimientos pasan y luego se transfiguran en el poema.

Es un viejo error el pensar que de la situación del lenguaje es posible sacar conclusiones en orden a saber si cabe o no cabe aguardar la aparición de un poeta. Puede ocurrir que el lenguaje se halle en completa decadencia y que de él surja, sin embargo, un poeta, como un león que llega del desierto. También puede suceder que después de una gran floración no aparezca el fruto.

El lenguaje no vive de sus propias leyes; si así fuera, el mundo lo dominarían los gramáticos. En el fondo primordial la palabra no es ya forma, no es ya llave. Se identifica con el ser. Se torna poder creador. Y ahí es donde está su fuerza enorme, que jamás podrá ser convertida del todo en moneda. Lo único que aquí hay son acercamientos. El lenguaje habita en torno al silencio a la manera como el oasis se emplaza alrededor del manantial. y el poema corrobora que se ha logrado entrar en los jardines intemporales. De esto vive luego el tiempo.

El lenguaje permanece con la energía de siempre en su quieta fuerza incluso en épocas en que ha quedado rebajado a medio de técnicos y burócratas y en que, para aparentar frescor, trata de tomar prestadas palabras a la jerga chabacana. Lo grisáceo, lo polvoriento se adhiere únicamente a la superficie. Quien cava más hondo alcanza en cualquier desierto el estrato donde se halla el manantial. y con las aguas sube a la superficie una fecundidad nueva.

# Notas

[1] La tesis a que aquí se refiere el autor fue formulada por él mismo en su libro *El trabajador* (1932), de próxima publicación en Tusquets Ediciones. (N. del T.) < <

[2] A los lectores de Poe no se les escapa que Jünger está aludiendo aquí a dos de sus más conocidos relatos: *Un descenso al Maelstrom* y *El pozo y el péndulo*. La magistral traducción de esos relatos por Julio Cortázar puede leerse ahora en el tomo I de los *Cuentos* de E.A. Poe (Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, nº 277). (N. del T.) < <

[3] «Traspasar la línea» es el tema de uno de los más importantes trabajos teóricos de Jünger, el titulado *Über die Linie* [Más allá de la línea]. Fue escrito como homenaje a Heidegger al cumplir éste los 60 años y se encuentra recogido ahora en el volumen séptimo de las Obras Completas de Jünger. Cuando éste cumplió a su vez 60 años, Heidegger le dedicó su escrito *Über die Linie* [Acerca de la línea], comentario y crítica del texto de Jünger. (N. del T.) < <

[4] Théodore Agrippa d' Aubigné (1551-1630). Calvinista francés, abuelo de la Maintenon, participó valerosamente en las guerras de religión de su tiempo. Murió refugiado en Ginebra. Sus memorias llevan por título *Histoire secrète de Théodore A. d'Aubigné, écrite par lui-même et adressée a ses enfants*. (N. del T.) < <

[5] Véase F. Nietzsche: *Así habló Zaratustra*, (introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial), parte cuarta: «Entre las hijas del desierto». Son las palabras iniciales y finales de la canción entonada por el personaje llamado «La sombra de Zaratustra». En la edición citada, pp. 405-411. (N. del T.)<<

[6] El autor se refiere a Helmuth James, conde von Moltke (1907-1945). Opositor al nazismo, fue encarcelado en 1944 y ejecutado en Berlín en enero de 1945. Sus cartas se publicaron en la posguerra con el título de *Letzte Briefe aus dem Gefiingnis Tegel* [Ultimas cartas desde la cárcel de Tegel] y tuvieron amplia difusión. (N. del T.) < <

[7] George Gurdiev, filósofo ruso nacido en Armenia y muerto en París (1866-1949). En 1910 fundó en Moscú un Instituto «para el desarrollo armónico del individuo». Después de la Revolución rusa se instaló en Francia, en 1922, y estableció de nuevo su Instituto cerca de Fontainebleau. (N. del T.) < <

[8] Hasta la época de Hitler se seguía en Alemania la vieja costumbre de encerrar a los reos de delitos políticos (sublevaciones, conjuras, etc.) no en las terribles cárceles comunes, sino en más o menos cómodas «fortalezas», es decir, en una especie de «prisiones para caballeros» (Hitler mismo fue beneficiario de esa costumbre). A eso alude aquí Jünger. (N. del T.) < <

[9] Claude-Frangois de Malet, general francés de la época napoleónica (1754-1812). Encarcelado en 1808 por conspiración, se fugó de la prisión en 1812, durante la campaña de Napoleón en Rusia. Fue fusilado. (N. del T.) < <

[10] Ludwig von Marwitz, general y político prusiano (1777-1837). Se opuso, como prusiano conservador, a las reformas liberales del ministro Hardenberg. (N. del T.) < <

[11] Véase la nota del capítulo 8. (N. del T.) < <

[12] A Bías de Priene, uno de los Siete Sabios de Grecia, se le atribuye la frase, transmitida por Cicerón, *omnia mea mecum porto* [todas mis cosas las llevo conmigo]. El frag. 119 de Heráclito dice: «mi modo de ser es mi *daimonion*». (N. del T.) < <

[13] Véase J. Swift: Viajes de Gulliver, parte primera. capítulo primero (párrafo final): «Cuando los trabajadores creyeron que ya me sería imposible desencadenarme. cortaron todas las cuerdas que me ligaban. y acto seguido me levanté en el estado más melancólico en que en mi vida me había encontrado. El ruido y el asombro de la gente al ver que me ponía en pie y andaba no pueden describirse». (N. del T.) < <